

**Fanor Díaz**

**Conversaciones  
con  
Rogelio Frigerio**

**Sobre la crisis  
política argentina**

*Colihue / HACHETTE*

[www.desarrollismo.org](http://www.desarrollismo.org)

## Indice

1ª edición: 1977  
Printed in Argentina – Impreso en la Argentina  
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

© 1977 Colihue  
Independencia 5037 - Buenos Aires  
Distribución exclusiva librerías  
HACHETTE  
Rivadavia 739  
Buenos Aires - Argentina

www.desarrollismo.org

<b>Prólogo</b>	<b>9</b>
<b>Epoca de la revista <i>Qué</i></b>	<b>13</b>
<b>Relaciones con Frondizi y Perón</b>	<b>31</b>
<b>Gobierno de Frondizi</b>	<b>52</b>
<b>El acuerdo del 73</b>	<b>75</b>
<b>Las tesis desarrollistas</b>	<b>105</b>
<b>Algunas dudas</b>	<b>134</b>

## Prólogo

*Estas Conversaciones con Rogelio Frigerio fueron mi primera y única experiencia en una forma de diálogo paciente, laxo, meticuloso, ajeno a los apremios del reportaje corriente que busca extraer la noticia.*

*Sin embargo las Conversaciones, que fuimos grabando a lo largo de dos o tres encuentros semanales durante unos tres meses, no transcurren en un ámbito intemporal. Aunque buceáramos en el debatido proceso político de las dos últimas décadas, tan lleno de contradicciones y recurrencias ideológicas, y en el cual Frigerio estuvo comprometido abiertamente, era imposible hablar del pasado sin tener en cuenta el presente.*

*Como decía Benedetto Croce, “mientras mi mente repasa un hecho histórico, voy componiendo la historia en que yo mismo me hallo”.*

*Es muy posible, entonces, que Frigerio en muchas de sus respuestas haya “compuesto” una historia cautelosa, limpia de contradicciones.*

*Hasta donde pude traté de penetrar en el sinfín de negociaciones de trastienda que dieron fama a Frigerio de “eminencia gris”, de hombre de secretes, capaz de manejar bajo cualquier gobierno informes de primera mano.*

*Pienso que algunas revelaciones en torno de los arduos acuerdos con Perón son inéditas. Por allí, es cierto, Frigerio manifiesta discrepancias de fondo que en su momento calló.*

*¿Hasta dónde Frigerio está “componiendo” la historia?*

Por supuesto, esa es una cuestión que necesita respuestas enriquecidas por el testimonio de los demás y en ese sentido si las Conversaciones suscitan réplicas esclarecedoras, mejor.

Creo que por temperamento Frigerio se siente muy cómodo, muy a gusto, cuando polemiza.

La dificultad está en que siempre se las arregla para retomar los argumentos del desarrollismo –petróleo, siderurgia, inversión de capitales– con lo cual el interlocutor se siente encorsetado en una superestructura de ideas.

Confieso que al principio me molestaban esas repetidas reincidencias, pero a medida que fuimos entrando en confianza me gustó descubrir que Frigerio era fervorosamente consecuente con sus ideas y que, además, a cada rato dejaba adivinar una voluntad casi obsesiva por sistematizar las tesis prolijamente para convertirlas en invulnerables.

Procuré que las Conversaciones preservaran la coherencia de las ideas frigeristas y que la exposición, ubicada en el contexto político de los últimos veinte años y en el presente, por supuesto, resultase fluida e inteligible.

Para ello fue necesario ordenar y decantar el abultado material de los originales de la desgrabación sin perder lo esencial.

Pero quiero agregar algo más respecto de la coherencia de las ideas frigeristas. Cuando iniciamos este trabajo tuve la impresión de que las respuestas de mi interlocutor iban a ser impetuosas pero poco orgánicas.

Confieso mi equivocación. Aun cuando no estuviera de acuerdo con muchas de las tesis de Frigerio debí reconocer pronto que se movía con un andamiaje de ideas sólidas, precisas y realistas, a mi juicio difícil de desmoronar, porque fluctúan con una gran flexibilidad táctica, trascendiendo los esquemas conocidos de la política económica del capitalismo y del socialismo.

Quizá la clave del desarrollismo está en la evaluación estratégica que supo formularse en la década de los años cincuenta cuando irrumpía en la escena internacional la “coexistencia pacífica”. Pienso que esa evaluación le permitió enunciar ideas que superaban las posiciones antagónicas

entre imperialismo y antimperialismo y que si entonces pudieron ser combatidas hoy se comprenden mucho mejor.

A los 62 años Frigerio sigue siendo uno de los grandes personajes de la política argentina, que a diferencia de otros jamás ha dado la idea de que fue derrotado, aunque en realidad lo haya sido muchas veces en los últimos tiempos. Además, muy pocos hombres políticos argentinos han sido tan discutidos y muy pocos han estado en tantas ocasiones tan cerca del poder.

Fanor Díaz

## Epoca de la revista Qué

*–Frigerio, quisiera transmitirle mi idea general, las inquietudes que andarán rondando a lo largo de estas conversaciones que nos proponemos mantener.*

*Por ejemplo, recuerdo muy bien que usted empieza a ser discutido en la época de la revista Qué, en la década del cincuenta, pero más precisamente en el par de años anterior al triunfo electoral del 23 de febrero de 1958 que lleva al gobierno a Arturo Frondizi.*

*No se hablaba todavía del desarrollismo; digamos que el ismo se acuñó con el correr del tiempo, a partir de las divergencias ideológicas en la Unión Cívica Radical Intransigente, el partido de Frondizi, que se irán acentuando; la UCRI cede paso al Movimiento de Integración y Desarrollo y dentro del MID se opera la escisión de un último grupo, en 1975. Asumido ahora como desarrollismo, me he preguntado muchas veces si el MID es un partido o un grupo de influencia que se contenta con conquistar un área del poder: la de las decisiones económicas.*

*Se trata, creo, de un fenómeno singular en la vida política argentina. Los partidos tradicionales aspiran a responder de un modo global a los problemas del poder y el MID, en cambio, es economicista.*

*En los años cincuenta existían tomas de posición respecto de los problemas nacionales; estaba planteada de modo abierto una polémica que reconocía la crisis de la estructura*

productiva del país. Parecía el corolario de un largo debate que venía arrastrándose desde el 30 y que hasta la Segunda Guerra Mundial admitía como factor de subdesarrollo la dependencia respecto del imperialismo británico.

Así, a la distancia de casi veinte años, el triunfo del 58 fue consecuencia, creo, del consenso mayoritario por hallar una salida a la crisis, y Perón no tenía más alternativa que acceder al famoso pacto.

El desarrollismo produjo la síntesis, se presentó como una respuesta eficiente y pragmática y la victoria en las urnas fue, podríamos decir, su chef d'oeuvre. Sin embargo, en el aluvión del debate, se habían discutido más los fines que los medios, y quizá existió en la UCRI y en los sectores del centroizquierda la presunción de que una vez en el gobierno Frondizi iba a ser ganado para el programa de la Convención de Avellaneda, de 1945, y no por el desarrollismo.

Lo que sucedió entonces y después me hace pensar que el pacto Frondizi-Frigerio fue más importante, y de hecho más indestructible, que el de Frondizi y Frigerio con Perón.

Pero he aquí que su poder como hombre fuerte del gobierno duró unos seis meses; luego, fue el poder detrás del trono y tras el derrocamiento de Frondizi y la asunción como gobernante provisorio de José María Guido me he preguntado muchas veces dónde estuvo la mano del frigerismo. En todo caso comenzó una larga trama para recuperar el poder con otro acuerdo con Perón, pero el frente del 63 fue una parodia del 58 y a pesar de todo creo que nunca, como en ese tramo, el desarrollismo actuó con tanta sagacidad política.

Y así llegamos a la última década en la cual reconozco se decanta doctrinariamente y se hace tozudo e intransigente, al punto de que ni un solo ministro de Economía se salva de ser crucificado.

A la vez, los desarrollistas se muestran descreídos de las salidas electorales, lo que ocurre durante los gobiernos militares de Juan Carlos Onganía, Marcelo Levingston y en una buena parte del de Alejandro Lanusse.

Cuando el desarrollismo integra el Frente Cívico de Liberación Nacional y luego el Frente Justicialista de Liberación no es el del 58; por entonces hacía concesiones pero

ahora –curiosamente, porque es mucho más débil– no las hace y así durante los gobiernos de Perón e Isabel Perón se convierte en opositor.

Encorsetado en su esquema económico, el desarrollismo se muestra altivo, no cree ni en los políticos ni en las elecciones. ¿Piensa que el único interlocutor válido son las Fuerzas Armadas?

A esta altura muchos se preguntan si no llegará el turno de las ideas del desarrollismo, y si así fuera, ¿qué respuestas daría y hasta qué punto serían viables en un mundo de relaciones de fuerza que difieren muchísimo de las que existían a fines de la década del 50?

Comencemos por hablar, entonces, de la época de la revista Qué.

–Usted ha dejado planteada una vasta gama de temas y de interrogantes. A todos los cuales quiero dar respuesta y espero poder hacerlo en los impredecibles caminos del diálogo. Admito que es imposible abordarlos a la vez y admito su propuesta de que comencemos hablando de la época de Qué. Pero no quisiera que nuestra conversación avance sin antes contestar su afirmación de que el desarrollismo es economicista.

Precisamente en Qué, que constituye una de las fuentes básicas del desarrollismo, se trataba una compleja problemática que abarcaba el campo político, social y cultural, además del económico. Allí se registraba y se interpretaba la abigarrada trama de hechos que conforma el quehacer nacional. Todo lo que ocurría en el país –y no sólo en la Capital Federal, ya que Qué innovó con respecto a la prensa tradicional al ocuparse del interior– y todo lo que ocurría en el mundo que interesara a la Argentina y a los argentinos, era abordado por nosotros con una óptica global e integradora.

Y en 1956, cuando Frondizi se debatía solo dentro de un partido antiperonista como era el radicalismo, en la revista Qué nosotros planteábamos a fondo la cuestión política en términos de superar la antinomia peronismo–antiperonismo y de construir un gran movimiento nacional. Concebir un

movimiento de esa naturaleza supone haberse planteado el problema global del poder y una programática completa sobre lo que hay que hacer en el país.

A partir de esa prédica y de la acción concurrente que comienza a desarrollar Frondizi en su ámbito originario se abre el largo proceso que culmina en la constitución del MID, que no puede confundirse con un grupo de presión. Es un partido que posee dirigentes calificados, pero también cuadros esclarecidos y numerosos, ubicados en todo el territorio del país y con una sensible capacidad de penetración en sectores significativos de la comunidad. Un partido dotado de cohesión y coherencia a partir de que dispone de una doctrina y de un método de interpretación de la realidad que naturalmente trasciende lo económico. Por eso me resulta difícil aceptar su afirmación de que el desarrollismo es economicista.

*-Así es. Me da la impresión de que al desarrollismo le preocupa un área muy específica, la de los ministerios de Economía.*

-No es así. Podría agregarle que desde el gobierno nosotros hicimos una cuestión de principios, un punto fuera de toda negociación o discusión, con temas de otras áreas que fueron la piedra del escándalo y pudieron llevar hasta al derrocamiento del gobierno. Puedo citar el caso de la Ley de Asociaciones Profesionales, que desató una marea de oposición en el radicalismo y en diversos grupos de poder, y la devolución de la central obrera a sus dirigentes naturales. Esas decisiones tuvieron implicaciones que trascendían lo económico. Y puedo también hablar de la Ley de Libertad de Enseñanza, una ley que constituyó el estatuto de la enseñanza privada y a la que concebíamos como un instrumento transformador de nuestra educación y nuestra universidad. Los *slogans* de la izquierda y las falsas interpretaciones del movimiento reformista universitario del 18 habían producido verdaderos desastres en la conciencia y en la interpretación de la problemática educativa. No era un tema económico e igualmente enfrentamos la marea.

*-Créame, Frigerio, que estoy sorprendido. Yo no esperaba tanto empeño, como el que usted demuestra, para preservar a los desarrollistas de esa imagen que dan, muy difundida por lo demás, de economicistas.*

-Es que precisamente el nuestro es todo lo contrario de un movimiento economicista. Lo es, como le dije, a partir de que puede reconocer su plantilla teórico-doctrinaria en la revista *Qué*. Los hombres que la editábamos tenemos documentado allí haber debatido la totalidad de la problemática nacional. Frondizi por su parte, a pesar de estar solo en el radicalismo, tuvo la lucidez de trascender los marcos partidarios de entonces y alentó de manera entusiasta el desenvolvimiento de nuestro grupo.

Y todo el desenvolvimiento interno posterior de nuestro partido se ubica en esa línea. Así el desarrollismo enfrentó el programa de Avellaneda, contribuyó a cambiarlo en realizaciones concretas durante los cuatro años de gobierno y plasmó su pensamiento en discusiones hasta llegar a la aprobación del programa de Chascomús. Si usted quiere, Avellaneda y Chascomús fueron los dos extremos en los que se debatieron todos los problemas del país. En Avellaneda la concepción liberal de izquierda primaba sobre la concepción nacional. En Chascomús, afianzada la posición desarrollista y asumida por el partido, se estableció la piedra angular de lo que para nosotros es la doctrina nacional, la doctrina del movimiento nacional.

El error de apreciación sobre nuestro partido seguramente se origina en que desde un comienzo hemos planteado la lucha política en términos que van a contramano de la política tradicional. Nuestra propuesta de construir un movimiento nacional expresivo de la alianza de clases y sectores sociales se basó en la crisis de la partidocracia, en su absoluta irrepresentatividad y en su incomprensión de la realidad argentina. Ya en 1943, cuando emerge el peronismo, los partidos eran rótulos que nada tenían que ver con sus contenidos. El propio peronismo, que es un movimiento de una inmensa riqueza, adquiere después un componente

partidocrático que es en buena medida responsable de sus derrotas.

El movimiento nacional no puede sino ser un instrumento político global, puesto que tendrá la responsabilidad de encarar la profunda crisis argentina. Crisis que, como lo he dicho en muchas oportunidades, es una crisis global.

La acción política de ese movimiento, y nuestra acción política no pueden estar circunscriptas a lo económico. Los problemas económicos son importantes y en determinados tramos del proceso histórico pueden llegar a ser decisivos, como ocurre en la Argentina de hoy, pero no son sino una parte de la compleja vida social. Y, más aun, para resolver sus problemas estrictamente económicos una comunidad no puede descuidar ninguno de los restantes frentes de lucha.

Nosotros nos enorgullecemos de haber introducido en el debate político del país la problemática del desarrollo. Pero eso, que constituye una clave de gran cantidad de problemas políticos, sociales y culturales, mal puede constituir una cabeza de proceso en el que se nos acuse de economicistas. Entendiendo por economicismo una deformación del rol de lo económico, esa acusación carece de mérito. Nuestro planteo sobre el desarrollo encaja al dedillo en la realidad nacional y a la vez está en armonía con el conjunto de nuestras propuestas no económicas; como lo está con la instrumentación política que proponemos para llevarlo a la práctica.

Por otra parte, nosotros concebimos a la política conforme a la ciencia; la concebimos como un fenómeno humano en el que interactúan intereses y aspiraciones subjetivas. Eso confiere al proceso político su carácter complejo, cualitativo. Si no fuera así la solución de los problemas nacionales sería fácil, bastaría el manejo de ciertas técnicas y podría ser asimilada a lo que ciertos economicistas han transformado en una verdadera obsesión: los modelos económicos.

Los modelos económicos han proliferado como consecuencia de la opinión anticientífica –a veces seudocientífica– de que los fenómenos económico–sociales pueden ser totalmente cuantificados. Pueden serlo, en efecto, ya que es posible aislar mediante la abstracción determinados hechos

y conocer las leyes que rigen su desenvolvimiento, pero en todos los casos existe el riesgo de excluir factores cualitativos derivados de las acciones humanas que conforman el proceso social. Fíjese, con esta concepción no podríamos caer en la incongruencia de intentar convertirnos en un grupo de presión o constituir un partido economicista.

*–Supongo que ha contribuido a forjar la imagen del desarrollismo economicista el hecho de que usted provenga del campo empresario. A usted se lo ha visto más como empresario que como político.*

–Puede ser. Pero eso no se corresponde con la realidad de mi vida, de mis inclinaciones y de mi actuación. Está de más que le aclare el respeto que tengo por el rol del empresario en la comunidad. Pero decir que provengo del campo empresario, aun cuando efectivamente me desempeñé como empresario en un tiempo, es parcial y por lo tanto falso. La política me interesó desde la primera juventud. A los trece o catorce años escribía en periódicos estudiantiles y a los dieciocho era un activo militante en las lides universitarias.

*–¿En el reformismo?*

–Sí, actuaba en el ya heterogéneo campo reformista. Fui miembro de una organización estudiantil de izquierda de carácter nacional. Pero después de hacer el servicio militar tomé responsabilidades en una empresa de mi familia. Responsabilidades que compartía con estudios económicos, filosóficos y de algunas ciencias naturales, especialmente física. Así transcurrieron mis años veinte.

Posteriormente, y ya con responsabilidades empresarias relativamente importantes, aparece entre un grupo de amigos universitarios la idea de encarar la edición de una revista que fuese a la vez informativa y crítica. Naturalmente la preocupación política, que por entonces no encontraba canales plenamente satisfactorios para expresarse, era lo que nos impulsaba. La idea, que compartimos con Baltasar Jaramillo y otros amigos, era adaptar la revista *Time* a las

condiciones de la Argentina y así nació *Qué sucedió en 7 días*, en 1947.

*Qué* fue una revista que hizo impacto en el mundo intelectual de aquella época y para mí fue una excelente experiencia. Me permitió el afinamiento y la confrontación con la realidad de las ideas que veníamos elaborando con ese grupo de amigos. Participé con mucho entusiasmo en la determinación de la metodología periodística y en la organización de los equipos que tendrían a su cargo la tarea. Fui subdirector por haberme negado a ser codirector con Jaramillo, que quería que compartiésemos la dirección. La razón de mi negativa fue que por aquel entonces yo disentía con cierta tendencia antiperonista que, a mi juicio, era inconveniente y no correspondía a las condiciones de ese momento del proceso nacional.

—¿Ya durante el gobierno de Perón?

Sí, durante el primer gobierno. Esa tendencia fue motivo de mi posterior alejamiento; pero, de todas maneras, la experiencia fue de un gran valor. Especialmente porque coincidió en el tiempo con estudios bastante sistemáticos que realizaba con un grupo de amigos entre los cuales estaba el escritor Ernesto Sabato con quien, a la vez, estudiábamos física. Examinábamos a fondo la situación del país y nos replanteábamos la totalidad de los problemas. Fue un denso período de estudio, de reflexión y de experiencia. Hacíamos profundos viajes de conocimiento al interior, dimos por no existentes muchas de las literaturas trilladas que, a nuestro juicio, iban trasvasando errores de un texto a otro y a partir de ello nos planteamos en términos nuevos el problema de la Nación; nos lo planteamos independientemente de las antinomias nacionalismo-entregismo, imperialismo-antiimperialismo, capital extranjero-capital nacional y tantas otras que enmascaraban la esencia del proceso nacional.

—Como empresario, ¿actuaba en la Confederación General Económica creada durante el gobierno peronista?

—No, en absoluto. Yo como empresario hice lo que consideré un aprendizaje práctico de los principios a los que tenía acceso por la vía del razonamiento científico, encontrando que entraban en contradicción con las ideas dominantes. Ese fue el sentido político, de mi formación política e intelectual, que tuvo la actividad que desempeñé como empresario o ejecutivo. La única intención era hacer añicos todo lo que fuera literatura falsa respecto de los problemas fundamentales que afectaban al país. No había mejor complemento para mis estudios y reflexiones teóricas sobre la economía que esa actividad práctica, esa conducción de procesos económicos concretos. Y resultó algo sumamente vital para mí, resultó una aproximación a la problemática real del país, de gran valor para encontrar las respuestas nuevas que buscábamos entonces con ese grupo de amigos.

Se ha pretendido por ahí tomar como base de difamación de mi persona el hecho de que cuando yo asumí la dirección de *Qué* en su segunda etapa era presidente o director de diez sociedades anónimas. Eso era cierto, pero a partir de ese momento en que me dediqué al periodismo, al periodismo político y finalmente a la política, di la espalda a todos esos intereses a los cuales me había vinculado desde la década en que hice el servicio militar\*. Y desde entonces no abandoné esa consagración a la lucha por las ideas que he abrazado. Creo que ésa es una prueba suficiente de que mi actividad empresaria tuvo el sentido del que le hablaba.

\* Rogelio Frigerio prestó declaraciones el 30 de julio y el 1º de agosto de 1964 ante la comisión parlamentaria, que investigó la política petrolera del gobierno de Arturo Frondizi. Respondiendo a preguntas de los legisladores manifestó que su actividad empresaria se inició en 1938 y cesó en 1956, cuando optó por incorporarse a la actividad política; mencionó ocho empresas en las que había tenido participación accionaria ejerciendo, en algunas de ellas, cargos de director o gerente: Frigerio y Cía (textil), Potagua S.A. (extracción minera), Alerce S.R.L. (maderas), Limsa S.R.L. (compensado de maderas), Guasuncho S.A. (ganadera), Clipper S.A. (cueros), Fructidora S.A. y Alfar S.R.L. (fraccionamientos frente al balneario de Punta Mogotes, en Mar del Plata).

—Lo que no entiendo, Frigerio, es cómo se podía replantear la realidad de la problemática nacional “independientemente”, como usted dice, de las antinomias nacionalismo—entreguismo, imperialismo—antiimperialismo, etcétera, que estaban muy presentes en el debate político de la década del cincuenta en la cual irrumpen las ideas del desarrollismo, a través de la revista *Qué*, luego en el seno de la UCRI, más adelante desde el gobierno frondicista como un elefante en un bazar.

—Nosotros entendíamos que ese amplio espectro de contradicciones era la apariencia de la realidad, pero no la realidad misma; era el enmascaramiento de los problemas y la principal dificultad para encarar su solución. ¿En qué basábamos esta óptica? Bueno, habíamos llegado a ella después de un laborioso proceso de conocimiento, de separación entre lo accesorio y lo esencial, entre lo aparente y lo real; y el dato que valorábamos como básico era que después de la guerra las condiciones de convivencia internacional habían dejado atrás la posibilidad de nuevas guerras totales en las que se comprometieran los grandes países, los cuales hasta entonces se habían distribuido y redistribuido los mercados y las zonas de influencia.

—Creo que era muy difícil predecir la paz en esa época. No hacía mucho, allá por el 48, Perón enajenaba toda su política a la perspectiva casi inminente de una tercera guerra mundial.

—Así era, efectivamente, y Miguel Miranda, el ministro de Economía de Perón, hizo todas las adquisiciones de desechos, de productos marginales de la Segunda Guerra Mundial, previendo una tercera. Pensó que era mejor para la

Argentina disponer de materiales y equipos de utilidad discutible a que después no pudiera adquirir ninguno.

Y todos los que jugaron a la guerra se equivocaron. Nuestro sector puede acreditar para sí una consecuencia verdaderamente sistemática e inatacable respecto de sus predicciones sobre el comportamiento de los factores internacionales. El germen de la coexistencia pacífica estaba ya en Yalta, aunque fue luego soterrado por la guerra fría, y después fueron madurando factores objetivos que alterarían el cuadro de la política mundial. El giro de Krushev,\* en la Unión Soviética, y el pasaje de la diplomacia de Foster Dulles a la que le sucedió, en Estados Unidos, no fue un golpe de timón de unos pocos dirigentes mundiales; fue el resultado de un proceso que se había venido desarrollando en el campo de la política, de la economía y de la tecnología bélica. Nosotros logramos aislar mediante el análisis esos hechos, detectar la tendencia, formular en base a ella las predicciones y ubicar en ella la problemática nacional.

Recuerdo que un escritor amigo, con quien habíamos dejado de vernos durante casi una década, regresó de un viaje a Europa muy excitado, describiendo lo que él consideraba las estribaciones de una tercera guerra mundial. Después de escucharlo —por entonces ya estábamos muy adentrados en el análisis del tema en el grupo de *Qué*— le dije: “Mirá sobre todo yo creo que esta preocupación tuya no es fundada. Efectivamente, hay excitación, hay enfrentamientos, hay contradicciones, pero lo que está en Europa, la Europa que acabás de dejar vos, no es la guerra sino la paz. Los problemas se van a negociar, los norteamericanos y los rusos van a respetar lo convenido respecto de las zonas de influencia y el desenvolvimiento de la capacidad de destrucción en cada uno de esos dos polos de poder mundial va a ser,

\* Nikita Krushev fue secretario del Partido Comunista de la URSS desde 1963 a 1964, año en que se lo relevó del cargo (fallecido en 1975). Krushev abogó por la coexistencia pacífica. Foster Dulles, secretario de Estado de Estados Unidos durante la presidencia de Dwight Eisenhower (1953-1959), preconizaba una política exterior agresiva, calificada de “al borde de la guerra”.

*paradójicamente, un factor determinante de condiciones de paz aun cuando puedan subsistir, aquí y allá, focos de violencia”.*

*—¿Eso quiere decir que la estrategia del desarrollismo nació de los presupuestos de la coexistencia pacífica?*

—Efectivamente. Si el problema era tal como nosotros lo planteábamos —y los sucesos de las últimas décadas parecen demostrar que habíamos observado el proceso con rigor científico y con exactitud— a los países atrasados, subdesarrollados, se les abría una perspectiva inédita, que no podía encararse conforme a las premisas de las luchas estudiantiles o a la prédica de los líderes antiimperialistas clásicos de América latina, tipo Sandino o Haya de la Torre\*. Había nuevas condiciones y se requerían respuestas nuevas.

Si la guerra total era imposible, el debate entre los países socialistas y capitalistas ya no podía conoëbirse descendiendo en el plano inclinado del exterminio de uno u otro sector. Lo que se planteaba era la coexistencia competitiva; es decir, una competición en la que podía aspirar al triunfo quien estuviera en condiciones de producir más y a más bajo costo. Una de las contradicciones fundamentales de ese tiempo, o sea la lucha en favor o en contra del comunismo, en favor o en contra de Occidente, se transformaba y abría otras perspectivas para la lucha históricamente concreta de los pueblos subdesarrollados por alcanzar el desarrollo y la afirmación de su condición nacional.

Tal perspectiva devenía del hecho de que se disgregaban los rígidos bloques de la posguerra, los cuales tendían a imponer subordinaciones al interés nacional de sus miembros, y de que las superpotencias trasladaban su competencia del plano bélico al plano económico y político. Y ese emplazamiento de la lucha por emerger de las naciones

\* Augusto César Sandino (1895-1934) acaudilló la resistencia contra la ocupación norteamericana de Nicaragua (1924-1933); Raúl Haya de la Torre, político peruano nacido en 1895, funda en 1924 la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), movimiento antiimperialista.

subdesarrolladas tenía, para ellas, profundas implicaciones internas.

No era que desapareciese la diferencia entre las clases sociales que, en definitiva, se forman en torno de los propietarios de los medios de producción y quienes no teniendo esa propiedad están constreñidos a vender su fuerza de trabajo. Esto es sabido desde los clásicos de la economía política, y, a nuestro juicio, la condición histórica no se ha modificado. Pero sí se ha modificado, en esta perspectiva de pasaje del subdesarrollo al desarrollo, el carácter de la lucha de la clase obrera por mayores salarios y por fuentes de trabajo, que no está necesariamente reñida con la lucha de los empresarios nacionales por afirmar su condición y desenvolverse frente al avance de las corporaciones multinacionales.

Los empresarios nacionales y los trabajadores, independientemente de sus reivindicaciones específicas que seguirán dirimiendo en el marco del interés nacional, tienen un interés común que es el de desarrollar la economía como la plataforma material sobre la cual se asienta la comunidad en su conjunto. Dicho de otro modo, tienen un interés común, en desarrollar e integrar el mercado interno. Lo cual no es el interés de las corporaciones; ellas pueden tener su asiento geográfico en una u otra nación, pero su mercado es transnacional y trasciende el espacio nacional donde opera su proceso de producción.

El monopolio responde a leyes económicas que se verifican no sólo en la sociedad capitalista sino también en los países socialistas, por cuanto la producción moderna tiende a acentuar la concentración y centralización de capitales o de recursos productivos. Es decir, el desenvolvimiento de esa ley tiende a engrosar el extremo de los países avanzados y a deprimir el de los países subdesarrollados. Ahora bien, una ley económica no puede ser borrada por la voluntad antiimperialista y antimonopolista de nadie. No puede ser ignorada. Se trata de emplazar la lucha por el desarrollo y la elevación nacional y social de los pueblos, en las condiciones históricas concretas en las que esa ley opera.

A partir de esos datos de la realidad contemporánea en el

último cuarto de siglo la concepción sobre el monopolio y el imperialismo adquiere una nueva dimensión. A partir de esos datos era pueril continuar la retórica antiimperialista de los años estudiantiles; la realidad la había convertido en una fórmula vacía.

En el grupo de *Qué* nos replanteamos todo con interrogantes como estos: ¿Qué es lo que nos hace más independientes? ¿Qué es lo que nos permite tener una política exterior que no haga las veces de chinchorro de los grandes transatlánticos internacionales, sino que sea un barco, pequeño o grande, pero con su propia capacidad de determinación del rumbo? Lo que nos hace más independientes, nos respondíamos, es lo que ayuda a desenvolver nuestra economía nacional, eso es lo que nos conviene. ¿Al país le conviene hacer discursos antiimperialistas y oponerse al capital extranjero o le conviene producir acero y extraer el petróleo con el capital nacional y el extranjero que se avenga a cumplimentar los objetivos de nuestra política económica?

*—Pienso que ese pragmatismo desarrollista estaba obligado a ciertas concesiones desde la revista Qué, donde colaboraban hombres del peronismo como Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz, que venían de la época de FORJA\* y tenían asumidas posiciones antiimperialistas.*

—Ante su inquietud, yo podría contestar de una manera muy simple y muy rápida. La colección de editoriales de la revista *Qué*, si se pudiera editar en un solo tomo, daría una respuesta muy clara y terminante al supuesto de que nosotros, en el comienzo, no hacíamos la propaganda de nuestras ideas sobre la base del esquema filosófico–doctrinario —de ninguna manera pragmático— que le he expuesto. Allí no había ningún tipo de concesiones sobre las líneas fundamentales de nuestro pensamiento.

\* Frente de Orientación Radical de la Joven Argentina, corriente interna del radicalismo creada en 1935, presidida por Luis Dellepiane, se pronunciaba por la liberación latinoamericana y la soberanía popular y contra las oligarquías, que consideraba “agentes del imperialismo”.

Pero también quiero explicarle lo que ocurrió en *Qué* y la razón por la cual hombres como Jauretche y Scalabrini Ortiz podían exponer con toda libertad sus puntos de vista, que coincidían en los grandes objetivos y no en los fundamentos de nuestra posición doctrinaria. La revista era un instrumento de elaboración y exposición del pensamiento desarrollista, pero era también una herramienta para la construcción práctica del movimiento nacional. De allí la diversidad, la necesidad de recoger matices y vertientes ideológicas que por caminos diversos podían concurrir a sostener los objetivos del movimiento nacional; y de allí que esa diversidad se encuadrara en los marcos fijados por nosotros en la página editorial.

Para iluminar un poco más la explicación podríamos ver cómo era la relación con Scalabrini Ortiz. Nos unió una profunda amistad que él revela en una carta conmovedora que me escribió cuando conoció las decisiones que íbamos a tomar en materia de petróleo en el nuevo gobierno presidido por Arturo Frondizi, en una carta en que tiene la valentía de decirme: “Lo que usted va a hacer es lo que el país necesita que se haga, pero lo van a comer los lobos. No lo haga, por favor, Frigerio, porque del aislamiento en que va a caer no lo podrá rescatar nadie”. Fíjese el hondo dramatismo del conflicto ideológico que se emplazaba en una cabeza lúcida, como era la de Scalabrini Ortiz, o en la cabeza de un hombre de gran capacidad publicitaria, como era la de Jauretche. Es que en uno y en otro predominaba el populismo, la idea de que era bueno lo que las masas aceptaban con entusiasmo; y eso no es así, ni histórica ni científicamente.

Lo que se supone bueno es en realidad un resabio ideológico, que ha sobrevivido a las condiciones históricas que lo justificaron y que en realidad contradice el interés de las masas. Pero ese interés de las clases y sectores sociales prevalece si una doctrina científicamente fundada le señala el camino y ésa es la responsabilidad de los dirigentes populares que no deben hacer seguidismo populista.

La clase obrera es capaz de asumir la realidad de una situación nacional y dejar de lado, incluso, sus intereses inmediatos para asegurar la continuidad del proceso históri-

co que incluye sus intereses permanentes. El empresario, acosado como está por los grupos monopólicos que intentan avanzar sobre los cadáveres de centenares de miles de pequeñas y medianas empresas nacionales, tiene una enorme capacidad de superación de preconcepciones y de combate, como lo demuestra el excepcional y significativo paro del 16 de febrero de 1976.

Nosotros en *Qué* confiábamos en el comportamiento objetivo de las clases y sectores sociales y por eso no teníamos inconvenientes en abrir nuestra tribuna a los hombres del forjismo. Eso abría un debate que facilitaba el acercamiento de los distintos componentes del movimiento nacional y no perjudicaba en nada el desenvolvimiento del proceso a partir de que en el otro lado del debate estaba nuestra posición, expuesta sin concesiones ni ocultamientos. Y nosotros ordenábamos el debate desde el editorial, que tenía la forma de *Carta al lector*. Allí estaba la coherencia de la revista y allí se armonizaba la teoría y la práctica del movimiento nacional.

*—Inclusive Scalabrini Ortiz estaba en favor de la reforma agraria con la que usted, creo, no comulga en absoluto.*

—Efectivamente, nuestra posición está impresa en la revista y con respecto a la de Scalabrini Ortiz, creo que interesa comentar una discusión que tuvimos sobre el problema de la tierra. El conocía bastante bien algunos temas, especialmente los relacionados con las inversiones británicas, pero conocía otros menos profundamente. Uno de estos era el de la reforma agraria. Habíamos tenido una larga conversación acerca de un artículo que a mí me parecía inconveniente publicar; lo consideraba fuera de los marcos en los que debía desenvolverse el debate del que recién hablábamos. El me propuso una discusión oral y cuando ésta llegó a un determinado límite, me dijo: *“Mire, Frigerio, usted hablando me confunde y me convence. Yo le propongo que esta discusión la hagamos por escrito. Déjeme ordenar las ideas y luego seguimos discutiendo, porque por lo que usted me dice tiene razón, pero yo no estoy dispuesto a*

*arriar las banderas de la reforma agraria”.*

Vea el daño que hizo al país la repetición a machaca martillo de *slogans* que no tienen nada que ver con la realidad. Todo el repertorio reformista del comunismo, del conjunto de la izquierda y de muchos liberales, para los cuales hay que hacer la reforma agraria “inmediata y profunda”, carece de sentido en un país donde la primera chacra y la primera estancia nacieron al influjo de las exigencias del mercado; es decir, donde la explotación agraria siempre tuvo formas capitalistas y cuando todos sabemos, por boca del reformismo mundial, que la reforma agraria tiende a purgar resabios feudales.

¿Qué resabios feudales tendríamos que purgar en la Argentina, un país que tiene el 75 por ciento de sus agricultores y ganaderos trabajando tierras de propiedad y en el que se ha difundido el trabajo asalariado en el campo? Y plantear el problema de la tenencia de la tierra es absurdo no sólo porque el 75 por ciento de los productores son propietario, sino porque a ningún economista en el mundo se le ocurriría que el empresario, necesariamente, tiene que ser propietario del edificio donde funciona la fábrica.

La cuestión de la propiedad nada tiene que ver con la solución de la crisis agraria argentina, que se arrastra por décadas. Es una crisis determinada por la crisis global de la economía, ya que la comunidad está imposibilitada de capitalizar al sector agrario como tampoco puede hacerlo con sectores fundamentales. El subdesarrollo nos impide llevar al campo el acero en forma de máquinas e implementos agrícolas, llevar la química pesada en forma de plaguicidas y fertilizantes, llevar energía eléctrica y llevar las modernas tecnologías agronómicas y contables; y nos impide que la clase obrera pueda tener salarios adecuados como para poder pagar precios remunerativos a los productos agrarios. No en vano hace mucho que hemos dejado de ser la canasta de pan o la granja del mundo, y no en vano hoy no existe ningún gran país agrario que a la vez no sea un gran país industrial.

La reivindicación de la propiedad de la tierra es una de las

más reaccionarias que se ha alojado en la izquierda de nuestros países.

*—De alguna manera, Frigerio, usted me retrotrae a aquellas ardientes discusiones en los cafés de Buenos Aires —sobre todo en El Foro, de Corrientes y Uruguay —antes de las elecciones del 58. Para la izquierda era muy simple: el país es subdesarrollado porque es dependiente; para usted también: es dependiente porque es subdesarrollado.*

—A esta altura de la experiencia histórica y a casi dos siglos de las enseñanzas insuperables de los creadores de la ciencia económica que son Adam Smith, David Ricardo y el propio Carlos Marx, resulta carente de todo asidero científico decir que hay alguna posibilidad de elevar las condiciones de independencia de una comunidad si no es mediante el desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

Y si ese desenvolvimiento es la base de la independencia, todo aquello que tienda a trabarlo o impedirlo, como lo que se deriva del ideologismo de la izquierda, atenta contra la independencia nacional y la elevación social del pueblo. La farsa de la prelación de la “liberación” sobre el desarrollo ha sido llevada a cabo por toda la izquierda en los países de América latina, en algunos casos con resultados realmente desastrosos.

Fijese lo que ha ocurrido en un país hermano como Chile: el partido Comunista y el Socialista se juntan en un frente chico para construir una sociedad progresista y socialista. ¿Y qué es lo que logran? Logran destruir el proceso de formación de capital, que es lo primero que tiene que haber en la economía nacional para que haya Nación, el prerrequisito histórico actual para una forma social superior.

Y creo que con lo que ya hemos hablado al comienzo, sobre el economicismo, me eximo ahora, al asignar su justo lugar al desarrollo, de extenderme sobre la importancia que nosotros asignamos a la lucha política, al poder político del Estado Nacional, para llevarlo adelante.

## Relaciones con Frondizi y Perón

*—Le decía, Frigerio, que su pacto con Frondizi fue realmente indestructible. Frondizi debió pelear muy duro en su partido, por aquellos años, para que se lo admitiera, algo que no logró nunca; después, desde el gobierno, fue todavía más duro, porque usted era resistido por el partido oficialista, por la oposición y por los militares. En fin, el hecho humano y político es que esa amistad sigue inalterable y Frondizi y usted piensan y dicen lo mismo: ¿En qué circunstancias y cuándo se produjo su encuentro con Frondizi?*

—Fue en enero de 1956, en los primeros días de ese año.

Por entonces no habían transcurrido sino unas pocas semanas del inicio de la segunda fase del movimiento militar de 1955, de la sustitución de Lonardi por Aramburu. El país vivía uno de los momentos de más alta exasperación antiperonista.

Paradójicamente esta exacerbación de todo lo negativo y de la contradicción entre la actitud de los núcleos dirigentes y las aspiraciones de la inmensa mayoría del pueblo, creaba condiciones favorables para formular una propuesta a contramano de la política tradicional, para ensayar un camino verdaderamente revolucionario. Los que veníamos rumiando estas ideas desde los tiempos del primer *Qué* y de los grupos de estudio pensamos que era el momento de lanzarnos al ruedo.

Frondizi por su parte era el presidente del radicalismo, el más numeroso de los partidos antiperonistas. Tenía un enorme prestigio y sufría, a la vez, la limitación del esquema

partidario en el que debía moverse. Un acuerdo con él abría vastas perspectivas de introducir una alternativa realmente nueva en la política argentina.

Y se logró más que un acuerdo. Se logró un entendimiento profundo que permitió no sólo el acceso al gobierno, en 1958, sino la creación de un movimiento nuevo y vital que todavía tiene mucho que decir y que hacer en la Argentina.

La reunión se hizo por mediación de Narciso Machinandiarena, un amigo común, en la casa de su hermana Delia Machinandiarena de Jaramillo, viuda de Baltasar Jaramillo. Y no fue sólo un primer encuentro para conocimiento recíproco. Fue una reunión extensa y franca en la que debatimos a fondo la problemática nacional, evaluamos el desenvolvimiento de la Revolución Libertadora e hicimos sendos análisis y críticas del peronismo. Después de largas y densas horas de debate coincidimos en la necesidad de abrir el cauce de la revolución nacional, de remover la falsa antinomia peronismo - antiperonismo.

Esa conversación marcó el comienzo de una sólida amistad, política y personal, que todavía perdura. Y como consecuencia de ella yo asumí la dirección de *Qué*.

Nuestra publicación se convirtió en una fragua de elaboración de la doctrina y la estrategia del movimiento nacional, bajo las condiciones y las urgencias del pasaje de la Revolución Libertadora a un nuevo proceso. Y llegó a tener una difusión muy grande, probatoria del ajuste entre nuestras propuestas y la realidad. Algunas tiradas alcanzaron los 200 mil ejemplares, lo cual implicaba una cantidad mucho mayor de lectores por el modo militante de circulación que tenía la revista; pasaba de mano en mano, se leía en corrillos en las fábricas, en las universidades, en los cafés y hasta en las cárceles pobladas por presos políticos.

Había que lanzar una política que rompiera con las falsas antinomias y con la orientación que agravaba a la comunidad nacional multiplicando la pobreza, los enfrentamientos y la violencia. Yo quedé a cargo de la elaboración programática y de los contactos con las distintas vertientes del movimiento nacional, mientras Frondizi proseguía su tarea de definir el radicalismo por esa nueva política. Tendría que

enfrentar para ello a las expresiones más ligadas a la vieja política, cerradamente antiperonistas y encarnadas en dirigentes como Ricardo Balbín.

*—O sea que allí se decide la división radical, que se concretaría a principios de 1957 aunque estalla, en realidad, en la convención partidaria de Tucumán, en noviembre de 1956.*

*—Allí se decidió una política de fondo, que se implementaría en la forma más congruente e idónea para alcanzar sus objetivos.*

Formalmente podría decirle que Frondizi fue sostenido por los cuerpos orgánicos de su partido hasta el momento que los dirigentes antiperonistas encabezados por Balbín decidieron romper filas. Pero quiero subrayarle que a mi juicio la ruptura fue un hecho positivo. Frondizi no dividió al radicalismo por una razón de candidaturas, como lo prueba el hecho de que era mayoría en los organismos de conducción partidaria, sino con el objeto de reconstruir el movimiento nacional.

Una cosa hubiera sido la candidatura de Frondizi —fácil de obtener, de todos modos— como expresión de un partido anacrónico, antiperonista y liberal de izquierda; y otra bien distinta resultó esa candidatura como expresión del movimiento nacional. Desde este punto de vista la ruptura del radicalismo fue un hecho fecundo y abrió una nueva etapa en el curso de la revolución nacional.

Es un momento de la línea nacional. Esa línea histórica que nace en los hombres de 1810 reaparece en la tentativa de Rosas de cohesionar al país y fortalecerlo frente al factor externo; se prolonga en 1853 en la organización constitucional, que ya era indispensable para reglar la convivencia de los argentinos: está presente en Roca, un gran demiurgo del progreso y la integración del país junto con Pellegrini, aun cuando desde ángulos distintos y a veces enfrentándose mutuamente; reaparece con el radicalismo de Yrigoyen y su apertura a las capas medias; se manifiesta en las luchas incipientes del movimiento obrero y en la Reforma Universi-

taria. Una línea que busca afirmar la Nación, ajustando sus fuerzas para afrontar una etapa de desenvolvimiento hasta ahora postergada desde los años en que declinó el roquismo.

*—Y en el peronismo, ¿cuáles eran los elementos rescatables?*

—El movimiento peronista al emerger de la vida nacional introdujo dos elementos que, cualquiera sea la interpretación que se haga al conjunto de su política, harían imposible la subsistencia de los esquemas vigentes en la década del treinta. Uno de ellos es que, aun con el defecto de haber descuidado la industria pesada como base de su desarrollo sostenido, dio impulso a la industrialización. Y el otro, relacionado con éste, es que nacionalizó el movimiento obrero.

Esto me parece de una gran trascendencia. Hasta la aparición del peronismo los grupos internacionalistas de izquierda habían mantenido al movimiento obrero prácticamente al margen del proceso nacional. Las organizaciones sindicales estaban dirigidas, en una buena parte, por dirigentes extranjeros que no se asimilaban a la realidad del país. Hasta hablaban sus idiomas originarios y llegaron a constituir grupos idiomáticos, grupos de conducción integrados por hombres que hablaban alemán o italiano, por ejemplo, y excluían de su seno a los obreros de otro origen y por supuesto a los criollos. Los grupos idiomáticos lograban el máximo de coherencia interna, de diferenciación con el resto: el aislamiento llevado hasta el absurdo. De allí y de otros núcleos, menos extremos pero igualmente dominados por una ideología internacionalista, surgió una élite dirigente que daba un brillo artificial al movimiento obrero, pero que carecía de todo arraigo y de toda profundidad.

Al peronismo debe reconocérsele el mérito de haber canalizado la corriente de la industrialización que traía a cientos de miles de compatriotas a las ciudades, a la disciplina de las fábricas. Esos argentinos que vivían “pata al suelo” en el interior se convirtieron en obreros y entre ellos surgieron las conducciones sindicales que desalojaron a los

viejos grupos anarcosindicalistas. Así se nacionalizó el movimiento obrero.

Este aspecto es el que nosotros reivindicábamos frente al antiperonismo irracional. Y eso no implicaba justificar ni los errores ni las corruptelas que el peronismo había introducido. Corruptelas en aspectos real o presuntamente éticos y corruptelas en tanto desviación del curso revolucionario que se abrió con el ascenso de Perón al poder.

A partir de 1948 comenzaba a ser evidente que el peronismo tendía a aislarse de la sociedad en su conjunto, a constituir un gobierno basado en los sindicatos y progresivamente enfrentado a la clase media y al resto de los sectores sociales. Los enfrentamientos con la Iglesia marcaron el punto más alto de esa tendencia contradictoria con el mismo origen del movimiento peronista.

También fue significativo el Congreso de la Productividad. Perón lo impulsó y trató de darle carácter orgánico cuando comenzó a percibir que se enrarecía la atmósfera económica que había disfrutado el país en la inmediata posguerra. Pero en lugar de convertirlo en un foro de efectiva concertación de la alianza de clases se dejó arrastrar por el populismo, que en realidad es negación de lo popular, y se produjo una seria fractura. Y terminó prevaleciendo el grupo sectario del peronismo que, junto a Perón, se aisló; aisló a la clase obrera y se enfrentó a la comunidad.

Así como Perón había emergido, en 1945, con el apoyo de una alianza de clases y sectores sociales y como expresión del movimiento nacional, el aislamiento lo conduciría luego a la derrota. En 1955 su partido era mayoritario, pero fue derrotado. Pese a ser mayoría debió estar proscrito y con su jefe en el exilio durante largos años, precisamente porque no logró despojarse totalmente del sectarismo —uno de sus mejores momentos fue 1958, cuando se articuló al movimiento nacional aunque en la forma precaria que admitían las condiciones de entonces—. Y también al sectarismo de muchos de sus dirigentes se debe la experiencia frustrante de 1973. Su retorno se produjo en tanto logró la imagen de expresar al movimiento nacional, pero su segundo derrocamiento tuvo lugar en razón de que esos dirigentes eran

sectarios a pesar de la retórica frentista o confundían al movimiento nacional con el acuerdismo, con los arreglos políticos de la partidocracia.

Fue una dura experiencia que ha sufrido mucho la clase obrera argentina y también el conjunto de la comunidad. Una experiencia que habrá que capitalizar si se desea que el país recorra sin tropiezos un camino verdaderamente revolucionario.

*–Su negación de lo que significó y significa la experiencia del movimiento obrero mundial, de lo que importan los procesos históricos de la clase obrera, lo coloca en una actitud chauvinista.*

–Ni por asomo es una actitud chauvinista. No es que niegue –y cómo podría negarlo, si ello está en la esencia de las luchas sociales– la necesidad de que los trabajadores argentinos abren en la experiencia de otros movimientos obreros del mundo, aun cuando sean de países distantes y distintos del nuestro. Pero esas experiencias no pueden ni deben ser trasplantadas mecánicamente a nuestra realidad nacional. Para asimilarlas correctamente hay que ubicarlas en su marco histórico concreto. Pretender semejante trasplante sería desconocer las leyes que rigen los procesos sociales. Sería negar el hecho de que el mundo está integrado por naciones.

Así como no hay una economía ni una organización política ecuménicas, no puede haber un movimiento obrero ecuménico. Hay y debe haber movimientos obreros nacionales mientras la nación sea una categoría histórica vigente. La nación quedará superada cuando agote el cumplimiento de sus cometidos históricos.

*–En esa relación con Frondizi, que ya lleva veinte años, ¿no hubo desacuerdos?*

–La verdad es que desde aquella conversación inicial no hemos tenido desacuerdos. Salvo las diferencias de enfoques que son propias de la militancia común, siempre hemos

tenido una sólida unidad de criterios. Y seguramente esto no se debe a características personales de Frondizi y Frigerio, aunque –si le interesa saberlo– ambos somos de Escorpio. Lo fundamental es que una vez determinados en común los objetivos de nuestra tarea hemos actuado en base al empleo y a la reelaboración constante del método científico de análisis de la realidad nacional. Pienso que allí está la clave de la firmeza invariable de nuestra relación política, afianzada aún más en la dura lucha que hemos debido librar y en los ataques que hemos recibido por los objetivos que nos trazamos en 1956 para sacar al país de la crisis.

*–¿Cuándo conoció a Perón?*

–Conocí a Perón en mi visita a Caracas de enero de 1956, cuando él estaba en el exilio. Antes de esa fecha nunca habíamos hablado.

*–¿Podría comentar algunos aspectos de esa entrevista que tanto dio que hablar y de la que en realidad no es mucho lo que se sabe?*

–Cómo no. Pero creo que es indispensable ubicarla previamente en el contexto político que la rodeó, en el clima político que vivía la Argentina de ese entonces.

Ya hemos hablado del aislamiento en el que había caído el peronismo y que hizo posible su derrota de 1955. Después de 1955 no había conseguido romper su aislamiento. Las tremendas desviaciones de la Revolución Libertadora y en especial su política económica habían hecho que se consolidara en las masas peronistas el sentimiento de adhesión a Perón. Pero el peronismo como partido no se beneficiaba de esa situación, no conseguía recuperar posiciones. No conseguía romper su aislamiento. Hay dos ejemplos de los errores de apreciación en que incurrieron. Uno es lo que se llamó “la resistencia”, que inicialmente fue alentada por el propio Perón. Las acciones que llevaban adelante los hombres de la resistencia, muchos de ellos dotados de una innegable vocación de lucha y de sacrificio, estaban signadas por un

elementalismo tremendista que en lugar de romper el frente antiperonista lo consolidaba. Eran acciones que empeoraban para el peronismo la relación de fuerzas. El otro ejemplo es el voto en blanco, que fue propiciado por Perón y por los dirigentes peronistas en las elecciones de Constituyentes de 1957. El votoblanquismo también era una forma de automarginarse, de dejar el campo libre al enemigo. Y había sido admitido a regañadientes por las bases.

La sociedad argentina había engendrado dos polos de gorilismo. Al gorilismo liberal del gobierno y los partidos tradicionales se contraponía una especie de gorilismo peronista. Los dos se complementaban como los brazos de una tijera. La antinomia peronismo - antiperonismo impedía encarar la superación de la crisis de fondo e impedía que fuerzas de uno y otro polo, que estaban potencialmente en condiciones de hacerlo, se unieran tras ese objetivo.

Ese era nuestro planteo, estábamos convencidos de que ese era el cometido del movimiento nacional. Y tenía consenso en las masas peronistas, como lo probaba la simpatía que despertaba en ellas la revista *Qué* y la actitud de una inmensa cantidad de dirigentes medios que nos expresaban su identificación con tal posición. Por otra parte, era congruente con la experiencia histórica universal: la clase obrera siempre busca solución a sus problemas y nunca está dispuesta a suicidarse aferrada a una ideología que le cierra el camino. Y la solución para la clase obrera era y es indivisible de la solución para la comunidad nacional.

De este modo se iba consolidando la candidatura de Frondizi y por eso nosotros habíamos acertado en el análisis de los resultados de la elección de convencionales constituyentes. Como usted sabe el propósito de esa elección fue hacer un "recuento globular" del electorado —la reforma de la Constitución fue un pretexto—. Ante la gran cantidad de votos en blanco, que se habían registrado en la elección y ante el hecho de que el radicalismo del pueblo superaba levemente a la UCRI, el gobierno y los radicales del pueblo

\* En blanco, 2.092.000 votos; Unión Cívica Radical del Pueblo, 2.128.000 y UCRI, 1.839.545.

sacaron la conclusión de que se impondrían en las elecciones generales. A los votos del radicalismo del pueblo sumaban los de los minipartidos antiperonistas y daban por seguro el triunfo. Consideraban al voto en blanco como un dato inmodificable y veían todo color de rosa. Nosotros en la revista *Qué* hicimos un análisis distinto, que se ajustaba a las tendencias profundas del proceso político: sumamos los votos en blanco y los votos de la UCRI y concluimos que la victoria sería del movimiento nacional.

No tendríamos que esperar a las elecciones de 1958 para verificar que estábamos en lo cierto. Rápidamente fue creciendo una presión favorable al voto positivo dentro del peronismo. La autocrítica de la actitud votoblanquista fue impulsada desde la base hacia la cúpula. Entre los obreros, los delegados de fábrica y los activistas de barrio iba creciendo el convencimiento de que para derrotar al gobierno no había que abstenerse, sino votar positivamente; votar por la UCRI que ofrecía un programa de conciliación nacional, de paz, de legalidad para todos, de trabajo y de desarrollo. Ante una realidad como esa los dirigentes tenían que ser muy torpes para permanecer con los ojos cerrados, y en todos los niveles, a fines de 1957, la actitud votoblanquista era rápidamente revisada.

La marea llegó al máximo organismo de conducción que mediaba entre Perón y los cuadros peronistas de la Argentina. Me refiero al denominado Comando Adelantado, que funcionaba en Chile, donde se discutió y votó sobre este tema. Decidieron que apoyar al candidato de la UCRI era lo más conveniente para el peronismo y transmitieron a Perón esa decisión a modo de asesoramiento. Coincidieron en eso por diversas razones, unos porque veían que ése era el camino para reconstruir al movimiento nacional y otros porque advertían que una orden de voto en blanco desobedecida u obedecida parcialmente —como ocurriría sin lugar a dudas— equivaldría a una derrota.

Perón mismo, como yo advertí más tarde en mi entrevista con él, venía formulándose esas reflexiones.

Pero todo eso, con respecto a nosotros, transcurría por caminos que si bien eran concurrentes eran también separa-

dos. Nosotros comenzamos a plantear la reconstrucción del movimiento nacional, como expresión de la alianza de clases y sectores y como instrumento del desarrollo; y ese planteo estratégico creaba condiciones políticas para el entendimiento. Pero lo lanzamos en los primeros meses de 1956, cuando el peronismo estaba en el punto más alto de sectarización –todavía no se había producido el levantamiento del general Valle – y no tenía contacto con ninguna fuerza. Y seguimos planteándolo durante todo el proceso electoral sin acordar nada ni con Perón ni con ningún organismo ni dirigente peronista.

Y así maduraron las condiciones para la entrevista y para el entendimiento con Perón. Para él no apoyar a la UCRI era contrariar el sentimiento de sus bases y nosotros, por nuestra parte, no queríamos que el triunfo fuera una simple consecuencia de la proscripción del peronismo. Un aprovechamiento de esa circunstancia –semejante al que habían hecho los socialistas y los demócratas progresistas con la abstención radical en los años 30– era no sólo reprochable moralmente; era políticamente negativo porque no contribuía a afianzar la alianza. Un apoyo consciente y explícito abría perspectivas para crear un frente más sólido, constructivo y perdurable; y eso era así con independencia de lo que ocurriera después. El triunfo de la candidatura de Frondizi no debía servir solamente para abrir las puertas del gobierno; debía ser el sello de la alianza de clases y sectores sociales sobre la que debía asentarse el desarrollo nacional.

Por eso decidimos que yo fuera a Caracas, aun cuando el viaje no era indispensable para el triunfo electoral. Y por eso tuvimos que resistir las críticas de algunos hombres de la UCRI que sólo veían la superficie electoral del problema y aun de algunos peronistas, como Jauretche, que querían un peronismo sin Perón. Le cito a Jauretche porque era un dirigente peronista colaborador de *Qué*, entusiasmado con la idea de crear un movimiento nuevo marginando a Perón, y me criticó mucho el viaje a Caracas. Lo ocurrido desde aquel

\* Juan J. Valle encabezó el levantamiento del 9 de junio de 1958; fue fusilado el 12 de junio.

entonces a la fecha prueba lo errado de ese juicio, ya que el arraigo de Perón en las masas era muy sólido, aun cuando contrariara las leyes de la lógica formal.

Perdone que me haya extendido en este análisis, pero me parece que es indispensable para comprender cabalmente el sentido de la entrevista . . .

*–Está muy bien, Frigerio, creo que es útil. De todos modos también interesan las circunstancias más específicamente relacionadas con la entrevista, por ejemplo, ¿quién tomó la iniciativa de realizarla y qué se trató en ella?*

–La iniciativa surgió de Perón. Nosotros, si bien no queríamos ser usufructuarios pasivos de la proscripción, no podíamos forzar los hechos. Debíamos limitarnos a hacer lo posible para que las condiciones del entendimiento maduraran naturalmente.

Como le dije, el Comando Adelantado había decidido transmitir a Perón la opinión de que convenía apoyar la candidatura de Frondizi para derrotar la candidatura antiperonista de Balbín y no contrariar el sentimiento de las bases. Perón, además de ésa, recibía muchas opiniones –no faltaban los votoblanquistas que habían llegado a acuerdos secretos con Balbín y el gobierno, ni los alucinados que creían en un golpe militar peronista–, pero finalmente su punto de vista coincidió con el del Comando Adelantado. No era una cabeza teórica, dotada de ideas sistemáticas y capaz de predecir tendencias de largo plazo, pero poseía una enorme sensibilidad política y a esa altura de la crisis argentina estaba en una posición muy clara: él y su movimiento tenían que romper el aislamiento de antes y después de 1955.

Cuando habló con el portavoz del Comando Adelantado, que fue Ramón Prieto –el presidente del cuerpo, John William Cooke, no había podido viajar–, le dijo que estaba de acuerdo en refrendar esa decisión pero que de todos modos quería hablar con un representante del candidato de la UCRI. Le pidió que nos transmitiera a nosotros ese deseo y le inquirió sobre quién sería la persona que lo entrevistaría. Prieto conjeturó que podría ser yo y él se mostró conforme,

recordando mi actuación al frente de *Qué* de la cual era un asiduo lector.

Puedo contarle una anécdota que ilustra sobre la madurez de las condiciones para el entendimiento, así como sobre la urgencia de Perón por concretar la entrevista y no dejar que el apoyo peronista a la candidatura de Frondizi siguiera el curso espontáneo en el que estaba. Antes de que el portavoz del Comando Adelantado regresara, y después de darle instrucciones para arreglar la entrevista, le dijo que, a fin de evitar lógicas dificultades con los servicios de inteligencia del gobierno, enviaría un telegrama en clave para fijar la fecha. El telegrama, le dijo, va a decir: "*Felicidades. Juan*". Sin embargo, el 31 de diciembre de 1957, Prieto recibió un telegrama que decía: "*Felicidades urgente. Juan*".

Nadie tiene urgencia para desear felicidades. El cambio de la clave y la incongruencia aparente del texto eran vivamente reveladoras de la fuerza de los hechos en la constitución de la alianza.

Así fue como el 3 de enero llegué a Caracas y me entrevisté con Perón. Tuvimos dos o tres días de extensas e intensas conversaciones hasta que debimos interrumpirlas, felizmente cuando ya habíamos tratado las cuestiones fundamentales, en razón del movimiento militar que derrocó a Pérez Giménez. Perón, por ese motivo, debió refugiarse en la embajada de Santo Domingo y yo perdí todo contacto con él. Se vivió una situación muy difícil esos días en Caracas, había una violencia generalizada en las calles y una tremenda confusión. Al punto que se clausuraron los vuelos internacionales. Yo para volver tuve que hacer un rodeo; con grandes dificultades pude ir a Curaçao y recién de allí viajé a Nueva York para empalmar un vuelo que me trajera a Buenos Aires.

A mi regreso *Qué* hizo la crónica de mi visita a Caracas bajo el título "Misión cumplida". Todo estaba muy claro, no había nada espurio ni oculto. No ocurría lo mismo, más tarde, con otros visitantes que Perón recibiría en secreto durante su largo exilio.

-En aquel entonces se habló de un pacto secreto con Perón.

-Mire, cuando se dan pasos en la dirección de unir a las fuerzas nacionales, al movimiento nacional, surge todo tipo de acción psicológica, todo tipo de difamación. Pero cuando se hacen acuerdos de dirigentes, que niegan la esencia de ese movimiento y la unidad nacional, todo aparece como normal y encomiable. Nuestro consecuente frentismo siempre ha sido blanco de todo tipo de ataques, mientras que el acuerdismo, que es una mistificación de la alianza efectiva de las clases y sectores sociales, tiene total impunidad.

Cuando se hizo la *Hora del Pueblo* para empujar el fracaso de la revolución apetecida por las Fuerzas Armadas y por el pueblo todo, nadie la calificó con los adjetivos que se dirigieron contra nosotros. Lo mismo ocurrió con los acuerdos de dirigentes que se hicieron después de las elecciones de 1973, para sustituir el programa frentista del documento *La única verdad es la realidad* por la política que se aplicó y que fue la de la *Hora del Pueblo*. Por el contrario, éramos nosotros los atacados por la dirigencia tradicional. Nosotros denunciábamos el Plan Gelbard, la complicidad de los radicales y toda la política antipopular enmascarada en el populismo y ya no éramos los que habíamos "pactado con el tirano prófugo", éramos los enemigos de la institucionalización.

De todos modos no pienso irme por las ramas. Le voy a contestar concretamente, con las evidencias de que nuestro acuerdo con Perón no fue secreto.

En primer lugar todas las supuestas cláusulas del pacto, nuestros compromisos, eran en realidad el programa de conciliación que enarbolamos contra la marea antiperonista y antipopular de 1955. Y era un programa expuesto abiertamente en todas las esquinas y en todas las calles de la república. Estaban expuestos sin tapujos en los discursos de Frondizi durante la campaña electoral y estaba impreso y desarrollado interminablemente en la revista *Qué*. Todo el país lo conocía, no sólo no era un secreto sino que fue la condición de nuestro triunfo.

Ni la política del petróleo, ni la política acerca del capital extranjero, ni la política sobre las asociaciones profesionales —es decir la propuesta de una ley que asegurara la unidad del movimiento obrero frente a la atomización que propiciaban los radicales del pueblo y la izquierda— fueron cosas secretas. Como no lo fue la decisión que tuvimos desde un comienzo de terminar con la antinomia peronismo-antiperonismo y con las proscripciones: “legalidad para todos” fue uno de los lemas de la campaña electoral de Frondizi.

Todas esas cuestiones, aun las más polémicas y más a contramano de las opiniones tradicionales y gastadas de la vieja política, fueron la base de la propaganda elaborada por el equipo presidencial. Y para que no quedaran dudas, para evitar ulteriores deformaciones, Frondizi propuso y obtuvo una resolución partidaria según la cual el programa de gobierno estaría constituido por los discursos pronunciados por el candidato a presidente en la campaña electoral. De modo que hay que encontrar algo en esos veinte discursos electorales que esté en contradicción con lo que hicimos en el gobierno.

Lo que hablamos y acordamos con Perón era exactamente eso, lo que era público y estaba ya acordado con las mayorías peronistas dispuestas a apoyar la candidatura de Frondizi y el programa de desarrollo y de conciliación nacional.

Y aquí viene la otra evidencia. Después de las elecciones del 23 de febrero nosotros teníamos la preocupación de que el sector “duro” del peronismo entrara en una provocación que favoreciera el propósito del sector “quedantista” del gobierno, de no entregar el poder a Frondizi. Con motivo de esa preocupación yo viajé a Ciudad de Trujillo, donde estaba entonces Perón, y se la expuse con toda franqueza. El coincidió en que existía ese riesgo y envió una frase terminante: “*el peronismo no tiene ningún botín que reclamar por la victoria*”.

Los que lanzaron la especie de que existía un pacto secreto era quienes querían que no se nos entregara el gobierno. Y, desde luego, nuestros adversarios en las urnas. En realidad el único pacto secreto que existió fue celebrado

por ellos con un conocido financista peronista que tenía instalada una oficina política en Montevideo y se había comprometido a arrancarle a Perón una directiva en favor del voto en blanco.

—Entonces, sus conversaciones con Perón en Caracas. . .

—Como le dije, le expuse nuestro programa públicamente conocido.

Puedo agregarle alguna impresión mía sobre su actitud, aunque lo esencial es eso. Lo encontré, por cierto, endurecido por los hechos ocurridos en la Argentina después de 1955. Pero por un lado había leído prolijamente *Qué* y es evidente que coincidía con nuestro enfoque —en su libro *La fuerza es el derecho de las bestias* hizo extensas citas de artículos de la revista—. Por otro lado, como le dije, a un hombre de su sensibilidad política no podían escapársele los riesgos del aislamiento.

Las coincidencias fueron profundas al punto de incluir los temas más polémicos, como es el caso del petróleo. En esto, a mi testimonio usted puede añadir la prueba documental de la opinión de Perón vertida en el libro *La fuerza es el derecho de las bestias*, publicado por esa época. Allí, junto a sus reacciones frente al gobierno que lo había derrocado, había temas de fondo. Y el caso del petróleo estaba tratado de manera parecida a la que utilizábamos nosotros, a propósito de la experiencia venezolana que había visto en la primera parte del exilio. En este libro dice concretamente que Yacimientos Petrolíferos Fiscales no puede tener exclusivamente a su cargo la responsabilidad del autoabastecimiento y que se requiere el concurso financiero y empresario del sector privado.

Lo dice a pesar de que en su gobierno, aun cuando formuló esa idea, no llegó a concretarla; y aun cuando en su Plan Quinquenal había cuantificado la masa financiera destinada al petróleo en una cifra inferior a la destinada a la extracción de agua en las provincias del Noroeste. Objetivo este que no carece de importancia y hay que atender, pero

en una situación como la de nuestro país, donde hay insuficiencia de recursos financieros, las inversiones deben estar sujetas a un orden de prioridades.

Todos esos temas, la totalidad de los temas, fueron abordados en Caracas con mucha franqueza y con un respeto recíproco. Las reuniones que mantuvimos tuvieron frecuentemente un comienzo desde posiciones antitéticas y terminaron en acuerdos y formulaciones bastante logradas a base de una síntesis de las distintas posiciones.

Esta forma de encarar las reuniones, que se mantuvo durante los largos años en que tuvimos encuentros de ese tipo, creó entre nosotros una relación que yo considero muy especial dentro de las relaciones políticas que mantuvo Perón desde 1955 hasta su regreso al país. Por eso cuando después de 1973 se aplicó una política contraria a la que motivó la constitución del *Frente*, y contraria también a las aspiraciones de las propias bases peronistas, yo tuve una gran tranquilidad de conciencia para enfrentarla y denunciarla. Los últimos tiempos de la vida de Perón y su sucesión por un grupo totalmente ajeno a las aspiraciones de las masas fue algo muy triste para el peronismo; pero la consecuencia con los principios y con la esencia misma del movimiento nacional, sobre la que ya habíamos profundizado en Caracas, obligaban a hablar con claridad.

*—Usted aludió al tema del petróleo. En su momento se dijo que los contratos petroleros celebrados durante el gobierno de Frondizi fueron una consecuencia del pacto con Perón.*

—Le repito, los acuerdos con Perón se hicieron a la luz del día. Todo lo que le expuse en Caracas y él juzgó aceptable había sido ya públicamente expuesto por nosotros, incluido el tema del petróleo.

Por otra parte lo esencial es que, como lo ha demostrado la experiencia, nuestra política petrolera fue la más conveniente para el país y todavía sigue señalando el camino de lo que hay que hacer para recuperar el autoabastecimiento que nosotros habíamos alcanzado y que el gobierno radical hizo perder con la anulación de los contratos.

El petróleo fue, justamente, uno de los temas en los que

pusimos más fundamento teórico, más respaldo doctrinario. Uno de los temas en los que teníamos una posición tan orgánica como original en la Argentina. Lo que hicimos mal podía provenir de una imposición o de un compromiso externo a nuestras convicciones. Usted recordará que habíamos acuñado una fórmula: "*Carne + petróleo = acero*", con lo que queríamos señalar que en nuestra concepción del desarrollo y la revolución nacional, todos los recursos de los que disponía la nación debían utilizarse para la expansión horizontal y vertical de la economía.

Vertical, en el sentido de integrar la producción desde las industrias de base, las industrias de mayor capacidad reproductiva; y horizontal, o espacial, en el sentido de extender el crecimiento a todas las regiones. Las dos direcciones del crecimiento implican para nosotros la posibilidad de una efectiva independencia nacional, en cuanto suprimen la vulnerabilidad del sector externo determinada por la necesidad de importar bienes críticos que cada vez nos resulta más difícil pagar; e implican la elevación social del pueblo, en tanto sólo una mayor producción permite elevar el salario real y brindar educación, asistencia sanitaria y esparcimientos sin discriminaciones. Y sin discriminaciones es también brindar esa elevación social en toda la geografía nacional. No debe haber ciudadanos de primera clase que viven en Buenos Aires y en pocas ciudades de provincia y ciudadanos de segunda clase que viven en vastas zonas del interior, tremendamente postergadas.

Para eso tenía que servir el petróleo y el petróleo no sirve a esos fines si permanece sumergido en las estructuras geológicas. Hay que sacarlo a la superficie, lo cual requiere capital y organización empresarial de la que no disponemos. Es decir, carecemos de los factores indispensables para que el trabajo humano realice el prodigio de convertir al petróleo yacente en el subsuelo en un bien dotado de valor económico, en una palanca efectiva de elevación nacional y social.

Eso era lo esencial, lo efectivamente liberador, y encaramos su realización enfrentando tanto a la estupidez ideológica como a los intereses espurios atados a la importación y la dependencia.

*-Una de las críticas, por aquellos años, suponía un gran negocio derivado de fabulosas comisiones de las compañías petroleras a los gestores, y usted mismo tuvo que declarar ante una Comisión Investigadora del Congreso de la Nación.*

-Efectivamente, se dijo eso y se dijeron muchas cosas más. Nosotros tocamos un tema tabú y era inevitable, y lo sabíamos, que íbamos a chocar con los prejuicios ideológicos y con la infamia. Y así fue, se nos vinieron encima los lobos de los que con tanta honradez intelectual y con tanto cariño me había advertido Scalabrini Ortiz.

Pero si nosotros no hacíamos lo que hicimos hubiéramos militado en el campo de la contrarrevolución. No habíamos enfrentado a toda la política tradicional durante el período de la llamada Revolución Libertadora pensando que después nos iban a tirar con flores. Eramos y somos políticos revolucionarios dispuestos a correr todos los riesgos en la lucha por nuestras convicciones.

La calumnia es uno de esos riesgos. Y lo asumimos desde un primer momento. Cuando fui a pedirle que nos acompañara a Arturo Sábato, que después sería delegado personal del presidente de la República en YPF, le dije muy clara y francamente: *"Vení a trabajar con nosotros si estás dispuesto a que te digan agente comunista internacional, agente imperialista yanqui y ladrón público; vení si estás dispuesto a tirar la honra a los perros, porque la tarea que vamos a realizar es indispensable para la grandeza de la Nación"*.

En el momento en que nosotros lanzamos la política petrolera contraríamos todo lo que rutinariamente se había estado haciendo y, como es obvio, no podíamos exhibir resultados. Había campo fértil para el error ideológico del nacionalismo a medias, que consiste en no advertir que lo esencial es que los fines sean nacionales -en este caso el autoabastecimiento- y que pueden no ser nacionales los medios, los instrumentos, para conseguir esos fines irrenunciables. Y había campo fértil para la calumnia. Los argumentos lanzados por los intereses de la importación podían prender en mucha gente de buena fe, que inconscientemente contrariaba el interés del país. Pero mantener esas acusacio-

nes en 1964, cuando los resultados estaban a la vista, fue realmente una infamia.

Sólo podían estar en eso las personas vinculadas al negocio de la importación y los que anteponían los intereses del comité a cualquier otra consideración, los que conscientemente hacían un daño al país. Yo los miré a la cara de cerca a esos acusadores; vi las expresiones de sus rostros y vi sus miradas, porque, como usted recuerda, concurrí a la Comisión Investigadora. Era inocultable que esos señores estaban representando una farsa. Una farsa cruel. No sólo porque pretendían destruirnos moral y políticamente a Sábato, a Frondizi y a mí, ya que los tres asumimos expresamente toda la responsabilidad emergente de los contratos, sino también porque era una farsa orientada a destruir algo que se había construido en bien de la República.

Era evidente que el interrogatorio que me hicieron no perseguía averiguar la verdad, sino hacer el escándalo. Me hacían preguntas pensando en lo que saldría en los diarios y no en esclarecer los hechos. Fue algo lamentable. Formulaban acusaciones sin fundamentos, yo contestaba de manera terminante y ellos saltaban a otro punto sin inmutarse y a veces volvían a preguntar algo que yo ya había contestado hasta el hartazgo.

Con todo, nosotros quisimos en ese momento que se formara la Comisión Investigadora Parlamentaria. Sabíamos que de todos modos esa era la forma en que quedaría en evidencia la limpieza con la que habíamos procedido. Por otra parte no teníamos otro camino, ya que frente a la montaña de calumnias que se lanzaba contra nosotros no podíamos publicar una línea en los diarios para defendernos. Y, efectivamente, en esa Comisión, de acusados nos convertimos en acusadores; no sólo demostramos la conveniencia y la corrección de nuestra política, sino que denunciábamos la pérdida del autoabastecimiento derivada de la anulación de los contratos. Ellos, pese a todo el escándalo quedaron al descubierto y no han purgado el crimen de haber hecho que el país volviera a importar ingentes cantidades de petróleo.

El fondo de nuestra política era muy concreto: cuando

asumimos el gobierno la importación de petróleo era el 25 por ciento de las importaciones totales de la Argentina. Una sangría de 300 millones de dólares anuales, que era mucho y que constituía un grave obstáculo para el desarrollo nacional. Nosotros en 30 meses conseguimos el autoabastecimiento, pasamos de una producción anual de 5,6 millones de metros cúbicos a producir 16 millones anuales. En dos años y medio conseguimos lo que YPF había perseguido vanamente durante 50 años. Y claro, además de romper tabúes ideológicos, arruinamos un negocio de 300 millones de dólares anuales.

Eso es lo que debió investigarse. Eso es lo que explica muchas cosas que parecen inexplicables. Esto explica que al día de hoy el país hace todo lo contrario de lo que debiera hacer no sólo en materia de petróleo sino en otros rubros fundamentales. Para comprender muchas cosas basta con ver las cifras de nuestro comercio exterior. Allí se ve claramente que entre petróleo, carbón, siderurgia, petroquímica, química pesada, celulosa y papel, el país gasta las tres cuartas partes de lo que obtiene por sus exportaciones. Allí hay fabulosos negocios y comisiones. Y allí está el interés de las grandes corporaciones, de los grupos monopolícos que quieren mantenernos dependientes del abasto externo de esos productos críticos.

*—Entonces ¿cómo explica que las compañías petroleras se avinieran a firmar los contratos?*

—Hay una explicación muy clara; que no es sólo teórica, ya que nosotros la experimentamos.

Pero antes quiero subrayarle aun más, que el mejor negocio para las compañías es vendernos el petróleo que extraen en otros países. Sobre un pozo de petróleo en la Argentina hay que poner la misma cantidad de capital que sobre otro en Arabia Saudita; en cambio son distintos los resultados, ya que en la Argentina se obtiene una producción media diaria de 10 metros cúbicos por pozo y en Arabia Saudita hay pozos de 500, 1000, 2000, y hasta más metros cúbicos de producción diaria. Es decir, en este último caso la inversión tiene una rentabilidad astronómicamente mayor.

No obstante, lo que es conveniente para las compañías monopolícas, que operan a escala transnacional, puede no serlo para las naciones. A nosotros no nos conviene importar ese petróleo que se extrae a bajo costo y que se vende a precio de cartel, nos conviene sacar nuestro propio petróleo. En este, y en los otros rubros que le mencionaba recién, nos conviene ahorrar esas divisas y utilizarlas para elevar nuestro equipamiento y nuestro desarrollo, y nos conviene hacer la producción aquí, dando trabajo a los obreros argentinos y creando una inmensa gama de actividades secundarias que movilizan a más obreros y también a empresarios argentinos.

¿Por qué, a pesar de ello, las compañías vinieron a sacar nuestro petróleo? Porque nosotros teníamos objetivos claros y negociamos en función del interés nacional. El monopolio no es una unidad, es un sistema de unidades que funcionan coherentemente en conjunto pero que no puede eliminar contradicciones internas y contradicciones entre el interés del conjunto y el de tal o cual compañía que lo integra. En los primeros sondeos encontramos una actitud negativa. Entonces iniciamos negociaciones con compañías marginales, de menor dimensión y más dispuestas a hacer negocios fuera de lo convencional entre ellas. Así logramos los primeros contratos, y las compañías grandes, cuando vieron que de todos modos sacaríamos el petróleo, no quisieron quedarse al margen del negocio.

Nuestra experiencia es muy aleccionadora en cuanto a que al monopolio, que es una realidad de la economía contemporánea, no se lo puede negar. Sería como negar la ley de gravedad. De lo que se trata es de negociar con firmeza, con lealtad hacia la Nación y con claridad en los objetivos. Y de eso pueden obtenerse sólidos avances en el terreno de la liberación nacional. El mantenimiento de los esquemas tradicionales, sea en la forma de aislacionismo populista o sea en la forma de espontaneísmo liberal, no hace sino acentuar el subdesarrollo y la dependencia.

## El gobierno de Frondizi

—¿Cómo juzga usted, Frigerio, el proceso de nacionalizaciones del primer gobierno de Perón, tan distinto del de la UCRI, que con Frondizi en el gobierno, privatiza? Fijese que caso curioso de aliados.

—El caso es curioso si se lo analiza conforme a la lógica formal, pero no lo es si se tiene en cuenta el proceso político y sus conexiones con la base económico-social.

Por un lado, entre el primer gobierno de Perón y el gobierno de Frondizi mediaron condiciones distintas. Y por otro, naturalmente, hay diferencias de concepción doctrinaria; de lo contrario no habría alianza sino identidad.

Perón al asumir el gobierno encontró un país que había ahorrado divisas compulsivamente, a causa de que la Segunda Guerra Mundial había interrumpido prácticamente el intercambio. Encontró una enorme masa de divisas. Frondizi, en cambio, encontró un país económica y financieramente deteriorado. La estructura económica, en crisis desde 1930, presentaba muy acentuados todos sus problemas con respecto a 1946.

Pero además de estas diferencias en las condiciones materiales había una diferencia muy significativa en el campo político. Los hechos que se habían producido durante el denso período de la posguerra, tanto en el ámbito nacional como internacional, no podían dejar de tener influencia en la

elaboración teórica de los problemas. Es decir, en 1956 cuando nosotros lanzamos el programa de gobierno, el movimiento nacional tenía otro nivel de experiencia que en 1945 y 1946; y creo que el desarrollismo conceptualizó correctamente esa experiencia, le dio una formulación doctrinaria que difería con muchos aspectos de las formulaciones del peronismo.

Y no debe llamarle la atención una alianza entre expresiones signadas por esta diversidad. Las sucesivas diferencias y aproximaciones entre los grupos políticos que tienden a expresar una misma base social forman parte del ininterrumpido proceso de ajuste entre las doctrinas, las ideologías, y el interés concreto de las masas. Esas diferencias y conflictos son de la esencia de la política, del proceso histórico-social.

Hay, por encima de eso, una razón de fondo que justifica y explica nuestra alianza con el peronismo. Es una alianza que tuvo momentos muy positivos, como 1958, aun 1963, y comienzos de 1972, cuando se elabora el documento *La única verdad es la realidad*; y momentos muy negativos, cuando ya en 1958 los dirigentes peronistas comenzaron a prestarse a la provocación gorila contra nuestro gobierno y cuando en 1973 el gobierno adopta el Plan Gelbard, que era una negación tanto del programa del Frente como del interés concreto de las masas, motivo por el cual nosotros lo enfrentamos mientras los partidos acuerdistas lo apoyaban. Pero es una alianza que ha mantenido, con todo, una continuidad.

La razón de fondo de que nosotros hayamos buscado la alianza, de la manera que le relaté, es que el peronismo tenía en su seno a la mayoría de la clase obrera argentina. Es decir, representaba a uno de los componentes que no pueden faltar en la alianza de clases y sectores sociales que nosotros consideramos la sustancia de la unidad nacional, la base del desarrollo y la independencia de la república. Y tenía una línea nacional, una concepción, aun cuando no totalmente estructurada, del movimiento nacional.

Creo que son razones decisivas para que sin hacer concesiones doctrinarias, pero sin sectarismos, hayamos concertado la alianza. Son razones que descartan todas las

acusaciones de venalidad política que se han lanzado en los momentos en que el movimiento nacional se consolida y se ubica en posición de derrotar a su adversario —que es siempre un híbrido de liberalismo, populismo e izquierdismo atado a la estructura del subdesarrollo y la dependencia—. Nos interesaba ese aspecto cualitativo del peronismo y no su mera significación cuantitativa y electoral. Hay pruebas fácticas de nuestra consecuencia con los principios. Ya hablamos de cómo, en 1958, formalizamos la alianza cuando no era indispensable a los fines de la victoria electoral. En el gobierno fuimos todo lo flexibles que había que ser en materia táctica, pero pese a las tremendas presiones no cedimos en los principios y de allí que se produjera el golpe de 1962.

En otras oportunidades, cuando el peronismo se dejó tentar por la línea acuerdista, nosotros nos mantuvimos firmes a pesar de que algunos pronosticaron que moriríamos en el más terrible aislamiento. Es el caso de la Hora del Pueblo, que se hizo para frustrar la revolución impulsada por las Fuerzas Armadas y deseada por los restantes componentes naturales de la alianza de clases y sectores, de la cual nosotros denunciábamos su programa populista y su propósito de revivir la partidocracia. Y es el caso del gobierno 1973-1976, que de la mano de Gelbard revivió la Hora del Pueblo, y al cual nos opusimos no en 1975 cuando formalizamos la extinción del FREJULI, sino en el mismo mayo de 1973 cuando en medio de la euforia populista, y en una total soledad, denunciábamos al acuerdismo que había entrado por la ventana y pronosticamos el desastre del que resultarían víctimas principales las propias masas peronistas.

Esos son los trazos fundamentales de nuestra relación con el peronismo, que en el futuro podrá revitalizarse si entre sus dirigentes surge una clara visión del derrotero que debe seguir la Nación para llegar a ser una entidad histórica cabalmente lograda.

*—No entiendo lo de “clara visión del derrotero”...*

*—Vea, entre los dirigentes peronistas coexiste el espíritu movimientista de 1945 con un componente partidocrático.*

Hay algunos dirigentes que, pese a su origen, no se diferencian en nada de la dirigencia política tradicional de la Argentina que hace ya largos años ha cumplido su ciclo. Si esos dirigentes imponen una línea acuerdista, si se dejan encandilar por una perspectiva electoral vacía de contenido, se alejarán no ya de nosotros, se aislarán de las masas que necesitan y quieren un camino nuevo y revolucionario. Si por el contrario, el peronismo retoma la línea nacional volverá a ser expresivo de la alianza de clases y sectores sociales o de parte de ella, y, entonces, el entendimiento será posible y necesario.

Pero, le insisto, no se trata de repetir fórmulas vacías, sino de formular un programa adecuado al punto en que se encuentra el movimiento nacional. La alianza de clases y sectores sociales es cada vez más indispensable para sacar al país de la crisis, y simultáneamente es cada vez más una imposición de los hechos. Las experiencias vividas por la clase obrera, por el empresariado, por los intelectuales y por las Fuerzas Armadas tienen una gran fuerza para la selección de las doctrinas que se ajustan al interés concreto de la Nación. Y, por otro lado, las condiciones objetivas, el deterioro alcanzado por la vieja estructura, dejan poco margen para repetir las experiencias acuerdistas y populistas. El país y el pueblo transitarán un camino totalmente distinto del que se le pueda proponer desde esas posiciones.

*—El desarrollismo insiste en el acuerdo de clases, ¿pero no es un punto de partida demasiado teórico para fundar una estrategia?*

*—Vuelvo a remitirme a la experiencia de los últimos lustros. Las estrategias políticas que, consciente o inconscientemente, responden al designio de las corporaciones, han cosechado tremendos fracasos. Han sido exitosas, sí, en cuanto al propósito de mantener y degradar nuestra estructura productiva con cualquier fachada política. Pero cada vez se manifiestan más frágiles en la preservación de situaciones de poder, más inestables y más rápidamente repudiables para el pueblo.*

Es decir, una estrategia que se asiente en las capas profundas de la sociedad es evidentemente más viable que los arreglos de superficie. No funcionó la experiencia de 1966 porque, si bien inicialmente apuntó contra la partidocracia, no logró estructurar la alianza, no advirtió que las protestas sociales cuando son genuinas resultan más saludables que el consejo de los "expertos" y que el asentimiento de los dirigentes gremiales burocratizados y comprometidos con todo menos con sus bases. Y no funcionaron las experiencias electoralistas que consideraron que los mecanismos electorales son fines en sí mismos.

Ni el elitismo ni la política tradicional son viables. Y nosotros creemos que tampoco lo es el enfrentamiento de clases, el desgarramiento de la Nación. Esto tiene un sólido fundamento teórico, pero no es "demasiado" teórico. Se apoya adecuadamente en la realidad. Nuestro planteo no niega la existencia de las clases. Las clases existen con independencia de la voluntad de sus miembros y más aun con independencia de la opinión de los sociólogos o los políticos. Hay clases porque una parte de la sociedad puede disponer en propiedad de los medios de producción y otra enorme parte tiene que vender su fuerza de trabajo para subsistir. Pero a partir de esa realidad objetiva, ¿es inexorable, dadas las condiciones de nuestra sociedad nacional, que estas clases tengan que enfrentarse en todos los terrenos e indefinidamente?

Nuestra respuesta es una rotunda negativa. Los obreros y los empresarios van a seguir discutiendo las relaciones laborales, el vínculo contractual que se origina en la producción. Pero esa discusión deberá hacerse dentro del marco de una política que sirva al interés que es común a unos y a otros, al interés nacional. Allí los obreros y los empresarios, en la formulación de esa política, tienen un ancho campo de coincidencias; allí es posible la alianza.

Para la clase obrera el enemigo principal no es el empresariado nacional y para el empresariado nacional el enemigo principal no es la clase obrera. Todo lo contrario. Lo que para los trabajadores es salario, para los empresarios nacionales es mercado interno. Y ese punto de unión se

profundiza en la política de desarrollo.

El otro punto de unión es el enemigo común: el monopolio. A las corporaciones no les interesa el desarrollo del mercado interno de producción y consumo, ya que su esquema es transnacional. El interés de ellos es que una porción de nuestro desarticulado aparato productivo se articule a un circuito económico transnacional; el interés de ellos es tener mano de obra barata y desplazar al empresariado local; el interés de ellos es contrario al de los trabajadores, al de los empresarios y al de todos los sectores que componen la comunidad nacional.

*-La unidad nacional supone el consenso necesario para llevar adelante determinados objetivos de desarrollo del país, y el planteo me parece correcto. En el 58 estaban dadas las condiciones de la unidad nacional, y sin embargo, desde el peronismo y en la UCRI, se discutió a Frondizi apenas accedió al poder... En suma, seguimos buscando la unidad nacional.*

-Eso es cierto, pero parcialmente cierto. El frente de 1958 fue un frente precario, no puede hablarse de una expresión consolidada del movimiento nacional. Era precario porque el contexto político general, dominado por la antinomia peronismo-antiperonismo y las tendencias antiobreras y gorilas, era negativo. Y era precario porque no fue un frente completo, no hubo una integración efectiva entre las partes. No la hubo porque la impedía la proscripción vigente en ese momento: nosotros no podíamos darle cabida al peronismo en el gobierno y Perón debió apoyar, pese a esa limitación, para no quedar al margen del proceso político. Estaba lejos de ser una expresión electoral perfecta del movimiento nacional, no era el frente ideal sino el frente posible.

Y nosotros hicimos todo lo posible. No quisimos ser beneficiarios pasivos de la proscripción. Cuando yo fui a Caracas, por lo cual se me dijo *factotum* del pacto, no necesitábamos hacer un negocio electoral: Frondizi era el candidato impuesto por las circunstancias, rodeado de prestigio, de un programa y de un equipo coherente, frente a un

hombre que divagaba sobre los problemas, como el doctor Balbín. Lo que necesitábamos, lo que necesitaba el país, era un poder político expresivo de la alianza de clases y sectores sociales.

Y llegamos hasta donde pudimos, e intentamos avanzar en la misma dirección después en el gobierno. Para ello abrimos todas las vías de acuerdo, a pesar de las limitaciones impuestas por los remanentes gorilas que conspiraban y presionaban constantemente.

Esto no fue comprendido por ciertos dirigentes, como los que declararon la huelga revolucionaria de enero de 1959. Las provocaciones que hicieron surgen de declaraciones públicas del propio John William Cooke. Ellos y los grupos gorilas coincidían en el propósito de derrocar al gobierno y urdieron una trampa a propósito del conflicto gremial en el frigorífico Lisandro de la Torre: inventaron que allí había 200 muertos cuando en realidad ni un solo obrero sufrió un rasguño. Desde afuera había una mano que unía a ciertos grupos peronistas con los grupos gorilas para actuar contra el gobierno desarrollista.

No obstante, en ese entonces y después nosotros fuimos consecuentes en buscar un entendimiento político que expresara la alianza de clases y que no debía excluir a los trabajadores que estaban identificados con el peronismo.

*—Sin embargo, los trabajadores fueron víctimas de medidas compulsivas del gobierno, que los movilizó militarmente y aplicó el Plan Conintes.*

—Esas medidas debieron adoptarse en razón de ese juego de provocaciones. Sus destinatarios fueron víctimas indirectas de ese juego y también lo fuimos nosotros, que no queríamos hacer nada que nos distanciara del movimiento obrero. Pero lo acordado en la trastienda entre quienes aparecían como enemigos, se hizo muy evidente: las provocaciones peronistas suscitaban las reacciones del gorilismo golpista que nos exigía esas medidas “contra el peronismo”.

Esas eran cosas de dirigentes. Los obreros eran sujetos pasivos de ese manipuleo. Y finalmente fueron advirtiendo

que nuestro gobierno, pese a las presiones, pese a algunas medidas que debió tomar, fortaleció la situación de los trabajadores: su orientación económica era de pleno empleo y de perspectivas de superación social como nunca después se dieron; y además, le dio al movimiento obrero sus armas de defensa: la Ley de Asociaciones Profesionales que garantizaba la unidad sindical y la normalización de la central obrera. Eso era lo concreto y las bases lo fueron advirtiendo, dieron la espalda a los provocadores y nosotros pudimos ir estabilizando relativamente el frente gremial. Después, naturalmente, se irían abriendo otros frentes de lucha y provocación.

*—Las reacciones se producen con motivo del viaje de Frondizi a Estados Unidos, vinculado a concesiones del gobierno, sobre todo en el área petrolera.*

—Ya hemos hablado bastante de nuestra política petrolera y sólo en un sentido muy lato se puede hablar de concesiones. No hubo concesiones, sino contratos de explotación por cuenta de YPF que resultaron altamente beneficiosos para el país.

Pero de todos modos, y lo que aquí interesa, es que precisamente el hecho de que se haya elegido esa circunstancia para hacer agitación prueba el divorcio que existía entre la actitud de los dirigentes y las bases. Las bases no podían estar interesadas en impedir que el presidente de la Nación Argentina fuera a Estados Unidos para esclarecer su política económica y lograr todo el apoyo posible para hacerla avanzar. Ese era un ideologismo totalmente ajeno y contrario a las bases. El petardismo provenía de los grupos que con la cortina de humo nacionalista y antiimperialista favorecen el empobrecimiento del país, incluida la clase obrera.

Y a lo que le decía recién, sobre la relativa estabilización del frente gremial, puedo agregarle otra prueba de la falta de adhesión de las bases a tales actitudes de los dirigentes peronistas: en la Capital Federal, donde está el núcleo más numeroso y disciplinado de la clase obrera, la UCRI obtuvo

el más alto nivel de votos alcanzado en la historia electoral de la República.

—¿Sería en el 58?

—No. Le estoy hablando del 61 cuando la clase obrera había esclarecido su posición y asumido sus intereses más allá de la actitud de los dirigentes coligados con los enemigos nacionales y con los enemigos del peronismo en la política interna. Le reitero la conveniencia de releer aquellas declaraciones de Cooke, dichas en un contexto muy singular, de las que se desprende la unidad de acción entre el militar reaccionario Toranzo Montero y los grupos nacionalistas-izquierdistas del peronismo.

—Me cuesta pensar que esa reacción opositora pueda reducirse a una maniobra del “gorilismo”.

—Lo fue. Puedo darle pormenores probatorios de que estuvimos frente a una maniobra política espuria, que sólo perseguía el derrocamiento del gobierno y que carecía de toda vinculación con el interés y la posición de las bases.

Fíjese, el 18 de enero de 1959, en las vísperas del viaje de Frondizi, la dirigencia sindical peronista me visita en mi casa de Avenida de Los Incas y me plantea diez reivindicaciones como condición para impedir la huelga del día siguiente. De las diez reivindicaciones aceptamos nueve. La décima requería la sanción de una ley por parte del Congreso, pero comprometimos formalmente a nuestro grupo parlamentario para que la satisficiera. Esta discusión tuvo lugar en mi casa, como le decía, entre las 18 y las 22. Y a las 23 esos mismos dirigentes van a la asamblea y decretan la huelga general por tiempo indeterminado.

¿Qué tenían que ver entonces las reivindicaciones obreras con esa decisión? Esa decisión formaba parte de lo acordado con los grupos reaccionarios que querían tirar abajo el gobierno y hacer un baño de sangre. Y era bastante absurdo, porque allí apareció una lista de fusilamientos en la que estábamos nosotros, pero también estaban estos crédu-

los dirigentes en el lema *Roma no paga traidores*. No advirtieron que los grupos gorilas eran reaccionarios hasta las últimas consecuencias.

—Ese proceso de presiones e imputaciones termina con su función de asesor y coordinador. Usted es desterrado del gobierno y a Frondizi le tenían prohibido verlo. ¿Se valía de mensajeros? ¿Qué hizo entonces?

—Es cierto. Por las funciones que yo desempeñaba en el gobierno y por las tareas políticas que cumplía, tendientes a reconstruir el movimiento nacional, yo era un blanco predilecto de los golpistas. Debí soportar una acción psicológica y calumniosa tremenda. Y las presiones que se hicieron para desplazarme comprometían la estabilidad del gobierno. A partir de eso decidimos de común acuerdo con Frondizi que yo me alejaría del gobierno y finalmente, cuando el cerco se fue cerrando, que no debíamos vernos a la luz del día. Es triste que en nuestro país haya ocurrido eso, pero ocurrió. La palabra “prohibido” no es excesiva. La intolerancia y la provocación llegó al extremo de plantear que dos hombres, unidos por ideas y una lucha común, no podían reunirse a examinar los problemas del país.

Pero ahora, cuando esa aberración es tan evidente, puedo decirle que si bien decidimos no vernos “a la luz del día”, ante las presiones golpistas, pudimos mantener en todo momento un contacto orgánico venciendo todas las dificultades e incomodidades. Yo estaba dispuesto a renunciar a los cargos, pero no a la lucha; y Frondizi estaba dispuesto a admitir toda la formalidad del planteo, pero no a desarticular el número del movimiento nacional que habíamos constituido y que tenía las miras más elevadas, menos atadas a los honores y a una concepción meramente existista del poder. Nos veíamos a la noche, en los momentos que se suponían de reposo, y utilizando ardides para sortear el cerco que se había tendido; hasta el punto que yo no podía ir a la residencia de Olivos, no podía pasar a cara descubierta por la guardia, y entraba, no obstante, de distintas maneras, generalmente con alguien que a la noche cumplía funciones

allí y me llevaba en su auto. Los domingos, que también se suponían para descanso del Presidente, eran utilizados para hacer extensas reuniones y para analizar los problemas fundamentales. Le repito, pese a ese absurdo planteo, durante todo el gobierno mantuvimos una relación orgánica y sistemática. Ninguna decisión de importancia dejó de ser examinada con rigor y dejó de ser el producto de un acuerdo ubicado en la línea que veníamos elaborando desde 1956.

*—¿Hasta qué punto el desarrollismo tuvo posibilidades de poner en práctica sus ideas durante el gobierno de Frondizi? ¿Cuáles fueron sus frustraciones y, sobre todo, qué enseñanza ha dejado ese período de gobierno?*

—En su pregunta está la idea de que hubo limitaciones y dificultades. Es exacto. Gobernamos en las condiciones más adversas: en el país subsistía la antinomia peronismo-antiperonismo, había un encono irracional contra el diálogo que habíamos abierto, había una cúpula militar sedienta de desquite y había un clima ideológico tremendamente refractario a la nueva problemática que introdujimos nosotros —el desarrollo era ya una exigencia de la realidad, del interés de la Nación y de todos sus sectores sociales, pero no estaba digerido en el plano político—. Advierta las tremendas diferencias entre aquella situación y la situación actual.

Y por cierto que la dificultad mayor estaba en los intereses de la vieja estructura, que nosotros habíamos querido remover y que mediante la acción psicológica y el manipuleo de los medios de comunicación masiva alimentaba todo ese clima político de resistencia e incomprensión.

La prueba concreta de nuestras dificultades es que en menos de 4 años el gobierno de Frondizi soportó cuarenta crisis militares. Es decir, una gran parte de la energía política y la capacidad de decisión del gobierno estuvo inhibida por la necesidad de dar respuesta a estos permanentes atentados a la estabilidad institucional.

No obstante eso, hay un conjunto de realizaciones demostrativas de que no hubo improvisación, ni pragmatismo, ni economicismo. El nuestro fue un gobierno serio, con

una gran fuerza de realización y con una concepción global muy definida, con una idea muy clara de la Nación que debemos ser y con una estrategia de largo alcance para el cumplimiento de sus objetivos nacionales.

Lo esencial fue el lanzamiento de la política de cambio de estructura y el señalamiento de un camino que el país deberá transitar inexorablemente. Pero no fue un lanzamiento retórico: durante nuestro gobierno se triplicó la producción de petróleo, se duplicó la producción siderúrgica, se creó la industria automotriz, se creó la industria petroquímica, se quintuplicó la industria del caucho, se triplicó la inversión en carreteras, se avanzó en la electrificación y mecanización del agro, se incrementó notablemente el parque industrial y se llegó a invertir en él un 50 por ciento de las importaciones.

Hay un dato que ilustra mucho sobre ese empuje realizador y a la vez sobre la crisis en que luego se sumió al país: en la última década el incremento de las inversiones en equipos industriales fue del 70 por ciento, aproximadamente, mientras que en los únicos 4 años de la gestión desarrollista ese incremento fue del 90 por ciento. La capitalización que se produjo en ese brevísimo lapso fue de una magnitud tal que le permitió al país *vivir de renta* durante los años posteriores, pese a que los liberales cuando tomaron el gobierno, en 1962, dijeron que la economía estaba recalentada y sancionaron severamente a los empresarios que habían confiado en la perspectiva de desarrollo.

En esa línea se ubica la devaluación dispuesta por Pinedo, que no tenía nada que ver con las necesidades del proceso económico y que sirvió para duplicar en pesos nacionales la deuda externa de aquellos empresarios que sobre la base política de desarrollo y expansión del mercado interno habían decidido ampliar sus instalaciones mediante la importación de equipos y toda clase de bienes de capital.

*—Esa línea de Pinedo la sigue Alvaro Alsogaray, siendo ministro del presidente Guido, pero Alsogaray fue ministro de Frondizi.*

—Efectivamente Pinedo-Alsogaray fueron una unidad du-

rante el gobierno de Guido. Efectivamente, Alsogaray fue ministro del doctor Frondizi. Y podría agregarle, haciéndole una confidencia, que la designación de Alsogaray es, quizá, el único acto realizado por Frondizi en el cual su íntima decisión estuvo influida por el asesoramiento de quienes estábamos a su lado, en el sentido de demostrarle la necesidad de incorporar a Alsogaray al gobierno en ese momento. Frondizi se oponía porque creía preferible afrontar las dificultades políticas antes que sortearlas con el expediente de incluir en el gabinete a un hombre tan frontalmente opuesto a nuestras ideas.

—¿Hubo presiones militares o de intereses en favor de Alsogaray?

—Había presiones de todo tipo en un gobierno cuya debilidad política ya hemos descripto. Y la decisión de incorporar a Alsogaray tuvo en cuenta, básicamente, dos elementos: por un lado era un hombre al que, a la sazón, se lo suponía una garantía contra la inflación, que preocupaba a vastos sectores de la clase media argentina. Por otro, satisfacía evidentemente a los grupos militares que habían sido objeto de una acción psicológica muy profunda y sistemática en el sentido de que nuestro equipo de gobierno era proclive a posiciones de izquierda.

Era una situación muy especial. Así como el liberalismo y la derecha nos acusaba de pro-comunistas, de pro-soviéticos y de agentes internacionales del comunismo, la izquierda nos acusaba de pro-imperialistas y de agentes de Estados Unidos.

—*Es verdad. Pero entre esos dos fuegos también estaba el supuesto de que ustedes se distanciaban temporariamente del comunismo, por razones tácticas, pero tras ese rodeo se iba a demostrar, en el futuro, que ustedes trabajaban para el comunismo.*

—En materia de acción psicológica se puede decir cualquier cosa. Por otra parte, como quienes decían eso trabajaban en favor de nuestro derrocamiento, estaban persuadidos

de que la falsedad de esa hipótesis de política-ficción no podría demostrarse nunca. Lo cierto es que en los tres lustros que han transcurrido nosotros hemos probado hasta el cansancio la firmeza de nuestra concepción nacional, nuestra consecuencia con la Nación. No somos agentes de nadie, por el contrario, la única posibilidad de que la Argentina se realice plenamente es concretar la alianza de clases y sectores sociales y el desarrollo. Concretar nuestra propuesta, una propuesta nacional que hemos sostenido con una consecuencia que no podrá exhibir ninguno de esos detractores.

Lo que ocurre es que nuestra concepción nacional es inescindible de nuestra concepción social. Otro tema sobre el cual nuestros adversarios han sembrado una tremenda confusión. No es cierto que concebimos al crecimiento económico como fin en sí. Nosotros creemos que la elevación social del pueblo, y en particular de la clase obrera es, en este tiempo, una condición de la subsistencia misma de la Nación. Lo es en cuanto a mercado, en cuanto a elemento material para enfrentar a las corporaciones; y lo es en cuanto fuerza político-social, consustanciada con la Nación.

Los trabajadores no tienen ni pueden tener un interés que sea contradictorio con el conjunto de la comunidad nacional, de allí que para nosotros deban ser uno de los componentes esenciales de la alianza. Este punto de vista, y nada menos que ese, nos diferencia de ciertos grupos que aunque tengan una admiración escolar por los símbolos patrios tienen una concepción reaccionaria y antiobrera; ciertos grupos que bajo el anticomunismo primario introducen un factor de disgregación nacional.

Y, finalmente, no nos engañemos, las corporaciones multinacionales tienen identificado al desarrollismo como a un enemigo, aun cuando admita negociar con ellas; y si hay entidades políticas sutiles, con inmensa capacidad de intriga, de acción psicológica y de disociación, esas entidades son las corporaciones multinacionales. Gran parte de las críticas que se nos hicieron, y se nos hacen, aunque sus portavoces sean insospechables, provienen de esas usinas interesadas en sujetar al país a una estrategia cuyo supuesto es, precisa-

mente, la supresión de las naciones como entidades diferenciadas.

*—Nos hemos apartado un poco de mi pregunta. ¿Podríamos volver al rol de Alsogaray en el gabinete de Frondizi?*

—Cómo no. Fue incorporado en las condiciones y con el criterio de que le hablaba. Pero además él asumió el formal compromiso de continuar con la política que estaba en aplicación. Yo puedo hablar de esto porque lo asumí ante mí. Y no necesito mostrarle documentos: como usted recordará el año pasado yo mantuve una polémica periodística con él —me vi obligado a hacerlo porque con su capacidad publicitaria había conseguido crear cierta confusión en la opinión pública—, y recordé en esa discusión su compromiso, lo cual admitió tácitamente al no desmentirlo en el generoso espacio de que dispuso. Es decir, nosotros hicimos una mera concesión táctica con la designación.

Luego las dificultades con él tuvieron dos razones. Una fue su inoperancia para ejecutar las medidas con las que estaba de acuerdo. Otra, que no cumplió su compromiso y trató de bloquear la política de desarrollo. Así yo debí escribir un folleto contra su gestión, titulado *El país de nuevo en la encrucijada*, y debí asumir el rol de opositor de nuestro propio gobierno. Luego, cuando las condiciones políticas o institucionales fueron cambiando y Alsogaray se opuso a un proyecto siderúrgico, lo cual para nosotros era *casus belli*, el doctor Frondizi lo obligó a renunciar.

*—A poco de asumir el gobierno, el frondizismo dispuso un aumento salarial récord de un sesenta por ciento.*

—No fue, en realidad, un aumento del sesenta por ciento, aun cuando esa era la tasa general. Ocurrió que en los casos extremos el deterioro del salario había sido de ese porcentaje, pero gran parte de los sectores asalariados no habían llegado a esa situación por haber recibido distintos aumentos. Nuestra decisión se fundó en un criterio de equidad, ya que para estos casos se disponía absorberlos. En algunas

industrias se habían producido incrementos del cuarenta por ciento. En ciertos casos para llegar al techo del sesenta se requería el veinte por ciento; en algunos menos y en algunos más.

Pero el dato esencial es que ese ajuste no operó en el vacío. No formó parte de la carrera de precios y salarios habituales entre los populistas, y aun entre los liberales. Nuestra política salarial estaba ubicada en un contexto de expansión de la producción, ni era un engaño en términos de poder de compra ni era inflacionaria. Aunque naturalmente nosotros también debimos soportar la inflación estructural; pero en un cuadro de perspectivas distintas, porque el programa económico atacaba su causa básica: el subdesarrollo, y porque atacaba también su más activo mecanismo de propagación: el déficit del sector público.

En ningún momento cedimos a las presiones populistas, o más exactamente a las provocaciones de los dirigentes de los que hablamos antes. Nosotros no dimos aumentos salariales sin el respaldo de un aumento en la masa de bienes y servicios producidos. A partir de que el salario real no es otra cosa que una parte alícuota del total de los bienes disponibles en el mercado, no nos prestamos a la trampa de dar aumentos nominales que luego no se traducen en aumentos efectivos del poder de compra de los asalariados.

*—Es probable que en las políticas posteriores de contención de aumentos salariales hayan influido los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, a los que ustedes también llegaron.*

—Nuestra política siempre fue consecuente con esos principios, los cuales en realidad son leyes de la economía que no pueden ser alteradas por el voluntarismo de los gobernantes o de los dirigentes gremiales. Nosotros, conociendo esas leyes, no íbamos a escupir al cielo. Fuimos fieles a esos principios durante el gobierno, como lo fuimos al criticar el criterio populista del período 1973-1976. En este período no se negoció con el Fondo y se concedieron gran cantidad de aumentos nominales, pero el poder adquisitivo

de la población cayó dramáticamente. Y la acentuación de esa caída, después de marzo de 1976, no se debe a que se haya negociado con el Fondo, se debe a que el salario seguirá cayendo mientras no se haga lo que hay que hacer, mientras no se cambie la estructura productiva que obra como un corsé del crecimiento económico y del bienestar social de los argentinos.

Eso es lo esencial, lo demás es literatura.

Y en efecto, nosotros negociamos con el FMI porque creemos que los organismos de crédito internacional deben ser utilizados en todo lo que sirva al interés nacional. Se pueden obtener ventajas a las que no hay que renunciar. Usted podría decirme que esos organismos siguen políticas favorables a las corporaciones multinacionales o al imperialismo, pero en tal caso yo le reiteraría todos los argumentos que le di sobre la conveniencia y el modo de negociar con las propias corporaciones.

Lo que importa es la actitud con la que se negocia. Por eso es una perfidia política de la izquierda que entre nosotros niega *a priori* la posibilidad de negociar. En los países socialistas, y aun en los países de Europa occidental, plantea el problema de una manera razonable; y en las lides políticas de América Latina asume una actitud totalmente contraria. Oponerse a recibir los recursos financieros que el FMI puede dar a los países miembros es, sencillamente, un disparate.

Y le voy a decir más: cuando negociamos con el Fondo enfrentamos la opinión de los burócratas de ese organismo internacional, que eran por naturaleza gradualistas. En el acuerdo del 29 de diciembre de 1958 logramos imponer nuestro propio programa, que consistía en un sinceramiento cabal de la economía nacional. Ese programa no era una imposición de los burócratas internacionales, sino una imposición de los hechos y las leyes económicas, a las cuales debíamos respetar para sacar al país de la crisis.

Para eso tuvimos que rever todo lo que se había hecho en el sector público durante las conducciones ideológicas más diversas; desde lo que había hecho el grupo Pinedo en la década del 30, que creó una constelación de mecanismos estatales para regular la producción y descargar la crisis en

las espaldas del pueblo, hasta lo que se había realizado en el período peronista, tanto en materia de estatización como de fijación de precios y tarifas políticas.

Ni en el capitalismo ni en el socialismo el desarrollo es posible sin la inversión. Y en un país como el nuestro, donde el sector público titulariza más de la tercera parte del producto bruto interno, la actitud estatal respecto de los precios es decisiva a los fines del proceso inflacionario y a los fines de la acumulación y la inversión. Es decir, es decisiva a los fines del desarrollo.

El mantenimiento de precios políticos, que por otra parte siempre tiene la contracara de un alto nivel de presión tributaria o de emisión sin respaldo, es un factor disgregador del núcleo de la inversión. Lo prueba la dolorosa experiencia de nuestro país —de los últimos años y aun del presente—, ya que hasta el momento ese problema no ha sido encarado—. Y lo prueba lo que hicieron Chile, en nombre del socialismo, y Perú, en nombre de un híbrido populista.

Es falso el camino que siguen algunos países que confunden el bienestar popular con la solución temporaria y fugaz de algunas manifestaciones de su crisis. No existe, no se ha descubierto en el mundo ni teoría ni práctica según la cual de la nada, o de la dilapidación de los recursos, pueda salir acumulación de riqueza, inversión y la consecuente elevación de las condiciones de vida y de trabajo del pueblo.

—En el marco de los acuerdos con el Fondo y de lo que usted llama “sinceramiento” ¿cuál fue el cuadro de medidas tomadas por el gobierno de Frondizi?

—Dejamos que las tarifas de los servicios públicos y los precios de los bienes que produce el sector estatal alcanzan niveles compensatorios de los costos; y liberamos los precios del sector privado en forma amplia y consecuente —subrayo esto porque ahora, no obstante la liberación de los precios, se lleva a cabo una política tendiente a unificarlos en el nivel de las empresas líderes, que por lo general son las multinacionales—. Y así como liberamos los precios dimos al movimiento obrero la posibilidad de negociar libremente con el empresario los niveles salariales.

Estábamos persuadidos, como lo estamos ahora, que no hay otro camino posible que el de la consecuencia con la ley económica. El precio de un bien o el salario, como precios de la fuerza de trabajo, no pueden ser determinados por el criterio más o menos arbitrario de un funcionario. No puede surgir de un úkase o de un decreto. El precio tiene que estar determinado por el tiempo de trabajo que necesita la sociedad para producir el bien y enviarlo al mercado. El salario tiene que estar determinado por lo que necesita un obrero, en las condiciones concretas del país, para reproducir su actividad al día siguiente, para gozar de un techo con su familia, para alimentarla, vestirla y brindarle los elementos indispensables de educación, y esparcimiento.

Por eso es absurdo el criterio populista de congelar los precios y aumentar los salarios nominales sin correspondencia con los bienes y servicios disponibles. Y por eso es igualmente absurda y antiliberal la posición de los liberales que liberan los precios pero congelan los salarios. El mercado negro y los desajustes sociales son la consecuencia de esas actitudes que tanto se han reiterado entre nosotros.

*—Ustedes adhirieron, por ejemplo, a la Alianza para el Progreso, cuya filosofía es completamente ajena a la del desarrollismo. No entiendo eso.*

—Nosotros fuimos precisamente los que hicimos la crítica más acerada de la Alianza para el Progreso, aunque la hicimos desde una perspectiva que nada tenía que ver con los *slogans* y la retórica antiimperialista totalmente desactualizada y desvinculada de la realidad. Pero para aclarar su inquietud, su suposición de que existió una incongruencia, es previo ubicar el tema en el contexto más amplio de las relaciones con Estados Unidos.

Nuestro gobierno, y personalmente el doctor Frondizi, tuvo una amistad entrañable y de enorme trascendencia política con el presidente Kennedy, que fue el autor de la *Alianza para el Progreso*. Fue trascendente desde un punto de vista bilateral, por la importancia que se daba entonces a la Argentina en las decisiones de la Casa Blanca. Pero fue

trascendente porque Kennedy, aun con serias fallas de concepción sobre la problemática del subdesarrollo, fue uno de los promotores más fervientes de la coexistencia pacífica y la desideologización de las relaciones internacionales, lo cual constituye una de las claves de la viabilidad de los procesos de desarrollo independiente en nuestros países.

Es decir, con el gobierno de Kennedy había una relación muy especial. No obstante, tanto el gobierno —que se lo hizo saber oficialmente al presidente norteamericano— como el núcleo de políticos e intelectuales de nuestro movimiento, sostuvo orgánica y sistemáticamente que la filosofía de la Alianza para el Progreso era falsa. Ella se basaba en la dadividosidad de Estados Unidos hacia los países de América Latina, en el sentido de prestar ayuda en el campo social, entendiéndolo por esto la financiación de hospitales, de escuelas, etcétera. Nosotros planteamos que las condiciones sociales sólo podían elevarse mediante el desarrollo y que este suponía un cambio en la estructura productiva, suponía la erección de las industrias básicas y la construcción de la correspondiente infraestructura de servicios. Nos basábamos en las leyes de la ciencia social y en la experiencia histórica, que es tozuda e inteligente y no registra antecedentes de que un hospital o una escuela hayan creado una fábrica; en cambio, donde se instala una fábrica es objetivamente necesario que exista una escuela, posteriormente la universidad, y los servicios sanitarios y asistenciales en todos sus aspectos.

*—Así, a la distancia, tampoco resultaban claras las relaciones del gobierno de Frondizi con los líderes cubanos, especialmente con Ernesto Guevara, a quien recibió Frondizi.*

—Respecto de este tema ha existido, y en mérito de la acción psicológica más páfida llevada a cabo contra nosotros en el país y en otros países, un permanente equívoco. Recuerde usted el caso de los documentos cubanos. Se llegó a falsificar documentos y a orquestar una descomunal maniobra no sólo contra nuestro gobierno, sino contra el

país; y hasta no faltaron órganos de prensa que se hicieron eco de esa burda falsificación para atacarnos y empujarnos hacia una decisión contraria a nuestra orientación política y contraria al interés nacional. Esa maniobra tendía a simular una ingerencia inexistente y a acusarnos de complacencia y debilidad. La prueba concluyente de la falsedad de los documentos sirvió no sólo para destruir la maniobra; sirvió también para demostrar la falta de escrúpulos con que actuaban nuestros adversarios.

Nuestra posición era muy concreta. Estábamos, y estamos, en total desacuerdo con el camino emprendido por los líderes cubanos. Por un lado disentimos con la forma en que plantearon el problema del desarrollo. Para ellos puede resolverse con la producción de azúcar y tabaco. Coincidían en eso con nuestras capas dirigentes tradicionales, para las cuales las carnes y los granos tenían asignados el mismo papel. Nosotros oponíamos la ciencia económica y la experiencia histórica. En las condiciones del deterioro de los términos del intercambio ese camino no conduce ni al desarrollo ni a la afirmación nacional, conduce a todo lo contrario.

Si es cierto lo que nos enseñó el padre de la ciencia económica, David Ricardo, la riqueza proviene del trabajo; cambiar azúcar y tabaco —o carne y granos—, que son productos primarios, por bienes industriales complejos, con mucho trabajo humano incorporado en forma de valor de cambio, no puede resultar enriquecedor para los países subdesarrollados, no los puede hacer pasar al estadio del desarrollo.

Y por otra parte, además de esta diferencia de concepción doctrinaria, había una diferencia política fundamental. Nosotros creemos que cada país puede darse el régimen político-social que desee, pero no admitimos que las revoluciones se exporten, como pretendían los cubanos. Para nosotros los procesos nacionales son intransferibles.

Ahora bien, establecidas estas diferencias, corresponde analizar el conjunto del problema. La perspectiva del tiempo hace bastante más fácil el análisis, puesto que ahora Cuba mantiene relaciones con la Argentina y se han afianzado la

coexistencia pacífica y el pluralismo ideológico —lo que nosotros advertimos como una tendencia fundamental en sus comienzos, es hoy algo universalmente aceptado—. Es decir, no era tan absurdo mantener relaciones con un gobierno que se había consolidado en su país conforme al derecho y a la práctica de las relaciones internacionales.

Pero lo esencial en ese entonces era evitar que el caso cubano saliera de los marcos del sistema hemisférico. Esa era la posición de nuestro gobierno y era la íntima posición de Kennedy, con quien Frondizi había tratado el tema. No le hablo ya del hecho de que la radicalización de Castro se debe en buena parte a rigidez del gobierno de Eisenhower. Aun admitiendo que los cubanos de cualquier manera hubieran llegado al punto que llegaron, era conveniente que La Habana no entrara en el dispositivo de las relaciones soviético-norteamericanas, en los tramos finales de la guerra fría. Si eso no hubiera ocurrido, como ocurrió con la expulsión votada en la OEA y de la que se abstuvieron la Argentina y otros países, se hubieran evitado las serias complicaciones que sobrevinieron al aislamiento de la isla y a su integración a un dispositivo extrahemisférico.

Todo lo ocurrido después en el campo de la política mundial y hemisférica demostró que nosotros teníamos razón. Cuando el general Lanusse se entrevistó y mantuvo relaciones especialmente cordiales con Salvador Allende y cuando se restablecieron las relaciones con Cuba, para todos fue evidente que la Argentina no se contaminaría por mantener vínculos con los regímenes ideológicos más diversos. Ya el clima existente en el país y en las Fuerzas Armadas no se prestaba a la tremenda acción psicológica que se lanzó contra el gobierno desarrollista.

Respecto de la entrevista de Frondizi con el Che Guevara, si aplicamos esa visión retrospectiva, resulta evidente que fue un asunto carente de toda importancia. La crisis que se provocó fue realmente grotesca y reveladora tanto de la intemperancia como de la mala fe que reinaban entonces. Ocurrió antes de la ruptura con Cuba y antes de que Guevara emprendiera la aventura de exportar la revolución, que le costara la vida —ocupaba el cargo de ministro en el

gobierno de La Habana-. Y de todos modos era simplemente un ciudadano argentino que pedía permiso al presidente para venir al país a visitar a un familiar enfermo. Era imposible negarlo. Este señor llegó al país, fue trasladado por hombres de las Fuerzas Armadas a la Casa de Gobierno y el doctor Frondizi lo recibió y naturalmente conversó con él. Y las Fuerzas Armadas conocieron en forma prolija y total el itinerario de Guevara, quien no demoró en dejar el país. De la conversación con Frondizi no surgió sino un enfrentamiento doctrinario, entre dos posiciones opuestas: la del castrismo y la del desarrollismo argentino. El planteo que se hizo a propósito de ese acontecimiento nimio, natural en cualquier país civilizado, fue una de las tantas piedras que se nos pusieron en el camino. Los golpistas, para hacer eso, si no había una excusa la inventaban.

*-¿Se pudo evitar el derrocamiento de Frondizi? ¿Había informes que aseguraban, equivocadamente, el triunfo de la UCRI en Buenos Aires?*

-Su pregunta parte del supuesto de que el derrocamiento de Frondizi se debió a los resultados electorales, lo cual no es exacto. Nosotros, en esas elecciones, le ganamos al peronismo en la Capital Federal y en varias provincias, como en el caso de Santa Fe, y el triunfo de la lista peronista en el total de distritos fue por un escaso margen. Es evidente, no sólo que el gobierno nacional podía gobernar con situaciones provinciales en manos del peronismo, sino que tenía una base electoral sólida y ampliable en la medida que ya maduraba el programa de desarrollo.

## El acuerdo del 73

*-Perón llegaba a acuerdos sin esforzarse mucho. El del 58 fue traicionado por los "otros", pero el del 73 por el propio Perón que después de firmar con ustedes el documento "La única verdad es la realidad" apoyó el programa de La Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional; ustedes armaban un frente que Perón iba desmoronando y así, todo parecería indicar que la táctica del desarrollismo dependía de pactos efímeros y de circunstancias aleatorias que, en definitiva, debilitaban la estrategia.*

-Yo podría contestarle que al peronismo no le fue bien con el abandono de la estrategia frentista. No obstante, tampoco es exactamente como usted dice. Existieron sí factores de incompreensión política, pero también condicionamientos objetivos.

Hemos hablado de la precariedad del Frente del 58, en razón de circunstancias externas a nosotros -la proscripción y el clima cerradamente antiperonista en los restantes sectores políticos y en las Fuerzas Armadas-. El de 1963 fue fugaz, porque el gobierno tenía decidido dar el poder a los radicales y lo proscribió, aunque también es cierto que Perón lo promovió sin mucha convicción y los únicos que luchamos hasta último momento por darle contenido orgánico fuimos nosotros. Finalmente vino la tercera tentativa, la que usted menciona, la de 1973. Pero antes de admitir o rechazar su apreciación sobre la actitud de Perón es indispensable un

análisis de todo el proceso previo que llevó a la elaboración del documento *La única verdad es la realidad* y la constitución del FREJULI.

Usted ha citado a La Hora del Pueblo y al Gran Acuerdo Nacional, dos expresiones del acuerdismo, como concepción opuesta al frentismo, que nacieron durante un proceso tan contradictorio como el que correspondió al último tramo de la Revolución Argentina.

*–Ustedes estaban en contra de la convocatoria a elecciones que dispuso Lanusse.*

–Efectivamente. Estábamos persuadidos, como lo estamos ahora, que la crisis de la partidocracia de 1966 era irreversible; estábamos persuadidos que de ella no saldría una solución a los problemas de la Argentina y que ofrecía falsas opciones, todas las cuales conducían a un mismo punto: el *statu quo*. Creo que los hechos nos dieron la razón.

*–Pero también se oponían a la política económica, en especial, del gobierno de la Revolución Argentina.*

–Sí, porque esa política contrariaba los fines de cambio de estructuras que determinaron el movimiento militar de 1966. Pudo haber sido ejecutada por la partidocracia.

Por eso nosotros hacíamos el análisis del proceso en dos planos, el plano del gobierno y el plano de la revolución, y veíamos cómo el gobierno se iba alejando de la revolución. Nuestra propuesta era que no se homologara esa separación, ese fracaso si usted quiere, con una convocatoria a elecciones. Nosotros queríamos que se pusiera en marcha la revolución y que recién cuando las medidas de fondo fundamentales estuvieran en ejecución se convocara a elecciones; queríamos que las elecciones fueran producto del éxito y no del fracaso de las Fuerzas Armadas. Sólo en esas condiciones hubieran cambiado las relaciones de fuerzas y las falsas opciones hubieran sido reemplazadas por una democracia efectiva, idónea para resolver los problemas y no para entretenimiento de los políticos tradicionales.

Sin embargo ocurrió todo lo contrario. La política de Krieger Vasena y todos sus sucesores multiplicó la violencia y creó una profunda desazón en el pueblo, al punto que cuando le propusieron la “institucionalización” –se lo propusieron, subrayo, ya que esa idea no surgió de abajo– la vio como una tabla salvadora. Después comprobaría que la tabla no era de madera sino de plomo, pero ante la frustración de la promesa revolucionaria la partidocracia logró sembrar la idea de que las elecciones eran “la salida”.

Nosotros habíamos advertido ese riesgo mucho antes de que un balbinista fuera ubicado en el Ministerio del Interior para pilotear el proceso eleccionario. Y hacíamos lo que estaba a nuestro alcance para que el proceso volviera a su cauce originario, para que la perspectiva de cambio abierta en 1966 se desarrollara hasta sus últimas consecuencias, para que las Fuerzas Armadas volvieran a sus cuarteles y sus bases una vez cumplidos plenamente los objetivos que se habían fijado y no como quien quiere dejarle a otro una brasa caliente. Entendíamos que eso era de trascendencia fundamental para las Fuerzas Armadas y para el país en su conjunto.

Para ello, además del hecho de que en el gobierno se había encaramado un equipo contrarrevolucionario, veíamos otra dificultad. Una dificultad más importante, pues, si bien los equipos podían cambiarse, esta otra impedía que se percibiera la necesidad de ese cambio y, más aún, del cambio de política. Y ella era la inautenticidad de las conducciones de ciertas organizaciones gremiales.

Precisamente el agotamiento de la partidocracia se debe a que los políticos tradicionales divagan sobre los problemas. No tienen contacto con la realidad. No son representativos. Y precisamente un esquema de poder militar puede hacer posible el surgimiento de mecanismos más genuinos de representación de las aspiraciones colectivas. Pero lo que ocurría entonces es que Krieger Vasena y sus sucesores, además de que no representaban la opinión de las Fuerzas Armadas, habían logrado anestesiar los mecanismos de transmisión de las inquietudes sociales. Y ello impedía poner verdad en el proceso.

La dirigencia sindical encabezada por José Rucci y la dirigencia empresaria encabezada por José Gelbard asumían todo tipo de compromisos en lugar de enfrentar al Plan Krieger Vasena, que castigaba por igual a obreros y empresarios. El Ministerio de Economía, el Ministerio de Bienestar Social y el Ministerio de Trabajo eran dadores de prebendas o instrumentos de negociación y compromiso incompatibles con el proceso revolucionario. Algún miembro de las Fuerzas Armadas pudo haber pensado que estos funcionarios los ayudaban, que era positivo enfriar de cualquier modo los reclamos porque de esa manera se gobernaba con mayor comodidad. Pero en realidad ese criterio de prohibir las genuinas protestas sociales o de disuadirlas comprometiendo a los dirigentes produjo un resultado totalmente negativo. Impidió que las Fuerzas Armadas pulsaran la verdadera situación y le pidieran rendición de cuentas a esos altos funcionarios y al gobierno mismo; e hizo, en consecuencia, que se fueran aislando del pueblo. El plano del gobierno se fue separando más y más del plano de la revolución y el país, naturalmente, dejó de identificar al gobierno con la perspectiva revolucionaria que había visto con optimismo en 1966.

Esto explica el hecho de que nosotros hayamos estado en contra de la convocatoria a elecciones. Queríamos que se cambiara esa política dentro del proceso y para salvar el proceso.

Pero además esto tiene que ver con las relaciones con Perón, de las que estábamos hablando, y con los hechos que condujeron al Frente de 1973.

Yo por esa época lo visité varias veces en Madrid y mantuve una profusa correspondencia con él. Nuestra relación estaba, después de todos los acontecimientos que habíamos vivido, en un alto nivel de simpatía personal y respeto recíproco. No obstante, teníamos dos ópticas frente al proceso militar. Manteníamos el mismo enfoque programático, en el cual habíamos llegado a un acuerdo hacía ya mucho tiempo, pero en las cuestiones estratégicas y tácticas el entendimiento se hacía muy trabajoso.

Perón había visto con muy buenos ojos el derrocamiento del gobierno radical. Tenía opiniones muy peyorativas sobre el

período 1963-1966 y consideraba que había llevado al país a un atascamiento político del que debía salir. Y en los comienzos del nuevo gobierno, aun cuando mantuvo una actitud expectante, admitió el análisis que yo le hice sobre la evolución que debería seguir el proceso revolucionario.

Luego, cuando la política económica comprometía más claramente esa evolución, le expuse mi inquietud sobre la actitud de los dirigentes de las organizaciones sociales. Me preocupaba especialmente la posición del movimiento obrero, puesto que el compromiso de Gelbard era de importancia relativa. Gelbard controlaba el aparato formal de la CGE, pero los empresarios igualmente se manifestaban ante la política económica: entidades representativas no afiliadas y otras que, pese a estar afiliadas, eran consecuentes con las bases tenían actitudes de independencia con respecto a la central gelbardista. La actitud de Perón era importante, pues era en el movimiento obrero donde tenía indudable influencia.

A mi juicio los dirigentes sindicales debían decirle francamente a las Fuerzas Armadas: *“Señores, la situación económico-social es muy negativa, las bases no pueden soportar esta política y se verán empujadas hacia la violencia o hacia el abandono del consenso que inicialmente dieron al actual proceso. Ustedes, para que este proceso se salve deben cambiar drásticamente la orientación económica y dar las soluciones de fondo que reclama la clase obrera y el país”*. Yo estaba persuadido, y lo estoy aún, de que esa actitud, planteada con la mayor firmeza, aunque inicialmente resultara molesta, habría sido de una gran ayuda para las Fuerzas Armadas y habría salvado el proceso. Les habría mostrado el camino, les habría evitado entrar en el callejón sin salida que los obligó a revivir la partidocracia y a abrir las puertas al doloroso proceso que se inició en 1973.

Las Fuerzas Armadas no son antiobreras, todo lo contrario, y la percepción de esa realidad les hubiera hecho desechar los consejos de los “expertos”, tipo Krieger Vasena, y hubiera resultado más esclarecedora que todos los documentos y discursos que podíamos hacer nosotros. Desde el punto de vista de los dirigentes obreros esa era la verdadera

política que debieron hacer.

Yo se lo expuse a Perón y allí está documentado en un libro que contiene nuestra correspondencia, publicado en septiembre de 1975 por Ramón Prieto\*. Sin embargo él prefirió no jugar su influencia en este tipo de directiva, prefería mantener sin conflictos sus vínculos con los dirigentes a los fines del eventual proceso electoral. Y eso, paradójicamente, no ocurría porque su posición fuera de no hostigar al gobierno y a las Fuerzas Armadas. Al contrario, como surge de esa correspondencia, era yo quien argumentaba en favor del proceso de las Fuerzas Armadas. La diferencia sobre esto tomó estado público cuando él propuso el FRECILINA, el Frente Cívico de Liberación Nacional; nosotros le objetamos el carácter de "cívico", que entrañaba una concepción antimilitarista del Frente.

El prefería hostigar a fin de forzar la salida electoral, por eso no veía con malos ojos ciertos atentados, aun cuando discrepara con los fines. Yo, en cambio, le proponía poner en marcha a la alianza de clases y sectores sociales, le proponía desnudar de ideologismo a las organizaciones gremiales y hacer que las reivindicaciones de los obreros y de los empresarios concurrieran en un punto: el cambio de política económica que salvara al proceso revolucionario.

Fíjese, hay una gran diferencia. El hostigamiento con cualquier medio oscurece el problema y motiva una reacción y una represión indiscriminada. Sirve para que se piense en buscar una salida y no una solución. La acción coordinada de las clases y sectores sociales, por el contrario, ilumina todo el problema. Nadie puede confundir a 6 millones de obreros y a un millón y medio de empresarios con una célula extremista. Esa acción hubiera sido una forma efectiva de la alianza de clases y sectores sociales, y lejos de terminar en un enfrentamiento hubiera terminado en una integración con las Fuerzas Armadas. El movimiento nacional, después de los cambios que eran imprescindibles, hubiera aparecido como respaldo del proceso titularizado por nuestros hom-

\*Ramón Prieto: *Correspondencia Perón - Frigerio, 1958-1973*, Editorial Macacha Güemes, Buenos Aires, 1975.

bres de armas. Y se hubiera evitado lo que ocurrió, esa cadena de desencuentros que devolvió a las Fuerzas Armadas a sus cuarteles en medio de tremenda frustración y entregó el poder a una coalición de peronistas y radicales partidocráticos, ya que esa fue la realidad de mayo de 1973 a pesar de la subsistencia formal del Frente.

*-Precisamente, mi pregunta era sobre el papel de Perón en el desmoronamiento del Frente del 73.*

*-Sí. Pero la explicación tiene que ser necesariamente compleja, y tiene que abarcar, como le decía, el período de la Revolución Argentina. Yo podría contestarle sencillamente con una anécdota, que después le relataré, reveladora del estado anímico de Perón y del cerco que se había tendido en torno de él, pero eso no iluminaría toda la riqueza y complejidad del proceso que estamos analizando.*

En el curso de esa discusión con Perón, a veces directa, a veces epistolar, sobre el rol de las Fuerzas Armadas y la lucha por rescatar el proceso, aparecieron la Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional, mencionados en su planteo del problema. Y aparecieron cuando, pese al compromiso de la dirigencia gremial, el pueblo estaba jaqueando a la política económica kriegerrista, estaba poniendo verdad en el proceso político. Apareció porque su propósito era hacer naufragar la perspectiva revolucionaria de las Fuerzas Armadas.

La Hora del Pueblo fue facilitada por los grupos de economistas del peronismo -verbigracia, Antonio Cafiero y Alfredo Gómez Morales-, por la dirigencia sindical ubicada totalmente de espaldas a las bases y por Paladino, que cada vez era menos amigo de Perón y más amigo de Lanusse y de Balbín. Para los radicales era una fiesta plantear el retorno al comité con apoyo peronista y controlar el Ministerio del Interior desde donde "manejarían" el proceso electoral.

Nosotros nos opusimos rotundamente. Algunos nos preguntaban, ¿cómo no entran en *La Hora* si está "todo" el país? No entramos porque discrepábamos frontalmente con su programa y con sus propósitos, y porque no estaba todo el país sino sus grupos dirigentes irrepresentativos. No estába-

mos de acuerdo con el estatismo y el populismo, no estábamos de acuerdo con una salida electoral que frustrara la revolución y no nos importaba aislarnos de los dirigentes porque ellos se aislarían aun más del pueblo.

Y fracasada La Hora del Pueblo, pese a los aparentes buenos auspicios, se intentó el Gran Acuerdo Nacional. Con la misma metodología y con los mismos personajes, incluyendo ahora en un papel más activo a la dirección de la CGE y al señor Gelbard. Este se esforzaba por consolidar un programa formalmente nacido de la dirección de la CGT, pero en realidad inducido por la dirección de la CGE y santificado por Balbín y Lanusse.

-Y por Perón...

-Y por Perón, relativamente. Recuerde que justamente a fines del 71 y principios del 72 es cuando Perón comienza a plantear el tema de *La única verdad es la realidad* con lo cual descoloca a los políticos tradicionales y hace poner la cara larga a los dirigentes sindicales del peronismo, que se encontraron con un Perón capaz de reaccionar frente a sus maniobras.

En la actitud de Perón había dos aspectos:

Uno era que no estaba muy en claro sobre el curso del proceso revolucionario; quería hostigar y conseguir una convocatoria a elecciones. A esos fines la Hora del Pueblo era un instrumento del cual él se valió sin preocuparse por los aspectos programáticos; pero tampoco asumió compromisos personales y directos. Más bien lo dejaba hacer a Paladino, aun cuando estaba al tanto de que el entonces delegado repartía sus lealtades. En realidad, en esta cuestión electoral él tenía ideas propias que quería imponer -igualmente inconducentes a los fines de la política de fondo, pero distintas de las de Balbín y Lanusse.

El otro aspecto de su posición era de orden programático. En esto, en el catálogo de medidas que había que adoptar, concordaba con nosotros. Aunque no era muy consecuente en ajustar las acciones estratégicas y tácticas a lo programático, en esta materia tenía una posición distinta al liberalis-

mo de izquierda de los radicales y de los propios economistas del peronismo, a los cuales trataba con mucha frialdad.

-Usted lo ve a Perón en Puerta de Hierro y avanza en conversaciones que terminan en el documento *La única verdad es la realidad*.

-Sí, y ese es el único documento de fondo que lleva la firma de Perón durante todo ese período. Es el único para el que no usó delegados.

En las reuniones de Puerta de Hierro analizamos la situación de la empresa nacional, de la economía nacional en su conjunto y de la situación del movimiento obrero. Esto es lo que llevó a que Perón replanteara la estrategia y la táctica y a que elaborara ese documento.

No se llegó a ese punto por la carga doctrinaria del peronismo. Perón era un profuso difusor de ideas políticas y sociales no siempre coherentes entre sí, y antes que nada era un gran difusor de objetivos tácticos. La prueba está tanto en su éxito como en el hecho de que muero él, y estando aún en vida durante su último gobierno, el peronismo no logró coordinar una política capaz de sacar al país de la crisis pese a su enorme ascendente en las masas.

Pero, le repito, en cuanto al aspecto programático estaba más dispuesto a concordar con nosotros, desde 1958, que con cualquier otro interlocutor. Y en febrero de 1972, cuando se elabora *La única verdad es la realidad*, se decidió a hacer un ajuste entre el programa y la estrategia y la táctica. En ese documento se define a la crisis argentina como una crisis de fondo, y ello determina que en el planteo, las soluciones estructurales y coyunturales sean una unidad.

Esto Perón lo plantea sin retaceos, al punto de determinar las prioridades y las soluciones con una óptica concordante con el pensamiento desarrollista.

Puedo leerle algunos párrafos que es útil recordar. No lo voy a agobiar leyéndole toda la parte del diagnóstico, pero podemos ver algunos puntos del capítulo de soluciones propuestas por Perón en el documento. Por ejemplo: "*La erección en el país de las industrias siderometalúrgicas (a*

partir de la producción de arrabio), productos de la química pesada y petroquímica, la celulosa y el papel y el autoabastecimiento de petróleo y carbón". Y otro párrafo, que es una bofetada al populismo, donde Perón propone: "Reducción drástica del déficit de las empresas del Estado y el aparato burocrático improductivo, cuyo peso se descarga actualmente sobre las espaldas del pueblo trabajador y de las empresas argentinas, agobiados ambos por el grave endeudamiento y la presión tributaria, factores estos que juegan como inhibidores de la producción".

—A tal punto que se ha dicho que el documento no lo escribió Perón sino usted, que lo llevaba en el bolsillo cuando llegó a Puerta de Hierro.

—No es cierto. El documento fue el producto de una larga discusión entre dos personas abocadas, en ese momento, al análisis de una dramática situación nacional y que tenían tras de sí coincidencias logradas en 1958 y 1963. Se dijo eso para enterrar el documento en el olvido; precisamente porque iba a contramano del interés de la partidocracia, de la burocracia sindical y empresaria y de la alta conducción militar de entonces, embarcada ya en el Gran Acuerdo Nacional.

El documento, junto a formulaciones muy semejantes a las nuestras tiene un estilo literario que inconfundiblemente es de Perón. Pero, de todos modos, no es lógico suponer que yo podía imponer a Perón ese documento contra toda esa marea acuerdista —y cuando viajaban emisarios del gobierno del general Lanusse—. Le aseguro que poderes mágicos no poseo. Conmigo, en esas condiciones, el documento no podía sino ser el producto de una coincidencia política efectiva.

Nosotros sosteníamos, y sostenemos, que en una crisis de fondo, los problemas de coyuntura y estructura deben ser encarados como una unidad indivisible. Y con un programa de soluciones prioritarias entre las cuales los problemas del déficit del sector público fueran considerados en su tremenda gravedad, y donde naturalmente estuvieran los de la estructura; esto es, la necesidad de sustituir importaciones,

de producir con obreros y empresarios argentinos lo que insume nada menos que el 75 por ciento de nuestra decreciente capacidad de compra en el exterior.

Se coincidió en eso después de discusiones que llevaron no menos de cien horas, en las que Perón expuso sus puntos de vista y yo los del desarrollismo. El resultado fue *La única verdad es la realidad* y, con independencia del hecho de que luego fue abandonado, cualquiera advertirá que siguen siendo válidas sus principales proposiciones y sobre todo la metodología con la cual se examina la crisis que, por lejos, es la más grave de la historia argentina en tanto nos acerca como nunca al punto de la desintegración nacional.

—¿Qué ocurrió después con la constitución del Frente?

—Bueno, *La única verdad es la realidad* fue el documento-convocatoria para la constitución del Frente. Por él, como le dije, Perón dio la espalda a La Hora del Pueblo y eligió el camino del Frente.

Nosotros habíamos clamado por que el país no volviese a la partidocracia, por que no volviese a 1966. Habíamos dicho a Perón, a los dirigentes sindicales y a las Fuerzas Armadas que las elecciones no eran el camino; habíamos dicho que antes había que poner en marcha la revolución, satisfacer la expectativa popular que había suscitado el pronunciamiento militar de 1966. No creo que hayamos ahorrado esfuerzo, ni que hayamos puesto poca fuerza de convicción en nuestra prédica. Pero las condiciones políticas orientaron el proceso hacia la falsa salida.

Gravitaron en ello la influencia creciente de las corporaciones multinacionales, para quienes las elecciones eran el *gatopardismo* que les convenía —cambiaría la formalidad institucional, pero no la política de fondo—; y gravitó la excitación de la partidocracia por volver a ocupar las posiciones de gobierno, por repartirse bancas, gobernaciones, ministerios, etcétera. El pueblo ya había descreído de eso, en 1966, pero la crisis determinó que la apariencia de un cambio fuera vivida como preferible a esperar un cambio real dentro del proceso revolucionario. Sobre todo por el

hecho de que en esa perspectiva estaba Perón, cuya figura era tan cara al sentimiento de las masas. En suma, la marea electoralista creaba condiciones políticas nuevas. Ya no había alternativas: participar del proceso electoral o automarginarse.

No podíamos automarginarnos. Si las nuevas condiciones objetivas no dejaban margen para crear un movimiento nacional destinado a rescatar el proceso militar, teníamos que luchar por la reconstrucción del Frente electoral. Aun cuando ellas no eran muchas, como habíamos advertido desde el comienzo al señalar la inconveniencia de un comicio realizado en esa situación de frustración revolucionaria.

Establecimos, sí, dos autolimitaciones:

La primera fue no admitir un programa ajeno a nuestros principios y a nuestra doctrina. Y en esto no hicimos concesiones, no por debilidad como usted decía la primera vez que nos reunimos para estas conversaciones, sino porque nunca las hemos hecho. Siempre hemos sido flexibles en la táctica, pero no en materia doctrinaria. La desfavorable relación de fuerzas tenía que ver con la segunda autolimitación.

Y la segunda fue que no pediríamos ni aceptaríamos ningún cargo en el gobierno, a partir de que se hacía evidente que no podríamos gravitar sensiblemente en la conducción. Eso nos daría autoridad moral para denunciar, como lo haríamos después, las desviaciones a la línea frentista.

Con todo usted podrá preguntarme: ¿por qué entraron en ese Frente tan precario? Ya le dije, no podíamos automarginarnos; la política no se hace por razones estéticas y no podíamos renunciar a la lucha, a la posibilidad –aunque sea una entre mil– de corregir después el rumbo. Pero puedo agregarle la razón decisiva: No participar del Frente era abrir una brecha que nos separaría de las masas entusiasmadas con la perspectiva de 1973 –entusiasmo que compartía sin excepciones todo el país menos nosotros–. Teníamos que hacer junto a ellas la experiencia para no marchitar la posibilidad futura de resurrección real del movimiento

nacional. Eso no era oportunismo, puesto que no habíamos renunciado a nuestro programa y no habíamos pedido ni un puesto de funcionario de tercera categoría. Y no lo sería porque marcaríamos una por una las desviaciones del gobierno. Si no se producían, mejor; si se producían, como ocurrió, señalaríamos el camino y acompañaríamos siempre a las masas, que también se irían alejando.

Y así procedimos. Apenas lanzado el Plan Gelbard fuimos los únicos que denunciamos su esencia reaccionaria y lo identificamos con el Plan Krieger Vasena, como correspondía. Luego nuestra posición consta en diversos documentos críticos, que se fueron haciendo más duros cuando mayores eran las desviaciones; hasta que formalizamos la inexistencia del FREJULI, y hasta que en un documento denunciamos el total agotamiento del proceso institucional. Fuimos los únicos que no pedimos esperar cinco minutos más ante la política populista que estaba haciendo caer al país en pedazos.

*–¿Ustedes se oponían al retorno de Perón al país?*

–Nosotros, que consideramos en todo momento la necesidad de que el peronismo, como continente de la mayor parte de la clase obrera, estuviera incluido en cualquier solución política, no omitimos oportunidad de dejar a salvo los principios. No nos prestamos a formar el coro retornista, que muchos formaron por exitismo y otros para complicar el proceso y desviar el curso revolucionario. El retorno de Perón, en las condiciones que he descripto, y en las que efectivamente se produjo, era evidentemente inconveniente para la marcha de la revolución nacional.

Yo se lo dije directamente a Perón con mucha franqueza. Y por suerte mi opinión ha quedado documentada en una declaración que hice a la revista *Confirmado* el 7 de noviembre de 1972, diez días antes del regreso del jefe justicialista. Le dije: *“Usted no puede venir al país en estas condiciones. Puede hacerlo como consecuencia del proceso de liberación que se desarrolle en la Argentina, pero su regreso no puede ser un prerrequisito. En estas condiciones*

va a obtener un resultado exactamente contrario de lo que se proponen quienes auspician sinceramente esta venida prematura. No puede venir, salvo que esté dispuesto a alienarse a las exigencias de un compromiso político, en cuyo caso va a castrar de todo contenido revolucionario al movimiento de los trabajadores y al propio movimiento peronista”.

Se lo dije de la misma manera que públicamente le decíamos al general Lanusse: “Usted, en nombre de las Fuerzas Armadas que en 1966 interrumpieron el proceso institucional para hacer una revolución, no puede decirle ahora a los 25 millones de argentinos que el problema consiste en la institucionalización. El problema consiste en producir el cambio de estructuras económicas, sociales y políticas al que se comprometieron las Fuerzas Armadas en 1966; el comicio no es un fin en sí; será un error convocar un comicio en el que la masividad del voto peronista no se va a transformar en una expresión genuinamente democrática, va a entrar en un mecanismo de opciones manejado desde afuera, por intereses ajenos a la Nación, y el resultado será totalmente contrario al que se pretende”.

Fue un período de tremendos desencuentros, de tremendos errores. Un período del que ahora, cuando nuevamente las Fuerzas Armadas son titulares de una expectativa de cambio, se puede extraer grandes enseñanzas.

—¿Qué ocurrió cuando Perón vino al país? Me imagino que habrían existido nuevas conversaciones, que ustedes habrán intentado neutralizar la influencia de Gelbard y reflatar el documento *La única verdad es la realidad*.

—Naturalmente que hicimos todos los intentos posibles. Y creo que a esta altura de la conversación quedará contestada su pregunta sobre el papel de Perón en el desmoronamiento del Frente. Vamos a ver, hasta dónde es posible hacerlo, el aspecto subjetivo de la cuestión, naturalmente menos decisivo que esa carga de hechos objetivos ya analizada y determinante de que el Frente quedara construido sobre cimientos de arena movediza.

Nosotros primero habíamos llevado una carga muy grande para quitarle al Frente el contenido antimilitarista, y logramos convertir al FRECILINA en FREJULI. Luego, una vez Perón en la Argentina, debimos enfrentar una maniobra tendiente a cambiar el programa acordado con Perón y documentado en *La única verdad es la realidad*.

Se había creado una comisión para redactar la Plataforma Electoral del FREJULI, y en ella tanto los amigos de Cárpora como ciertos “sellos” que integraban el agrupamiento, trataron de imponer un documento contrario al acordado con Perón, de corte izquierdista y populista. Como los “sellos” tenían un voto, igual que el representante del MID, les pareció muy fácil. Sin embargo, la maniobra no resultó. Isidro Odena, que luego sería diputado nacional e integraba la comisión redactora en nombre de nuestro partido, fue a ver a Perón con un mensaje mío: “Nosotros no aceptaremos que se cambie en un solo punto lo acordado respecto del programa”. Ante ello, Perón le dio instrucciones precisas a Cárpora, quien no pudo más que rumiarse con su descontento contra el desarrollismo, y la Plataforma Electoral se redactó en base a un proyecto que elaboramos nosotros en concordancia con el documento *La única verdad es la realidad*.

Esa fue, como le digo, la Plataforma Electoral del Frente, la que se registró como tal ante la justicia electoral y la que fue votada en las urnas por 7 millones de argentinos. Naturalmente, como usted sabe, el plan que se ejecutó en el gobierno fue exactamente lo contrario; fue el programa de La Hora del Pueblo, el de los vencidos en el comicio. No en vano el radicalismo fue el más consecuente defensor del Plan Gelbard en el Parlamento y no en vano el crítico más consecuente fue el desarrollismo.

En cuanto a si hicimos algo para neutralizar la influencia de Gelbard, para evitar lo que después se hizo en el gobierno, debo decirle que con Perón es poco lo que pudimos hacer. Yo lo entrevisté en su casa de la calle Gaspar Campos, en Olivos, y traté de llevar una discusión a fondo. Pero inmediatamente me di cuenta que era imposible repetir nuestros debates de Puerta de Hierro. Era un Perón distinto, con una actitud

ánfmica distinta y totalmente rodeado.

Y sobre esa entrevista creo que debo revelarle una anécdota. Es muy triste, por referirse a un líder amado por las masas, pero completa el análisis que hemos realizado y ayuda a conocer la verdad histórica: cuando me iba de la casa, al despedirme, Perón intentó darme el número del teléfono directo a fin de acordar un nuevo encuentro y proseguir ese diálogo evidentemente inconcluso. A su lado estaba López Rega, que lo seguía como una sombra; y cuando vio el gesto levantó la voz, y en un tono de jefe, no de secretario, dijo que no había tal teléfono. Perón salió del paso con uno de sus habituales guiños, que esta vez me resultó estremecedor, y me dio el número general. El número de un aparato que él nunca atendía personalmente y que estaba bajo el estricto control de López Rega.

La edad y la enfermedad del jefe justicialista hicieron posible eso. Conservaba su inteligencia y su astucia de siempre, pero tenía anquilada la voluntad, como pudieron comprobarlo sus médicos. Esa era otra razón determinante de la inconveniencia del retorno en las condiciones de la Argentina de entonces. En Madrid, los profesionales que lo atendieron le habían dicho que no debía volver y su entornó influyó mucho para que desatendiera ese consejo a fin de hacerle la sucesión en vida.

Perón, en Roma, poco antes de venir, hizo una severa crítica a Gelbard ante testigos, en una comida cuyas alternativas trascendieron mucho en los círculos políticos de la Argentina. Su designación, que inicialmente lo convirtió en una especie de superministro, no estaba inicialmente en los planes del jefe justicialista. Fue acordada entre el propio Gelbard y López Rega. No sé cómo se logró el acuerdo entre ambos, aunque me lo imagino porque sé cómo se hacen estas cosas en los países que están en la mira de las corporaciones multinacionales.

La asociación consistía en que Gelbard trazaba la política fundamental y aportaba contactos y equipos de gobierno, mientras López Rega arreglaba la relación con Perón. Era una asociación operante aun cuando uno comandaba bandas fascistas y otro jugaba un papel de "izquierda". Y persistió

más allá de la renuncia de Gelbard. En esa época cambiaron los términos, dado que con la muerte de Perón había aumentado la influencia de López Rega, pero en lo esencial se mantuvo, tal como lo prueban las declaraciones hechas a la justicia por la viuda de Perón. El ex ministro de Economía seguía dando consejos y mañejando resortes del poder.

En cuanto a nuestra acción para neutralizar el Plan Gelbard, después de aquella reunión en la casa de la calle Gaspar Campos, tuvo un carácter exclusivamente público. Fuimos los censores más tenaces y acerados, en esas posiciones y documentos de los que le hablaba recién.

*-Usted afirma que Gelbard hizo la misma política de Krieger Vasena en tanto ambos adoptaron medidas similares y a su juicio expresaron los intereses de grupos multinacionales. A esa política usted la califica de populista. ¿Cómo debe entenderse esto?*

-Sí, sí, efectivamente, era populista, como lo es, en un gran conjunto de medidas, la política del ministro Martínez de Hoz. El populismo es la mentira respecto de lo que conviene al pueblo. Una cosa es una política nacional y popular, que es indivisible -si se dice popular y no es nacional, no es tampoco popular; si es nacional, es necesariamente popular aunque sea impopular en su aplicación inmediata-; y otra cosa es lo que hicieron el señor Krieger Vasena y el señor Gelbard o lo que hace el señor Martínez de Hoz, mistificando la realidad, diciendo que la economía argentina es básicamente sana y en consecuencia no adoptando las medidas de cambio de estructura y las rigurosas medidas de saneamiento que son indispensables.

El señor Gelbard era populista, porque congeló los precios y enrareció el clima económico con precios y tarifas políticas, pero también inicialmente congeló los salarios, ya que en el fondo eso era "el pacto social". Krieger Vasena y Martínez de Hoz congelaron los salarios y a la vez mantuvieron al sector público en una situación totalmente artificial, totalmente reñida con la verdad económica que es indispensable para restablecer el proceso de inversión.

Lo que no se paga como costo del combustible, del transporte, de la electricidad, del acero o de los teléfonos, se paga con la emisión sin respaldo que es el impuesto aplicado a toda la comunidad y especialmente a los trabajadores, o con una presión tributaria desmedida y arbitraria que cierra las posibilidades de inversión. Cuando el gobierno, como ocurre actualmente, de cada 100 pesos que gasta pide prestado o fabrica 70, se produce una tremenda distorsión.

Una tremenda distorsión por ese 70 por ciento no financiado con recursos genuinos, ya que la emisión y los préstamos con altos intereses para ser amortizados requieren después emisión –pesan sobre las espaldas de los trabajadores y de la enorme clase media argentina que ve destruir sus ingresos fijos–; y una tremenda distorsión por el 30 por ciento restante, que son impuestos irracionales, excesivos y aniquiladores de toda posibilidad de inversión; y también atentatorios contra los ingresos de la clase media y los asalariados. Por eso la racionalización administrativa no es antipopular. Es una medida indispensable para evitar la catástrofe, y es una medida que no provocará desocupación si se la toma en el cuadro de un programa de desarrollo que es capaz de absorber rápidamente la oferta de trabajo.

Yo creo que aquí está uno de los nudos de la cuestión. Uno de los puntos de encuentro entre populistas y liberales. La racionalización administrativa es la prueba de la verdad. Ni unos ni otros la encaran en la práctica, aun cuando los liberales la admitan en teoría. No la concretan porque la racionalización es como quemar los barcos en un puerto desconocido; una vez que se adoptó la medida hay que obtener víveres para la tripulación a fin de que no se amotine. Los víveres, la eliminación del desempleo en este caso, son el cambio de la estructura productiva, el desarrollo; y es eso lo que no quieren hacer ni los liberales ni los populistas. Ambos son variantes de un mismo juego que favorece la estrategia de las multinacionales. Ambos tienen lo fundamental en común aun cuando a veces aparecen polemizando entre sí.

La polémica real es con nosotros, porque, como lo demostramos en 1958, estamos dispuestos a racionalizar el

sector público –pasar a la actividad privada el personal excedente y privatizar la mayoría de las 250 empresas que no tienen nada que hacer en manos del Estado–; y estamos dispuestos a cambiar la estructura productiva aunque les duela a las corporaciones multinacionales, estamos dispuestos a darle víveres a la tripulación y a edificar un nuevo país, libre de estas trampas ideológicas y de las ataduras al monopolio que hay debajo de ellas.

*–Usted sostiene que no hay diferencias de fondo entre liberales y “populistas”*

*–Efectivamente, las diferencias son sólo formales. Esquemáticamente los populistas redistribuyen el ingreso a favor del consumo, sin cambiar la estructura productiva; y los liberales restringen el consumo también sin cambiar la estructura productiva, con lo cual tampoco se restablece el proceso de inversión. Es decir, son adaptaciones a las distintas fases del ciclo de una misma política tendiente a conservar la estructura. Pero, ante el deterioro que ella ha sufrido, la secuencia de la crisis es cada vez más rápida y hace imposible la fidelidad a las escuelas y al esquema; cada vez más nuestras conducciones económicas tradicionales son un híbrido cuya única coherencia es mantener lo que es ya insostenible.*

*Analice usted los casos que hemos nombrado y muchos otros. Todos hacen piruetas para evitar que los precios y salarios no se correspondan con la realidad, con los costos en la forma de que ya hemos hablado; todos eluden encarar el problema del sector público; y todos promueven las exportaciones, en lugar de sustituir las importaciones y expandir el mercado interno; es decir, hacen un ensamble perfecto con la estrategia transnacional de las corporaciones.*

*No habría que hacer piruetas ni incurrir en heterodoxias si se encara el problema fundamental, que es el subdesarrollo. El desarrollo, al aumentar la generación de bienes y servicios, hace compatible la elevación del salario y de la inversión. El desarrollo permite elevar la capacidad de tributación del sector privado y evita que el empleo público*

sea una forma encubierta de subsidio a la desocupación –precisamente el subdesarrollo es, por eso, la causa última del déficit fiscal–. Y el desarrollo, al expandir el mercado interno relativiza la importancia del sector externo en las crisis, eliminando la dependencia y la autolimitación de las posibilidades del país.

–Usted se empeña en desmentirlo, pero hay gente que piensa que no son tantas las diferencias entre Frigerio y Alsogaray.

–Bueno, no es que yo me empeñe en desmentirlo. Alsogaray no pierde oportunidad para atacarnos y pretender confundir al desarrollismo con el populismo y el estatismo, cuando él sabe perfectamente que esa es una tremenda falsedad.

Creo que es ya muy poca la gente que piensa de esa manera. Alsogaray tiene mucha capacidad publicitaria, tiene una capacidad especial para encubrir en una forma simple lo que es complejo. Pero la gente ha madurado mucho en este país y después de sus esporádicas apariciones, después del deslumbramiento de los más ingenuos, queda muy poco consistente.

Las diferencias son abismales. Van más allá de su propuesta. Es imposible trasplantar mecánicamente la política de la Alemania de posguerra –y del Plan Marshall, dicho sea de paso– a una realidad tan distinta como la de la Argentina de hoy; van más allá de confundir un país destruido por la guerra, pero con una estructura integrada, con un país subdesarrollado; es decir, van más allá de esa falta de rigor científico.

Para analizar nuestras diferencias podríamos tomar dos ejes de la posición de Alsogaray; una posición constituida más bien por *slogans* publicitarios y por frases de efecto que por formulaciones políticas y científicas. Uno podría ser la inflación y el otro el papel del Estado en la economía.

El considera que la inflación es la causa de nuestras crisis. No comprende que es un efecto, que la causa es el subdesarrollo. A partir de allí propone una política monetarista del

corte más arcaico, más reñido con la ciencia. Cree, como los partidarios de la teoría cuantitativa del siglo XIX, que todo se resuelve reduciendo el circulante. Es cierto que la inflación es un mal terrible y que lo es la emisión monetaria excesiva. Pero el capítulo más elemental de la ciencia económica nos ha enseñado que la moneda es simplemente una medalla del valor de los bienes y un medio de facilitar las transacciones, desde que la humanidad superó la época del trueque. El *quantum* de la moneda tiene que estar relacionado con la masa de bienes y servicios disponibles. Si se emite más de lo que corresponde se hace un fraude a la población y si se emite menos se paraliza la producción y la circulación de los bienes. El planteo de astringencia monetaria es artificioso, y especialmente en la Argentina donde la inflación frecuentemente coexiste con la iliquidez, esto es, con la insuficiencia de moneda.

Nuestro problema se origina en el otro lado de la relación: en la escasa producción y oferta de bienes. La emisión destinada a solventar los déficits del sector público –déficits que nosotros, sí, queremos reducir drásticamente– propaga la inflación pero no la origina. Por eso la aplicación del criterio monetarista de Alsogaray, que consiste en una contracción forzada de la demanda, afecta la producción y hace reaparecer luego a la inflación en un nivel de mayor gravedad. Y, conviene subrayarlo, esas contradicciones del mercado interno descolocan a la empresa nacional frente a las multinacionales.

Sería muy extenso un análisis pormenorizado, pero señalamos medidas derivadas de ese criterio: restricción indiscriminada del crédito, alza del impuesto y congelamiento de salarios. Todas las medidas de signo exactamente inverso a las que adoptaríamos nosotros.

El otro eje de diferenciación es el concepto, no menos arcaico, que tiene Alsogaray sobre el papel del Estado. Nosotros sostenemos que hay que privatizar las 250 empresas que no tienen por qué estar en manos del Estado; decimos que hay que estimular la inversión privada nacional y extranjera y somos partidarios de estimular a la empresa nacional. Pero, dejando de lado que Alsogaray cuando pudo

privatizar no lo hizo y el hecho de que su propuesta genera desinversión en la práctica, tenemos una profunda diferencia con respecto al papel del Estado en el proceso económico. Alsogaray es partidario del espontaneísmo, de dejar actuar espontáneamente las fuerzas del mercado, mientras que nosotros asignamos un fuerte papel al Estado nacional como orientador del proceso económico.

Nos oponemos a que el Estado sustituya a la empresa privada trabando así la actividad productiva, pero afirmamos que debe fijar prioridades y utilizar todos los instrumentos de la política económica para dar una dirección consciente al proceso económico hacia el cambio de estructuras. Ni creemos en "la mano invisible", en la que dice creer Alsogaray tal vez por una lectura de segunda mano de Adam Smith, ni creemos en la noción decimonónica del progreso sin saltos. Creemos en el desarrollo, que supone un cambio estructural, un salto, un pasaje de una situación histórica dada a otra cualitativamente distinta.

Y señalemos las consecuencias prácticas de este otro aspecto de la posición del líder de la Nueva Fuerza: liberación cambiaria y desprotección a la industria nacional e indiscriminación en el trato crediticio, impositivo y arancelario para quien, por ejemplo, quiera fabricar acero y quien quiera fabricar cosméticos. También decididamente antagónicas con lo que haríamos nosotros.

Pero además de estas diferencias, doctrinarias por así decir, hay profundas diferencias en el campo de las actitudes políticas. Ya algo hablamos cuando usted me preguntaba sobre su rol en el gabinete de Frondizi. Puedo agregarle que Alsogaray es un hombre que ha servido en gobiernos de signo ideológico tan diverso como el de Perón, el de Aramburu, el de Frondizi, el de Guido y el de Onganía. Nosotros hemos tenido una consecuencia con la lucha y nuestras ideas totalmente distinta.

Vea, hace un momento analizábamos la forma en que los liberales, una vez en el poder, abandonan la propuesta de racionalización administrativa. Alsogaray es un ejemplo, ya que en el gobierno de Frondizi se opuso a la que habíamos iniciado; a todo le encontraba peros, y tuvimos que reanu-

darla cuando se fue del Gabinete. Si ahora volviera al gobierno la distancia entre los dichos y los hechos habría que recorrerla en una aeronave espacial.

*-De todos modos, en este proceso de los últimos tiempos se ha visto al desarrollismo aislarse de los sectores políticos o enfrentarlos calificándolos de "partidocracia". ¿Qué posibilidades de relación tiene con el radicalismo, la democracia cristiana, con los sectores de centro e inclusive de izquierda?*

-Nuestra posición con respecto a las agrupaciones políticas se basa en el convencimiento de que esta crisis argentina ha dejado fuera de combate a las viejas estructuras partidarias y a sus dirigentes tradicionales. Es decir, ha dejado fuera de combate a lo que reiteradamente denominamos partidocracia. A lo sumo es un mascarón que puede usarse para intentar maniobras contra la transformación del país. Ninguna de las agrupaciones tradicionales, ni otras que son satélites de las tradicionales, representa lo que dicen representar. Ni el Partido Comunista ni los partidos socialistas representan a la clase obrera, ni el conservadorismo representa al empresariado del campo o de la ciudad, ni el radicalismo expresa a la clase media, como ha quedado establecido con el apoyo que dio ese partido a la política económica que la ha empobrecido y proletarizado.

Y el problema de la carencia de representatividad de las clases y sectores, es decir la impotencia para ser expresión genuina de la alianza de clases y sectores, está atada a las profundas carencias doctrinarias de la dirigencia tradicional. Esos dirigentes, que estarían nuevamente a la cabeza de los partidos si se los convoca antes de poner en marcha las medidas revolucionarias, si se los convoca en las actuales condiciones, giran con la rueda de la noria en torno de los pequeños intereses del comité y de las posiciones formales, repiten fórmulas ideológicas definitivamente gastadas y superadas.

Fíjese los radicales, después de 30 años siguen atados al liberalismo de izquierda del programa de Avellaneda. Son la mar de estatistas y populistas. Yo no digo que no hay

radicales que si cambia el esquema de poder, si se pone en marcha la revolución nacional, puedan llegar a comprender y jugar un papel positivo. Pero como partido, en el punto actual del proceso, lo veo totalmente inoperante.

De lo que se trata es de lograr un replanteo a fondo de los esquemas políticos, un replanteo cuyo origen debe ser externo a las estructuras partidarias tradicionales. Ese planteo debe provenir de la ejecución de hechos revolucionarios, que vayan cambiando la base material de la relación de fuerzas políticas; y debe provenir de un núcleo de dirigentes nuevos, imaginativos y conectados con la realidad de las clases y sectores sociales que sufren la crisis y quieren encontrar un camino para superarla.

Estoy lejos de propiciar una solución que niegue a los políticos y a la política en general. Estoy lejos de proponer nada que tenga el menor atisbo de corporativismo, como surge claramente de la idea de que nosotros propiciamos una alianza de clases y sectores y un frente o un movimiento nacional que exprese a esa alianza en el plano político, como plano diferenciado del social o corporativo. Nosotros propiciamos que el proceso revolucionario desemboque en una democracia representativa y de partidos, pero sostenemos que la situación existente al 24 de marzo era una ficción de democracia y que las agrupaciones políticas eran una ficción de lo que deben ser los partidos como expresión política de los intereses sociales.

No sabemos, nadie puede saberlo, cuáles serán las formas que asuma el nuevo esquema político. Sí, podemos decir, en cambio, que el tránsito hacia formas institucionales nuevas y consolidadas deberá ser el de un gran movimiento nacional que respalde al partido del gobierno que, creemos, seguirá siendo por un tiempo largo el partido militar.

El partido militar puede como ningún otro, en esta etapa, definir los objetivos de la Nación y llevarlos adelante a despecho de los esquemas y los dirigentes tradicionales. Es el más indicado para remover todos los factores que nos atan al pasado y enrarecen el clima político, hacen que las formas políticas no sean expresivas de la realidad de la Nación. Pero no puede hacer sólo esa tarea, no puede caer en el tremendo

riesgo del elitismo o de los errores del período posterior de 1966.

El partido militar, si quiere salir airoso, tiene que evitar todo aislamiento, tiene que romper el aislamiento en dos direcciones: una es la de las organizaciones sociales; no debe inhibir, prohibir o manejar desde afuera, con el compromiso de ciertos dirigentes irrepresentativos, a los organismos gremiales. Aunque las protestas de obreros y empresarios parezcan molestas, si son genuinas siempre son saludables, sirven para tener el pulso del país y para la autocorrección del rumbo. El partido militar debe desconfiar de los asesores o los funcionarios que les aconsejan debilitar o inhibir de alguna manera al movimiento obrero y al movimiento empresario. Y la otra dirección es la de ir estimulando la creación de ese movimiento nacional, de ese instrumento de la unidad del pueblo detrás del proceso revolucionario. Cuando existe una decisión, como la de las Fuerzas Armadas, de encarar a fondo la crisis, esas dos direcciones de la lucha política son indispensables, son la garantía de que se podrá contrarrestar la presión de los grupos vinculados a la vieja estructura y a las corporaciones multinacionales.

*—En las condiciones actuales se ha insertado el factor del terrorismo y de la guerrilla, que es distorsivo respecto de la búsqueda inmediata de soluciones a los problemas de fondo del país. Además, esas mismas condiciones, ¿no tornan difícil el logro de la unidad nacional?*

—Efectivamente, es un factor distorsivo, es una gran provocación que suscita confusiones sobre las legítimas protestas sociales y suscita, en consecuencia, la represión indiscriminada. Es un crimen y un factor de disgregación nacional; como en otro plano lo es la acción de las corporaciones multinacionales.

Y, naturalmente, la aparición de la guerrilla plantea situaciones nuevas que exigen respuestas nuevas de la comunidad nacional. Creo que sería un error considerar a la violencia generalizada de este momento como un producto específico de la guerrilla y extinguido con la acción policial

y militar. A la guerrilla hay que darle la batalla hasta las últimas consecuencias en el campo de las Fuerzas Armadas y de seguridad, pero nos equivocáramos de medio a medio si admitiéramos por un momento que el fenómeno guerrillero es susceptible de ser resuelto por el simple empleo de la violencia. La violencia es, justamente, una consecuencia estructural del subdesarrollo; un efecto y no una causa de ese subdesarrollo y de la acción disgregadora de las corporaciones multinacionales.

No tengo duda de que el Estado nacional debe monopolizar la fuerza –incluso marginando a los grupos que quieren “colaborar” con la represión– y debe lanzarla de manera contundente contra la subversión, que cumple ese tremendo papel disgregador. Pero esa lucha no es sólo contra un grupo de jóvenes pequeñoburgueses atiborrados de lecturas y desencaminados; es una lucha más vasta contra el subdesarrollo y los factores externos que traban todo intento de superarlo.

Precisamente por eso la guerrilla no debe postergar la búsqueda inmediata de las soluciones de fondo, porque esas soluciones son el componente estratégico de la lucha. Mire, la técnica antisubversiva ha llegado a un acuerdo unánime en cuanto a que, junto a la represión, hay que cambiar el ambiente social donde la guerrilla se desenvuelve. Eso lo dicen los especialistas de aquí y de todo el mundo. Pero creo que hay que profundizar sobre las condiciones concretas de la Argentina. Hay violencia en todo el mundo, en todo tipo de países, pero ninguna situación nacional es asimilable a otra; y menos es asimilable, como han pretendido algunos, la violencia de las sociedades posindustriales con la violencia de los países subdesarrollados. Aquí este aspecto técnico de “cambiar el ambiente social” tiene que adquirir una dimensión estratégica nacional. No se trata de levantar una escuela y un hospital aquí y allá, o de mantener fuentes artificiales de empleo como es la del sector público. Se trata de encarar de una vez por todas el desarrollo, para que haya escuelas, para que haya hospitales, para que no haya desempleo y para que se consiga realmente la victoria final.

Y en cuanto a la unidad nacional también debe ser

encarada ya, sin dilaciones. Es posible pasar por encima de esas provocaciones y distorsiones, porque la unidad popular está en la base de las grandes masas populares. Se trata de tomar las decisiones que saquen al país de este atolladero y lo lancen por el camino de la paz social y la estabilidad de sus instituciones democráticas. Se trata de tomar decisiones en base a una nueva concepción de la actividad política y de los grupos políticos tradicionales que tienen que negarse, no para anularse, sino para operar en un plano distinto y superior de coordinación y apoyo al partido militar en su intento de sacar al país de la crisis.

*–¿Por qué tienen que “negarse” los partidos que expresan en su seno corrientes de opinión que aseguran una saludable controversia de ideas? ¿Qué necesidad hay de fundir a los partidos en nuevas y quizá complejas instancias, lo cual llevaría a un proceso largo, difícil y tal vez inútil? No veo por qué prescindir de los partidos, sobre todo si se conviene, lo que es muy factible, una programática de cinco o diez puntos básicos en el marco de la unidad nacional, sin que ello implique la ausencia de disensos posteriores en la ejecución de los objetivos.*

–Ante todo, habría que decir que los partidos no nacen ni se disuelven por decreto o por decisión de un gobierno o de un grupo de personajes. Nuestra apreciación surge de los hechos, de la crisis, del punto en que está el proceso de la revolución nacional. Quiero subrayarle que nuestra proposición está exenta de todo voluntarismo y por eso le decía que ignoro la forma, las modalidades, que asumirá la nueva estructura del poder político. No es que tengamos un proyecto detallado, que hayamos detallado los estatutos.

Y me remito a la descripción que le hacía antes, de la partidocracia. Allí no hay ese debate saludable de ideas. Si hay debate de ideas ese debate se produce en un plano que no tiene vinculación alguna con la base social en la que debe asentarse la política, con lo que la política debe expresar para ser una realidad operante en el sentido y la dirección de la historia. El debate que puede producirse en el comité

tradicional se mueve por un engranaje distinto y separado del que mueve a las clases y sectores sociales que deben cimentar la unidad nacional. Pretender que de allí salgan las soluciones es como querer acelerar el auto apretando la palanca de embrague. Son dos mecanismos que no tienen nada que ver entre sí.

Le digo más, ya se han hecho muchas reuniones de los partidos. En 1973 se pusieron de acuerdo no en cinco o diez puntos, se pusieron de acuerdo en cien; pero lo único que contaba era repartir las bancas, las posiciones y participar en esa ficción de democracia. No se trata de acordar puntos generales que podrían ser suscriptos por todo el país, no se trata de sumar a todos los dirigentes. No importa que sean todos, lo que importa es lograr un mecanismo democrático apto para expresar genuinamente a las clases y sectores sociales. La unidad de dirigentes que no los representan no es la unidad nacional, es una traba para la unidad nacional nacional.

*—Obviamente, usted plantea que los cambios de fondo pueden y deben darse en el marco del proceso abierto por las Fuerzas Armadas y aunque Perón ha muerto y las condiciones del peronismo son otras, ¿cómo concibe la estrategia desarrollista la inserción del peronismo en un entendimiento nacional?*

—Considero que, aun desaparecido Perón, el peronismo sigue siendo el continente político de la mayoría de los trabajadores argentinos y en consecuencia no puede estar ausente de ninguna solución política nacional. Sin embargo, creo también, es tan honda la crisis de fondo que los problemas políticos, los factores políticos, no van a poder alterar el cauce del proceso revolucionario; es decir, por importante que sea el peronismo, lo decisivo va a ser el comportamiento objetivo de la clase obrera.

Yo le decía que en el peronismo hay un componente partidocrático, hay dirigentes subyugados por las elecciones a las que, como los radicales, consideran un fin en sí. Esa actitud no va a tener andamio en el movimiento obrero ni

en el proceso general, aun cuando esos dirigentes tengan éxitos fugaces y sean considerados el peronismo “bueno” por los núcleos de la dirigencia tradicional. La suerte última del peronismo no está ligada a la habilidad táctica de estos dirigentes, sino a que sea fiel a su origen como expresión del movimiento nacional y sea fiel a los intereses concretos del movimiento obrero.

*—Usted, con su propuesta de un movimiento nacional en respaldo del partido militar, ¿plantea una coalición cívico-militar?*

—No me gusta la expresión cívico-militar. No sólo porque está gastada, sino porque no refleja cabalmente lo que necesita el país. Da la idea de dos términos antagónicos que deben unirse por circunstancias del momento. Casi da la idea de un retorno transicional a la partidocracia. El instrumento político de la revolución nacional es el movimiento nacional, cuyos rasgos creo haberle descripto; ese movimiento debe apoyar a las Fuerzas Armadas e integrarse a ellas, según las alternativas del proceso.

Lo esencial es no pensar prematuramente en elecciones, sino lograr que en el plano de las decisiones políticas estén expresados todas las clases y sectores fundamentales: los trabajadores, el empresariado nacional, las Fuerzas Armadas, la Iglesia, la intelectualidad y todos los grupos políticos nacionales que no traigan soluciones exógenas o divorciadas de la realidad. Y lo esencial es que en ese plano se ejecute un programa muy concreto, cuyos aspectos fundamentales están debidamente examinados y desenvueltos.

Subrayo esto porque considero que es decisivo evitar todo intento de envolver al país y sus ideólogos en una lucha por determinar el proyecto o el modelo nacional. Nuestro modelo tiene ya entidad suficiente con la condición nacional, con los 170 años de historia que han definido un perfil de la Nación Argentina. Aquí lo indispensable es llevar a cabo soluciones que están estudiadas y a la vez demoradas por décadas: autoabastecernos de siderurgia, química pesada, petroquímica, celulosa y papel; sacar el petróleo y el carbón;

empezar a construir la infraestructura de energía, comunicaciones y transportes adecuada al desarrollo; mandar al campo los equipos y elementos necesarios para elevar su productividad; levantar los 20.000 kilómetros de vías férreas que sobran, transferir a la actividad privada las 250 empresas y los agentes que no pueden ni deben permanecer en el sector público y, en fin, encarar toda la política que restablezca la tendencia a la formación de capital.

Para hacer eso se necesitan decisiones políticas tomadas con coraje o imaginación; no se necesita, de ninguna manera, plantearle al país una penosa discusión, larga y de difícil arribo en este momento, sobre el modelo nacional. Ya eso se intentó otras veces con lamentables resultados. La Argentina es un país con neta viabilidad nacional, con una cultura nacional neta y diferenciada en el concierto de las naciones. Necesita nada más, pero nada menos, que salir de esta crisis decisiva resolviendo los diez problemas de fondo que la ahogan y la amenazan de desintegración. Luego vendrá la tarea del replanteo nacional y todos aquellos elementos que caracterizan una etapa de resurgimiento revolucionario de cualquier Nación. Pero vivimos una etapa crucial y sería trágico volver a poner el carro delante de los caballos.

## Las tesis desarrollistas

*—Muchas veces he creído advertir en el desarrollismo una tendencia a formular una cosmovisión, lo que parecería simultáneo con su preocupación por sistematizar sus ideas. He pensado que esa actitud trascendente del desarrollismo, que trata de explicar todo de acuerdo con su esquema doctrinario, genera contradicciones en tanto es imposible sistematizar una visión universal que abarca un campo de imponderables, superestructural, si usted quiere, como es el de la cultura.*

*Me hice estas reflexiones después de leer una recopilación de conferencias pronunciadas por usted, Arturo Frondizi, Oscar Camilión, Marcos Merchensky e Isidro J. Odena, en el Centro de Estudios Nacionales, que abarcan un espectro sumamente amplio de la concepción de la cultura para los desarrollistas.\**

*Es decir, en la medida que el campo de las sistematizaciones resulta necesariamente restringido para los desarrollistas, puesto que intentan jugar un rol en la interpretación de los fenómenos políticos y económicos, con un conjunto de previsiones, de medidas, de proyectos, también bastante precisos, ¿es necesario abordar una interpretación más o menos rígida respecto de la cultura?*

\* Cultura nacional, varios autores. Buenos Aires, Crisol, 1976.

*Usted plantea distingos entre la cultura nacional y la popular y a veces he creído ver una exaltación de una suerte de criollismo, que parece dispuesto a preservar como una expresión vernácula más o menos indestructible.*

*En los términos de un desarrollo capitalista acelerado esas expresiones vernáculas tienden a desaparecer.*

*En suma, ¿por qué esa preocupación de los desarrollistas por formular una teoría de la cultura? ¿Cuáles son los fundamentos políticos?*

—Usted recordará el empeño que puse en desmentir el cargo de economicismo, el primer día de estas conversaciones. El desarrollismo tiene una concepción global de los problemas nacionales y por cierto comprensivo de la cultura. En cuanto a los fundamentos políticos de una concepción de la cultura basta decir que sin ella no podría existir una propuesta de Nación.

Vea, los objetivos económico - sociales que nos proponemos están sólidamente ligados a la cultura. Lo están en cuanto permitirán afianzarla, dándose el soporte material que toda cultura requiere para desenvolverse, y lo están en cuanto dependen de la cultura nacional para ser logrados, ya que la conciencia nacional es la que va a permitir definir con mayor claridad esos objetivos y los medios para conseguirlos. Esa conciencia es a la vez consecuencia y causa de la lucha por el desarrollo, y el hombre y la comunidad al luchar por resolver sus problemas van afinando su conocimiento sobre ellos; a medida que avanza la lucha, en su solución, ese conocimiento se hace superior y las dificultades a resolver se plantean en un nivel más elevado. Hay una interacción muy fuerte entre el plano de la cultura y el plano económico - social que no podía ser ignorada por una concepción como la desarrollista, que tiene una coherencia interna innegable aun para sus adversarios y que se funda en un método científico de interpretación de la realidad; una realidad que, demás está decirlo, es total.

Para nosotros la cultura universal no se opone a la nacional —que queremos desenvolver plenamente—; no hay cultura universal abstracta, así como en el tiempo no hay

una cultura inmutable. En el espacio la cultura es adición e integración de las formas vernáculas, de las formas más profundamente locales y nacionales. Los pueblos forjan su cultura dentro de las pautas más vastas de la civilización universal, en tanto cada vez están más intervenculadas, pero la desenvuelven en los marcos de sus propios recursos naturales, su paisaje, su modo de vida, sus tradiciones, sus inclinaciones estéticas y sus modos de razonamiento. De allí que nosotros afirmemos la existencia de una cultura nacional, de un genio de un perfil nacional; y que hagamos de ella uno de los basamentos de nuestro pensamiento y de nuestra lucha política.

La otra dirección de nuestro concepto integrador de la cultura es que nos negamos a admitir que las formas superiores sean la cultura por antonomasia. Esto nos parece de una gran importancia. Vea, cuando la filosofía resolvió este problema dejó abierta una gran compuerta para el desenvolvimiento humano.

En el pensamiento antiguo, especialmente en los sofistas y los cínicos griegos que lo explicitaron, había una traba: la separación tajante entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la cultura. Separación falsa, puesto que si bien puede haber naturaleza sin cultura, como en los desiertos y en los polos no puede haber cultura sin naturaleza, sin un soporte material. Luego el humanismo renacentista, pese a todo lo que aportó, engendró una concepción limitante de la cultura: se la concebía como educación y erudición, y se la concebía como categoría universal, como la cultura sin fronteras. El hecho de que los turcos, se alimentaran, se vistieran y guerrearán de distinta manera que los venecianos o los florentinos era irrelevante: como si eso no tuviera nada que ver con el arte, con la literatura y todo lo que hoy podríamos llamar formas superiores de la cultura.

Nosotros concordamos con todo el desarrollo conceptual que se hace a partir de algunos pensadores de la ilustración y en especial a partir del pensamiento hegeliano. A partir de eso la ciencia de hoy, la antropología, la sociología y en general las llamadas ciencias “de la cultura” han podido superar la concepción elitista y limitante del renacentismo. Para nosotros cultura es la filosofía, la ciencia y el arte, pero

también es la forma en que los pueblos trabajan los materiales de que sirven la forma en que se visten y se alimentan, las formas de su trabajo y de su ocio.

*—¿De esa concepción extraen ustedes consecuencias políticas?*

—Naturalmente, porque permite definir la cultura nacional que para nosotros es fundamental en el proceso de afirmación de la Nación, como una categoría histórica que comprende en su universalidad al territorio, a sus recursos económicos, a sus clases y sectores sociales, a su cultura y que se identifica por un pasado común y por la voluntad de poseer un futuro común. Fijese que hasta la propia actividad política tiene una especificidad nacional, tiene modalidades locales, es parte de la cultura.

Es enorme la trascendencia de este concepto de cultura. Fijese la cultura es un hacer, un crear que se integra en el espacio y también en el tiempo, en tanto toda actividad cultural es resultado de una actividad vinculada al país y en tanto es resultado de actividades culturales anteriores. Ese concepto integrador permite definir la individualidad nacional.

*—Desde hace mucho tiempo el desarrollismo viene incitando a una polémica destinada a esclarecer lo que llama antinomias nacionales y con un método que implica enfrenar tesis distintas saca conclusiones que pueden resultar esquemáticas. Hemos visto, por ejemplo, en el análisis de la estrategia política, que ustedes tomaban como punto de partida la falsedad de la antinomia peronismo-antiperonismo. ¿Cuáles son esas antinomias en relación a la problemática económica nacional?*

—No sé si a alguien pueden resultarles esquemáticas. Pero nuestro pensamiento no es esquemático, como creo que usted habrá apreciado en nuestras conversaciones. Por el contrario, para el análisis de la realidad nos basamos en un método que está lejos de ser esquemático, estamos siempre

atentos a las mutaciones de la realidad y a las complejas conexiones existentes entre los fenómenos.

Y cabe distinguir el método expositivo del método del conocimiento. Para poder presentar esas antinomias, para llegar a detectarlas hemos sometido los hechos a un examen tan riguroso como complejo. Hemos debido observarlos, reflexionar sobre ellos, estudiar sus tendencias y sus conexiones, distinguir lo esencial de lo accidental, volver a hacer las observaciones a la luz de los avances teóricos alcanzados y repetir críticamente todas esas operaciones hasta alcanzar un grado de elaboración suficiente como para volcarlo en la exposición científica y en la lucha política; sin por eso considerar que esas elaboraciones y formulaciones expositivas son algo definitivamente logrado e inmodificable. Los trazos básicos de nuestra doctrina han resistido la prueba de la experiencia en estas últimas dos décadas, pero esa misma experiencia la ha enriquecido y ha permitido reformular diversos temas y hacer presentaciones más acabadas de las cuestiones en debate.

Y con las antinomias ha ocurrido todo lo contrario de esa suposición de esquematismo. Precisamente, las antinomias permitieron desenmascarar el esquematismo y la simplificación de algunas posiciones adversarias. Tomemos el caso de la antinomia estatismo-iniciativa privada, que ya hemos abordado a propósito del análisis político de las posiciones de los liberales. No es necesario que volvamos a tratar el tema a fondo, pero sirve a los fines metodológicos. ¿Tienen razón los estatistas cuando dicen que asignar funciones empresariales al Estado asegura la soberanía? ¿Tienen razón los liberales cuando dicen que sólo la iniciativa privada aumenta la riqueza de las naciones? ¿Se plantea el problema, realmente, dentro de esa antinomia?

Nuestra respuesta es una rotunda negativa. Las dos son simplificaciones y, en consecuencia, deformaciones de la realidad. Si el Estado asume funciones empresariales que no puede cumplir no defiende la soberanía, sino todo lo contrario; debilita al aparato productivo y, por tanto, al Estado Nacional que en él se sustenta. Del gigantismo del sector público resulta un Estado flaco y débil en lo que es esencial:

su poder de autodeterminarse políticamente. Si la iniciativa privada se desenvuelve espontáneamente, sin una dirección política que la oriente hacia el cambio de la estructura productiva, no va a aumentar la riqueza social ni la de los propios empresarios; tanto porque las nuevas actividades van a estar inducidas por las existentes, como porque la estructura productiva, que así se mantendrá intacta, no tiene posibilidades objetivas de acumulación y de inversión.

El verdadero problema está en que el Estado no debe sustituir ni ahogar la actividad privada, pero tampoco debe dejarla a la buena de Dios. Debe orientarla conscientemente, usando los instrumentos de estímulo e inhibición de que dispone —el crédito, el impuesto, los aranceles, etcétera—, no forzando los hechos sino actuando de acuerdo con las leyes económicas.

Como ve, el esquematismo está en los estatistas y en los liberales.

*—Bueno, cabe la posibilidad de que con una adecuada gestión muchas empresas estatales —las de servicios públicos en todos los países suelen dar pérdidas— se tornen eficientes. De acuerdo con su concepción, si la iniciativa privada invade los sectores estatales, se opta por una alternativa y seguimos en la antinomia.*

—Yo diría que el problema está planteado, desde su punto de vista, en base a una falsa antinomia y no tal como yo intento desenvolverlo. Ya he diferenciado la gestión empresarial del Estado, de la dirección del proceso económico por parte del Estado, y a partir de esto no hay posibilidad de seguir en la antinomia. No hay ni estatismo ni espontaneísmo liberal.

Con todo, y entrando a la posibilidad que usted plantea debo decirle que eso en la Argentina ya no es materia opinable. Nuestra condena del estatismo no es en abstracto, como la de los liberales que finalmente terminan actuando como estatistas en la práctica. Nuestra condena parte del criterio de que las categorías de la ciencia social son teóricas, pero a la vez históricas. Parte de la caracterización concreta

de cómo funciona el sector estatal en los países subdesarrollados. Ya hemos hablado de cómo el subdesarrollo es la causa básica del déficit estatal, y podemos agregar que hemos llegado a un punto en que no es posible admitir que veinticinco millones de argentinos trabajen muchas horas por día no para su bienestar, sino para pagar la ineficiencia de las empresas estatales.

No se trata de obrar con criterio mecanicista. Nadie propone privatizar el correo o la policía. Ni muchas empresas estatales, pero sí sacar el grueso de ese lastre absurdo. Se trata de replantear todo a fondo e introducir racionalidad. Por ejemplo YPF debe cumplir una función de dirección en la política petrolera, debe realizar las contrataciones con el capital privado y realizar algunas actividades directas. Pero es inadmisibles mantener esta situación en la cual, para sacar el petróleo, pone seis hombres a trabajar donde los contratistas privados sólo ponen uno.

Hay más de 200 empresas, dedicadas a las actividades más diversas, cuya permanencia en el sector público no se justifica durante un solo día. Muchas de ellas fabrican bienes que nada tienen que ver con los servicios públicos ni con actividades que le interesen al Estado. Asimismo cabe advertir contra los razonamientos rutinarios. No todos los servicios públicos tienen por qué ser prestados directamente por el Estado, que en muchos casos puede limitarse al control de la correcta prestación. Y naturalmente la producción de bienes críticos no tienen necesariamente por qué estar en el sector estatal. A lo dicho sobre el petróleo podemos agregar lo del acero. Allí el Estado ha pretendido hacer todo y ha terminado siendo un obstáculo, por lo que seguimos importando la mitad de lo que consumimos.

*—El desarrollismo admite las inversiones foráneas, cualquiera sea su origen, y en ese sentido se plantea otra antinomia, que quizá pueda formularse así: ¿capital externo o nacionalismo económico?*

—Efectivamente, y es una falsa antinomia. El nacionalismo económico, si quiere realizarse en los hechos, si quiere

superar la retórica, tiene que atraer al capital extranjero.

En el subdesarrollo no hay condiciones suficientes de acumulación e inversión, y no las hay especialmente para aportar la gran masa de capital fijo inicial que requiere la instalación de las industrias básicas y la construcción de las obras de infraestructura. Ese tipo de inversiones, indispensables para superar el esquema económico que limita nuestra condición nacional —lo cual es básico para un nacionalismo verdadero— son inalcanzables con la actual cuantía y composición del ahorro nacional. La tasa de ahorro es insuficiente, pero además se disgrega en actividades de baja productividad y en los entresijos de nuestras malformaciones estructurales.

En consecuencia el razonamiento debe partir de la necesidad de los capitales extranjeros, para que no caigamos en una literatura inconducente sobre las bondades del ahorro nacional. Hay que estimular la inversión proveniente del ahorro nacional, y orientarla hacia las actividades más convenientes para el país. Pero la complementación del aporte de financiamiento externo es indispensable.

A partir de eso podemos decir que el capital, sea nacional o extranjero, si se aplica a actividades económicas que consolidan la vieja estructura dependiente, es un capital reñido con el interés nacional, aun cuando provenga de las familias patricias argentinas. En cambio, si determinadas por el Estado nacional la estrategia y las prioridades del desarrollo, se aplica el capital nacional o extranjero para resolverlas, nos encontramos ante una función positiva. Yo diría una función profundamente revolucionaria y nacional aunque la cumplan capitales extranjeros.

Lo que determina el signo positivo o negativo del capital no es su origen, sino su destino. Las actividades a las que se aplica. Si vienen capitales extranjeros a comprar un banco o una fábrica nacional ya en funcionamiento, como ha ocurrido frecuentemente en estos tres últimos lustros, tenemos un caso típico de desnacionalización. Pero si vienen capitales extranjeros a fabricar acero o etileno están cumpliendo una función que libera y nacionaliza a nuestra economía, en

cuanto rompe los lazos de dependencia con respecto al abasto externo de esos productos básicos.

La izquierda suele decirnos: ¿Ustedes consideran que hay un imperialismo bueno y un imperialismo malo? ¿El capital extranjero va a venir a hacer lo que nos conviene a nosotros y no lo que le conviene a él? Son preguntas espectaculares, aparentemente aceradas, pero esconden una gran pobreza teórica. En el fondo revelan que son ellos quienes tienen una visión maniquea y voluntarista del problema.

El imperialismo no es bueno ni malo; la tendencia en el mundo es a la concentración de capital y al monopolio y el imperialismo es la expresión política de esa concentración. La economía tiende a crecer en un polo y a deprimirse en otro, el polo de los países subdesarrollados, el polo de las clases desposeídas de los medios de producción; y esa es una ley ya descubierta por los padres de la ciencia económica. Y una ley de vigencia universal, que se verifica también en las economías del campo socialista.

¿Podemos oponernos a una ley objetiva de la economía política? ¿Podemos oponernos al proceso de concentración y centralización del capital? Sería como oponerse a la ley de gravedad o a que la tierra gire alrededor del sol. De lo que se trata es de ver el problema desde una perspectiva nacional. No desconociendo esas leyes, sino operando en el sentido y la dirección que esas leyes permiten, a los fines del desarrollo nacional.

*—El criterio, por ser demasiado permisivo, ¿no dejará al Estado sin defensas y lo expondrá, precisamente, a la acción de los monopolios?*

—Es buena la pregunta, porque nos permite, quizá, atar algún cabo que quedó suelto en la cuestión anterior sobre el estatismo o la iniciativa privada, y también retomar el tema de cómo negociar con las empresas multinacionales al que abordamos cuando analizábamos la política petrolera del gobierno desarrollista.

La primera parte de la respuesta es que la fuerza del Estado no estará determinada por la cantidad del producto

que genere o que generen las empresas privadas de ciudadanos argentinos. El primer caso, de propiedad y gestión estatal, como ya hemos visto al examinar todo lo que se deriva del desequilibrio del sector público, no sólo no lo fortalece, sino que lo debilita. Y en todo caso, la aptitud del Estado para resguardar los intereses nacionales no depende de la titularidad jurídica de las plantas que vengan a instalarse. Depende de la claridad política que exista en determinar qué tipo de inversiones convienen al país y del respaldo político para llevar adelante esos objetivos. Sin esos dos requisitos, vuelvo a decirle, cualquier capital, nacional o extranjero, puede atentar contra la soberanía nacional.

De allí la importancia de un movimiento nacional consolidado, expresivo de la alianza de clases y sectores sociales nacionales. Si hay un correcto alineamiento de las fuerzas nacionales la propiedad extranjera no constituye ningún peligro. Los 25 millones de argentinos, y en especial la clase obrera y el millón y medio de pequeños, medianos y grandes empresarios nacionales, tienen ligada su suerte a la expansión del mercado interno y van a enfrentar la tendencia transnacional de los monopolios.

Y la segunda parte de la respuesta le va a decir cómo ese Estado nacional, políticamente respaldado, puede negociar exitosamente con los monopolios. Ya algo hemos hablado a propósito de lo que hicimos nosotros con las compañías petroleras. En esto también se requiere un conocimiento de las leyes que rigen el proceso de concentración, que rigen el funcionamiento de los monopolios. Yo entiendo que en esta materia todo el nacionalismo que se ponga es poco, pero el nacionalismo para que no sea una vivencia subjetiva, para que no esté sólo en la "cabeza" de los presuntos nacionalistas, tiene que identificar con claridad los fines que se propone la Nación y conocer los íntimos mecanismos del funcionamiento del monopolio. No basta hacer como hacen nuestros nacionalistas de medios, no basta con gritar "abajo el Fondo Monetario Internacional" o "afuera las compañías extranjeras", o "argentinicemos los surtidores de nafta".

*-La objeción de que el imperialismo no tiene por qué*

*venir a ayudarnos a construir la Nación que queremos, es muy reiterada.*

-Una mentira por más que se repita muchas veces no se convierte en verdad, aun cuando pueda ser una apariencia de verdad conforme al viejo proverbio árabe. Y esos tabúes son un tremendo inconveniente para el desenvolvimiento del proceso nacional. La sustitución de la ciencia por los *slogans* y de la verdadera política revolucionaria por la agitación han creado siempre un clima adverso a una definición positiva de los problemas nacionales.

Sin embargo la respuesta teórica y práctica a esa objeción, la segunda parte de la respuesta que le estaba dando recién, es cada vez más evidente. El monopolio, el imperialismo, es un sistema que opera a escala mundial y está dotado de coherencia como tal. Pero existen contradicciones internas del sistema. La ciencia económica ha comprobado que el monopolio elimina la competencia que era propia de las fases más jóvenes de la economía capitalista, pero crea otro tipo de competencia en otra dimensión y en otro nivel. Una cosa es el sistema monopolístico y otra las empresas que lo componen, que tienen competencias y conflictos permanentes. De la habilidad y del respaldo que tengan los dirigentes del movimiento nacional dependerá que se pueda aprovechar esa situación, que se pueda aprovechar la fuerza del adversario con la técnica del yudo para hacer posible el desarrollo nacional.

Y la teoría está abonada por la práctica. Yo a los nacionalista de izquierda no les daría como ejemplo el caso nuestro del petróleo, sino el de Rusia; y no el de la Rusia actual a la que llegan empresas norteamericanas y de Europa occidental. Estos antiimperialistas no podrían decir que los dirigentes rusos se aburguesaron, porque le doy un ejemplo de la Rusia de los años 17 al 20, en pleno comunismo de guerra y en los comienzos de la implantación del comunismo: el jefe de la revolución, contra todas las izquierdas internas del Partido Comunista Ruso y contra todas las izquierdas del exterior, planteó la necesidad de

negociar con aquellos grupos monopólicos que estuvieran dispuesto a ir a instalarse en Rusia, y su planteo tuvo éxito.

Y no le estoy hablando de la NEP,\* le estoy hablando del periodo anterior a la NEP.

La cuestión no estaba en dar participación a la actividad privada —a lo cual después se llamaría NEP y a lo cual también se oponía la izquierda—, iba más allá. Lenin era partidario de dar concesiones al capital extranjero y el trotsquismo y toda la izquierda rusa puso el grito en el cielo. Fijese la antigüedad de esta discusión y cómo será de compleja y a la vez simple su solución.

Lo que necesitamos los argentinos es tener claridad en los objetivos y una gran flexibilidad en la ejecución. No es cierto que los dólares que vengan estarán impregnados de un fluido alienante. Todo depende del destino que se les dé y de la firmeza que tenga el Estado nacional para hacer respetar su soberanía y salvaguardar los intereses del país. Si vienen a ayudarnos a sacar nuestro petróleo y nuestro carbón, a ayudarnos a hacer nuestra siderurgia, nuestra petroquímica y en fin, todo aquello que es indispensable para el desarrollo, tenemos que recibir a esos capitales con los brazos abiertos. En cambio tenemos que evitar las desnacionalizaciones y cerrar herméticamente las puertas a aquellos productos que podemos producir nosotros.

*—Me pregunto qué aliciente puede tener la inversión en los sectores cuyas estructuras productivas son muy atrasadas.*

—Su pregunta es muy importante, y responderla es refutar no ya a la izquierda sino a otros enemigos del desarrollo. A toda la gama de gradualistas, que incluye a los que conscientemente ponen trabas; incluye a los oportunistas políticos a quienes les parece que marchando despacio evitan riesgos y conflictos —una tonta ilusión en el punto de aceleración al que ha entrado la crisis estructural— e incluye a los que no

Nueva Política Económica, establecida provisionalmente por Lenin en la Unión Soviética en 1921.

han comprendido la esencia del subdesarrollo ni la esencia de la crisis argentina.

Suele ocurrir que cuando nosotros exponemos nuestro planteo para encarar la crisis de coyuntura y dé estructura como una unidad, es decir con un plan que ataque a la vez sus causas y sus manifestaciones más urgentes, hay alguien que dice: *“Está muy bien, pero no hay capitales disponibles para hacer eso”*. Esa falta de consideración al problema de que no hay otra forma de encarar la crisis —lo prueban todos los fracasos de los últimos lustros—, esa falta de consideración del hecho elemental de que si bien no hay capitales para venir en las condiciones existentes los habrá si cambia la política; esa simplificación, en suma, es una forma de sabotaje a la solución de los problemas argentinos.

Yo le puedo demostrar que la coexistencia pacífica ya está liberando recursos financieros antes aplicados a las actividades vinculadas a la guerra, le puedo demostrar que esa tendencia se acentuará, le puedo demostrar que tal tendencia se desplazará también hacia la periferia —es decir que habrá inversiones en el mundo subdesarrollado— y le puedo demostrar que si aplicamos la política que corresponde ya mismo es posible obtener las inversiones y los recursos que el país necesita.

Mire, hay un conflicto entre los criterios de inversión, entre los intereses de las corporaciones multinacionales y los intereses del pueblo norteamericano. Ese conflicto ha entrado en una fase de definición con el abandono de la guerra fría, se define en favor del interés del pueblo norteamericano que no quiere la guerra y se define en favor de la humanidad. Y esa definición tendrá que avanzar con el trasfondo de la competencia económica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, con el trasfondo de la crisis crónica de inflación y desempleo que afecta a la economía norteamericana y que interesa al conjunto de los países avanzados. Esa crisis no se va a resolver con ajustes y reajustes de los mecanismos monetarios tal como se lo ha estado intentando. Más tarde o más temprano esa crisis deberá resolverse con un replanteo

estructural, deberá resolverse con la extensión del desarrollo.

Las decisiones de inversión externa de las grandes corporaciones norteamericanas están determinadas naturalmente por la ley de maximización de los beneficios, y se orientan preferencialmente hacia Europa y Japón —tienen en cuenta la tasa de ganancia y la dimensión del mercado—; pero eso repercute negativamente en el balance de pagos y en el nivel de empleo de la economía norteamericana. Más tarde o más temprano la propia crisis y las decisiones del poder político que consulten los intereses de doscientos millones de norteamericanos van a modificar esa tendencia. Se advertirá que aumentando la capacidad de compra de nuestros países la economía interna de Estados Unidos podrá trabajar a pleno y no ceder su posición de ser la más poderosa del mundo, y ese aumento modificará la situación en el conjunto de los países avanzados que de una u otra manera están comprometidos en la crisis. Y usted sabe que ese aumento de la capacidad de compra no se consigue de otra forma que con el pasaje del subdesarrollo al desarrollo.

Y si especificamos más el análisis, con referencia a la Argentina, podremos ver que América Latina va a tener una posición favorable en ese proceso. Si atendemos los factores económicos es evidente que, especialmente en el sur, nuestro subcontinente está en mejores condiciones de absorber inversiones que la mayoría de los países de África y Asia, Y si atendemos a los factores políticos veremos que la distensión les va a quitar prioridad a las llamadas zonas de contención. Estados Unidos va a prestar atención a lo que en un tiempo lejano e irrepetible llamaba “su patio interior”.

Y podemos contestarles a los gradualistas. Ya mismo hay posibilidades de obtener los recursos para resolver nuestra crisis. Ya hay capitales disponibles, ya hay estibaciones de esa tendencia que le he descripto. Y además todo depende del criterio con que el Estado Nacional encare el problema. Las inversiones que se están haciendo en muchos países periféricos, aun cuando tengan un signo negativo, prueban que los capitales están y que todo depende de la aptitud que tengamos para unificar nuestro frente político, consolidar el

poder nacional, y negociar con habilidad. Si lo hacemos, esos capitales vendrán no a hacer lo que han hecho en Brasil, sino a contribuir de manera efectiva a la superación de la crisis y la realización del desarrollo.

Finalmente podemos decirles a los gradualistas que lo fundamental es cambiar nuestra política. Aun en el caso de una desbordante abundancia mundial de capitales no van a venir las inversiones en una situación de permanente contracción del mercado, en una situación en la que el sector público es un barril sin fondo que absorbe todos los recursos y en una situación que convierte en el mejor negocio a la especulación o las actividades que consolidan la vieja estructura. Si se hace el cambio de fondo que nosotros proponemos habrá en el país un clima fértil para la inversión, vendrán capitales extranjeros en cantidad suficiente y se repatriará la enorme masa de capitales argentinos que se han fugado durante años de reiterada aplicación de la política de estancamiento. Esto no es el juego del huevo y la gallina, lo primero es poner en marcha al país.

*—Uno de los tantos puntos de controversia con el desarrollismo proviene de que ustedes consideran que la Argentina es un país subdesarrollado.*

*—Así es, pero no es que nosotros hagamos un problema semántico o académico. Cuando nosotros insistimos en definir a la Argentina como un país subdesarrollado, lo hacemos porque de una correcta definición del problema se derivan consecuencias prácticas de singular trascendencia.*

Para la mayoría de los políticos, sociólogos y economistas, la Argentina es un país desarrollado o en todo caso en desarrollo, conforme al eufemismo que ha inventado la burocracia de los organismos internacionales. Suponen que es desarrollado porque tiene un alto ingreso *per cápita*, porque gran parte de su población tiene rasgos europeos, porque tiene ciudades opulentas y hasta no ha faltado quien diga que no es un país subdesarrollado porque tiene artistas e intelectuales de renombre universal.

Sin embargo eso no tiene nada que ver con la ciencia y con lo que justifica a la ciencia: la posibilidad de extraer de ella consecuencias prácticas para superar los problemas. Es poco serio asignarle un rostro afroasiático o indoamericano al subdesarrollo. Y también caracterizarlo como un problema cuantitativo; es decir, suponer que a partir de un determinado nivel de ciertos indicadores cuantitativos, como el ingreso, la tasa de alfabetismo, etc., un país es ya desarrollado. El subdesarrollo no es un problema cuantitativo, es un problema cualitativo; se refiere a la calidad, a la estructura de una economía nacional. Un país es subdesarrollado cuando su estructura productiva está incapacitada para engendrar un crecimiento autosostenido. Ese es el rasgo básico y éste es el rasgo común para países que tienen diferencias cuantitativas y culturales entre sí tan grandes como la Argentina y cualquiera de las naciones afroasiáticas. Esa es la nota característica. Si fuera el ingreso *per cápita* ocurriría que Kuwait o los emiratos del Golfo Pérsico son países más desarrollados que Estados Unidos.

Por eso es falso el gradualismo que desde Augusto Comte hasta Martínez de Hoz se plantea como método de observación y de tratamiento de los fenómenos, aun cuando sean distintos los campos del conocimiento explorados por el creador del positivismo y por nuestro ministro de Economía. Los problemas de naturaleza estructural no se resuelven con adiciones de elementos a la estructura existente, se resuelven cambiando la estructura.

Para resolver la crisis argentina no se trata de producir más trigo, más maíz, más lana, más carne, más bienes de la industria liviana –dependiente de insumos del exterior que cada vez nos resulta más difícil adquirir–; no se trata de adicionar más cantidades de esos elementos, como dicen quienes sostienen que nuestra economía es básicamente sana, sino de cambiar cualitativamente. Se trata de pasar del subdesarrollo al desarrollo.

En la base de todo esto, de la definición del subdesarrollo y de la inviabilidad del gradualismo, está el problema del deterioro de los términos del intercambio: el hecho de que los países subdesarrollados tengan que exportar una canti-

dad cada vez mayor de sus productos para poder importar una cantidad dada de bienes con las divisas obtenidas. Y eso ocurre por algo que la ciencia económica tiene elaborado desde Ricardo, quien estableció que el valor de los bienes se deriva del trabajo humano. No es lo mismo exportar un quintal de trigo que una máquina compleja y sofisticada. En el primer caso hay poco valor agregado y en el segundo muchísimo trabajo humano incluido en el valor. El intercambio de la Argentina consiste en exportar productos con una media baja de valor agregado e importar productos con mucho valor agregado. Es un intercambio necesariamente empobrecedor.

Y eso no lo decimos solamente nosotros, ha sido dicho desde la alta cátedra de Roma. Si me permite me gustaría leerle un párrafo de la encíclica *Populorum Progressio*, de Paulo VI: *“Las naciones altamente industrializadas exportan sobre todo productos elaborados, mientras que las economías poco desarrolladas no tienen que vender más que productos agrícolas y materias primas. Gracias al progreso técnico, los primeros aumentan rápidamente de valor y encuentran suficiente mercado. Por el contrario, los productos primarios que provienen de los países subdesarrollados sufren amplias y bruscas variaciones de precio, muy lejos de esa plusvalía progresiva. De ahí provienen para las naciones poco industrializadas grandes dificultades, cuando han de contar con sus exportaciones para equilibrar su economía y realizar su plan de desarrollo. Los pueblos pobres permanecen siempre pobres, y los ricos se hacen cada vez más ricos”*.

Negar esta realidad, que ya debería haber sido admitida por el respaldo científico y moral que posee, lleva a las falsas soluciones que se han intentado entre nosotros. La primera: suponer que podremos superar la crisis promoviendo las exportaciones –un camino imposible por el deterioro de los términos del intercambio–. La segunda: suponer que podemos prescindir del capital extranjero –el subdesarrollo, por definición, como hemos visto, impide la acumulación necesaria de capital–. La tercera: suponer que con moneda sana el desarrollo, al que se confunde con la idea decimonónica del progreso, vendrá espontáneamente. Si eso fuera cierto, si no

hubiera de por medio una cuestión estructural, España, que sacó todo el oro y la plata de las Américas se habría adelantado a Inglaterra en el desarrollo industrial, y Sudáfrica, que es el primer productor de oro del mundo, sería un país altamente desarrollado.

Todas estas falsedades se dejarán fácilmente de lado cuando se admita que la Argentina necesita una estructura productiva integrada a fin de elevar la productividad del trabajo humano, cuando se admita que necesita el desarrollo.

*-Una de las críticas al desarrollismo parte de la base de que ustedes conciben una Argentina autárquica.*

-No es exacto. Del hecho de que nosotros propiciemos la sustitución de importaciones de productos básicos y de petróleo y de que sostengamos que con las exportaciones es imposible financiar un crecimiento autosostenido no puede inferirse que seamos partidarios de un modelo autárquico. La sustitución de importaciones es indispensable para el cambio de estructura y, como surge de lo que le decía recién, del intercambio no puede salir el desarrollo como una paloma de la galera de un mago. Es el trabajo y no el comercio lo que crea valor, lo que crea riqueza.

Esas son verdades de hierro que habrá que admitir para llegar al desarrollo y el desarrollo no es autarquía, sino todo lo contrario.

Fíjese: los flujos comerciales más importantes del mundo no son entre norte y sur, entre los países industrializados y los países subdesarrollados, sino entre los países industrializados entre sí. El desarrollo eleva las posibilidades de intercambio. Cuando lleguemos a ese nivel no es que dejaremos de importar bienes, sino que importaremos en condiciones que serán favorables al país. Elevaremos el nivel de nuestras necesidades y a la vez elevaremos las posibilidades de satisfacerlas.

La Argentina hace 50 años que exporta, en moneda constante, la misma cantidad de bienes y su participación en el comercio mundial ha descendido del 2,5 por ciento a

menos del 0,5 por ciento. Todo en el período histórico que transcurrió desde que era considerada el sexto país del mundo, por la Liga de las Naciones, a la fecha, cuando ya no figura en los registros. No le quepa duda de que no hay una situación de mayor autarquía que la pobreza. Los feudos medioevales superaron su autarquía económica y se integraron a mercados más vastos cuando superaron las formas más primarias de la producción.

Cuando lleguemos al estadio del desarrollo, nuestro comercio exterior aumentará en términos absolutos y a la vez perderá importancia relativa dentro de la totalidad del producto, dada la solidez que tendrá nuestro mercado interno de producción y consumo. Comerciaremos más, pero estaremos en situación de ser menos vulnerables a una eventual crisis del sector externo. Actualmente, cuando tenemos un déficit del balance comercial, el país prácticamente se paraliza.

*-¿Qué ocurrirá con el campo en el desarrollo, tal como ustedes lo conciben?*

-El desarrollo es la única posibilidad de que la producción agraria argentina salga de su larga agonía. Paradojalmente no hay ningún gran país agrario en la tierra, a esta altura de la civilización, que no sea a la vez un gran país industrial.

La posibilidad de que tengamos una política agraria estable es que nuestro mercado interno tenga suficiente poder de compra y que el campo no dependa de los avatares del comercio exterior. Y eso sólo es posible con el desarrollo. A su vez, la posibilidad de que nuestras exportaciones de carnes y granos, más o menos elaboradas, vuelvan a pesar en el mercado mundial, depende también del desarrollo. Depende de que podamos elevar la productividad del trabajo humano en el campo y eso se logra dándole maquinarias, fertilizantes, plaguicidas, electricidad y complejas instalaciones de la tecnología moderna.

Con el desarrollo se terminará la famosa historia de la transferencia de ingresos entre el campo y la ciudad. Ambos

sectores tendrán perspectivas coherentes de desenvolvimiento sin resentir al conjunto.

Nosotros concebimos a la Argentina de los próximos años como un gran país industrial y como un gran país agrario.

*-El desarrollismo condena el aislamiento y sin embargo formula reservas a la integración latinoamericana que surge como una necesidad de complementación hemisférica tendiente a ampliar mercados y superar el aislamiento.*

-Esa necesidad de complementación, implícita en el proyecto integracionista, no es una necesidad de las naciones. Son las corporaciones multinacionales las que tienen interés en crear espacios económicos transnacionales para desenvolver allí economías de escala. El interés de las naciones no es crecer para afuera, desarticularse adentro y articularse a un esquema transnacional. El interés de las naciones es la integración nacional como prerequisite de todo regionalismo. Sólo naciones desarrolladas e integradas van a poder afirmar su soberanía y afrontar el desafío de los monopolios. Y sólo con naciones desarrolladas e integradas. América latina podrá un día tener una entidad respetable en el concierto mundial, ya que no se trata de sumar debilidades.

Efectivamente, fuimos nosotros los primeros en señalar ese riesgo. Lo hicimos cuando era apenas una nube en el horizonte y no una ofensiva. Desde un comienzo señalamos los riesgos de confundir la tendencia universal hacia la unidad de las regiones, y hacia el *mundo-uno*, con el interés nacional. Esa tendencia no puede desenvolverse a despecho del interés nacional, porque su realización se integra dialécticamente con la realización de las naciones. Las naciones no serán sustituidas mecánicamente por las futuras formas de organización social, serán superadas a partir de que cumplan plenamente su ciclo histórico.

Y no es ésa la situación del mundo en esta etapa del siglo XX en la cual se observa el surgimiento de nuevas nacionalidades y donde la Nación, como categoría histórica, muestra su vitalidad y su vigencia. Una vitalidad y vigencia

que coexisten, pero que no se anulan, con las tendencias unificadoras. Y no es esa la situación de las naciones de América Latina, a las cuales les resta cumplir un tramo de su integración interna, de su conformación definitiva. Borrar con una goma nuestras fronteras nacionales sería un tremendo error teórico e histórico, sería forzar los hechos *contra natura*.

Es natural que eso quieran hacerlo las corporaciones multinacionales y los núcleos de tecnócratas que tienen a su servicio. Pero es una perspectiva que debe ser firmemente rechazada por los dirigentes políticos, obreros y empresarios de nuestros países.

Para las corporaciones las patrias son antieconómicas. A fin de maximizar los beneficios les conviene conformar espacios económicos que no se corresponden con las fronteras "arbitrarias" de las naciones, como le decía. Piense en la Cuenca del Plata, para ellas sería un espacio económico ideal si no estuviera fraccionado por fronteras y si los argentinos estuviéramos dispuestos a olvidarnos de la Patagonia y los brasileños del nordeste; y piense en las presiones integracionistas que se ejercen en esa dirección.

Los propios Estados soberanos son un inconveniente para la estrategia de las multinacionales. Ellas integran una vasta y compleja trama de intercambios que se extiende por todo el orbé, y en consecuencia las políticas proteccionistas y la diversidad de normas para la captación de capital, el aprovisionamiento de insumos y el reclutamiento del personal hacen más complicado y costoso el funcionamiento del sistema. Suprimir los Estados con sus aranceles, tipos de cambio, impuestos y legislación laboral les haría todo más manejable.

Es esa la razón por la cual los ideólogos del sistema monopolístico propician una economía mundial, o por lo menos regional, en reemplazo de las economías nacionales. Esa tesis, más ambiciosa que la de nuestros ideólogos integracionistas pero con la misma intención, tiene foros que la revisten de dignidad "científica" y de preocupación por el destino de la humanidad. Tal es el caso del Club de Roma: con el pretexto de que los Estados nacionales son un obstáculo para la lucha

contra la superpoblación, la contaminación ambiental y para una "racional" distribución de los recursos, propone una economía ecuménica. Igual que las corporaciones.

*-Esos no son los enunciados del integracionismo latinoamericano.*

-Naturalmente, pero son dos caminos que llevan a un mismo punto.

Y, de paso, creo que sería interesante que analizáramos, aunque brevemente, otros aspectos de la estrategia de las corporaciones en América latina y en general en los países subdesarrollados. Ya no rige la relación clásica entre centro y periferia, en el sentido de que desde el centro se vendían manufacturas y en la periferia se aprovisionaban de materias primas y alimentos. Ese esquema, que naturalmente no ha sido anulado, se integra a una estrategia más compleja en la cual la llamada exportación de plantas sustituye en buena medida a la exportación directa de manufacturas desde el centro. Lo esencial, para que la estrategia funcione, es que el país receptor se limite a prestar una porción de territorio y una limitada cantidad de personal para la planta, pero que no la integre al aparato productivo nacional, sino que la deje libremente vinculada al circuito económico transnacional.

Es evidente que esa estrategia se ve favorecida por el proyecto de integración latinoamericana, y también por el planteo de muchos ideólogos nuestros según los cuales es posible expandir las exportaciones "no tradicionales" sin el paso previo del desarrollo integrado.

*-¿Lo que está ocurriendo en Brasil no se parece a lo que quiere el desarrollismo? Se producen inversiones y se desarrollan estructuras básicas.*

-Más bien está vinculado a lo que veníamos hablando.

Pero ante todo, quiero decirle que a mi juicio los procesos nacionales no son exportables ni son demasiado susceptibles de ser interpretados de acuerdo a las condiciones de otro país. Es decir, si con la óptica argentina quisiéramos enten-

der lo que pasa en Brasil, seguramente cometeríamos errores de apreciación. Lo mismo les ocurriría a los brasileños si con la óptica de su proceso militar intentarían percibir los caracteres íntimos del proceso argentino.

En cuanto a su pregunta sobre si el desarrollismo argentino considera al proceso brasileño como una prueba de la validez de sus premisas, quiero ser muy claro y decirle que son cosas muy distintas. Los desarrollistas no nos vemos reflejados en nada de lo que ocurre en Brasil.

Brasil ha desarrollado industrias básicas a través de un proceso que se remonta a un tiempo anterior de 1964, lo cual naturalmente fue más positivo que lo ocurrido en la Argentina, ya que su limitación a la industria liviana y su producción primaria la ubicaron en una situación de debilidad relativa. Pero eso no define todo el problema. Brasil, no obstante haber alcanzado esa y otras metas está pasando por una crisis nacional muy grave. Es una crisis de manifestaciones distintas a la nuestra, pero también de problemático desenvolvimiento.

El crecimiento de Brasil, tan espectacular en los últimos años, muestra un desnivel en el sentido de que si bien ha crecido su siderurgia, su petroquímica y en general sus industrias básicas, lo han hecho a un ritmo menor que otros sectores; y en el sentido de que ha sido un crecimiento mirando al exterior, a la exportación, y no al mercado interno nacional. De allí se derivan algunos de los serios problemas que ahora debe enfrentar. Y la otra cuestión, el gran vicio, es que la expansión brasileña, al estar orientada por las corporaciones multinacionales, se ha encapsulado como un país dentro de otro país. Es una expansión que ha dejado al margen a las tres cuartas partes del territorio brasileño, donde hay zonas como la amazónica, donde sus habitantes, medidos en decenas de millones de brasileños, están lisa y llanamente excluidos del mercado capitalista; viven con una economía primaria, de producción para el propio consumo y de subconsumo, y algunos de ellos todavía se alimentan de raíces. También puede citarse el caso del nordeste con su desgarrante pobreza. Los paulistas, los cariocas y aun los habitantes de la región agropecuaria

del sur, que ha hecho grandes avances, tienen una situación privilegiada con respecto a una enorme masa de territorio y de población. Son desniveles muy grandes y muy explosivos desde el punto de vista de la estabilidad y la paz social y política.

Si a ese problema de desintegración nacional se suman las serias dificultades que afronta la economía brasileña, especialmente su profundo déficit del balance de pagos, se advierte la vulnerabilidad de un "modelo" pensado no en función del interés nacional, sino en función de la estrategia de las corporaciones multinacionales. Naturalmente no está dicha la última palabra, puesto que Brasil tiene una gran vitalidad nacional y puede reaccionar ante esa situación; pero esa reacción no será fácil y no será sin conflictos que pueden llegar a ser desgarrantes.

Y por cierto que no se trata de pasarse al otro extremo. No se trata de decir: ¿qué suerte hemos tenido los argentinos! No hemos tenido ninguna suerte, ya que nosotros hemos sido articulados de otro modo a la estrategia de las corporaciones, mediante la permanente contracción del mercado, también mediante el marginamiento de vastas zonas del interior —aunque por razones históricas sin desniveles tan pronunciados como los del país hermano— y también con una economía que "mira al exterior".

En uno y otro caso hay que dar sin demoras una respuesta nacional. Para nosotros esa respuesta es el desarrollo integrado en forma horizontal y vertical como creo que le he dicho en el curso de nuestras conversaciones. Debemos erigir las industrias básicas cuya carencia nos hace dependientes, debemos construir una infraestructura de servicios adecuada, debemos elevar los niveles de capitalización del agro y debemos extender el desarrollo a todo el territorio nacional sin excepciones. Esas enseñanzas debemos sacar de nuestro propio proceso y del proceso brasileño. Debemos tener una economía sólida e integrada y que además trascienda el abanico de los 300 kilómetros que rodean al puerto de Buenos Aires. A las corporaciones multinacionales pueden no interesarles la Patagonia, el noroeste, el nordeste

y otras zonas argentinas rezagadas; pero a nosotros sí nos importan.

*—La situación se complica en Argentina, donde además de los problemas de fondo hay problemas de coyuntura muy agudos, problemas cuya falta de solución crea impaciencia y acorta los tiempos políticos.*

—Tanto por razones estrictamente económicas como por razones políticas, los problemas de fondo y sus manifestaciones más inmediatas, más urgentes, deben ser encarados en forma simultánea. No estamos para gradualismos ni para soluciones planteadas en "tiempos". Acá ya muchas veces se nos ha dicho primero vamos a estabilizar la moneda, primero vamos a resolver los problemas del balance de pagos, de a poco iremos corrigiendo las deformaciones del sector público y después nos vamos a ocupar del desarrollo. Pero ocurre que las medidas de corto plazo, al no estar articuladas a un plan de fondo y al no ser simultáneas con medidas de fondo, agravan las causas aun cuando puedan congelar temporariamente sus efectos. Así se contrae el mercado, se aumenta la presión tributaria, se restringe el crédito al sector productivo y se adoptan otras medidas por el estilo que destruyen aun más el núcleo de la inversión. Y cuando debiera venir el segundo tiempo de las inversiones y el desarrollo, tenemos una recidiva de la crisis de inflación y recesión y frecuentemente serias complicaciones políticas.

Creo que se concordará con nosotros cuando se admita que la crisis argentina es de fondo y que necesitamos una revolución nacional en el cabal sentido de la palabra, tanto en la determinación de la política económica como en la movilización del pueblo tras de los objetivos revolucionarios. Esto me parece fundamental. El pueblo tiene una enorme capacidad de sacrificio cuando advierte que su sacrificio conduce a una solución definitiva de los problemas. Ya está cansado de los pedidos de sacrificio en nombre de políticas definitivamente gastadas y fracasadas.

Desde un punto de vista económico es imposible, en el

punto de deterioro alcanzado, lograr la estabilización sin racionalizar al sector público y sin lanzar simultáneamente un programa de desarrollo. Y creo, además, que eso es lo único viable desde un punto de vista político. Se trata de decirle al país la verdad sobre la crisis –ya no se puede repetir el engaño de que somos desarrollados, pero que hemos estado mal administrados–; se trata de enunciar diez medidas fundamentales, sobre las que no se necesitan hacer grandes estudios porque están estudiadas; y se trata finalmente, en base a ello, de hacer una convocatoria revolucionaria. El gobierno que haga eso no sólo va a tener éxito en la solución de los problemas inmediatos, sino que pondrá en marcha al país y unificará y movilizará al pueblo en su respaldo.

–Ustedes han hablado, en diversas oportunidades, sobre los riesgos de desintegración nacional. ¿Existen realmente?

–Ante todo debo reiterarle mi confianza, recién expresada, de que es posible encontrar una solución a los graves problemas argentinos. Pero, naturalmente, ese riesgo existe.

Y justifica que lo analicemos en profundidad.

Hablábamos hace unos momentos de las presiones a las que están sometidas las naciones por parte del sistema monopolístico. Antes habíamos visto cuando la definimos, que la Nación es una categoría histórica; como tal no existió en un tiempo y puede no existir en el futuro. También habíamos visto que la superación de las naciones sólo será posible a partir de que se realicen plenamente como tales, de que cumplan su “cometido” histórico; y que, por ello, hoy coexisten paradójicamente las tendencias hacia el *mundo-uno* con las tendencias hacia la consolidación de las naciones, derivadas éstas de la distensión y de la disgregación de los bloques de posguerra y, a la vez, de la vitalidad intrínseca de los movimientos nacionales.

En virtud de todos esos elementos puede concluirse que la actual afirmación de la Nación, como categoría histórica, no garantiza per se que todas las naciones puedan transitar

intactas la transición hacia el *mundo uno*. El riesgo es uno de los datos que componen este aspecto de la realidad contemporánea.

En cuanto a la viabilidad de la Argentina podemos apuntar varios factores: la vitalidad de su cultura nacional y su poder cohesionante, la cohesión de su clase obrera, de su empresariado, de las Fuerzas Armadas y de otros sectores fundamentales que no van a ceder fácilmente posiciones, aun cuando sus dirigentes yerren una y otra vez. Pero al mismo tiempo nuestro país posee una estructura productiva incapaz de generar en cantidad suficiente los bienes y servicios requeridos por la comunidad, lo cual es una fuente de conflictos y desencuentros. Y está sometido a la presión de las corporaciones multinacionales, las cuales preferirían que nuestro territorio no fuera el asiento de una Nación soberana; lo conciben como una mera plataforma para implantar en ella docientas o trescientas empresas gigantes vinculadas al circuito transnacional y dejando *fuera de la Historia* a millones de obreros y empresarios argentinos.

La reacción nacional tendrá que ser enérgica y rápida.

Más allá no es posible explicitar la respuesta a su pregunta. No es posible avanzar más en los pronósticos sobre un tema tan complejo y trascendente. Pero sí podemos decir que se justifica la preocupación de cualquier dirigente y de cualquier ciudadano con responsabilidades respecto del futuro.

Y podría agregarle: este tema plantea nada menos que la cuestión del sentido de lo que ha sido el eje de estas conversaciones. La lucha por el desarrollo no se justifica por los logros económicos, ni la lucha política tiene sentido por el poder como fin en sí. Además de todo lo social, y lo humano en general, que está de por medio, una de las cosas que da trascendencia a nuestros esfuerzos, como a los de todo argentino identificado con la Nación, es la perspectiva de integrar plenamente nuestro proceso nacional. A ninguno de nosotros nos gustaría pasar a la condición de apátridas, aun de apátridas prósperos si los hubiese. Nos gustaría transitar el camino hacia el *mundo uno*, conservando nuestra cultura, todo aquello que nos identifica como argentinos,

todo aquello que nos es querido. Y nos gustaría que, en un tiempo más o menos remoto, cuando las naciones se reúnan a discutir sobre el mundo uno, la Argentina pueda tener voz y voto en la mesa de las negociaciones.

*—Frigerio, ahora quisiera hacerle una pregunta que varias veces estuve tentado de hacer a lo largo de estas conversaciones. ¿A qué atribuye el hecho de que las posiciones desarrollistas, de cuya adecuación a la realidad usted está tan convencido, no se hayan impuesto como posiciones de gobierno?*

—Vea, nosotros debemos enfrentar una trama de intereses e ideologías del atraso que fue tejida durante mucho tiempo. Pero tenemos a nuestro favor que la estructura sobre la que se asienta está en quiebra y que nosotros marchamos en el sentido de la historia, en el sentido de la emergencia de la Nación y del pueblo. Nosotros somos los que están al asalto de la ciudadela del subdesarrollo y los monopolios; los dirigentes tradicionales son los que la defienden, los que se defienden, y, si bien no es posible hacer pronósticos en esta materia percibimos que nuestros avances son firmes y por momentos impetuosos.

Quiero, sin embargo, precisarle cuál es nuestra idea del acceso al poder. El desarrollismo ha ganado muchas batallas en el campo doctrinario. Estratégicamente está victorioso, le diría. Pero no esperamos que actúe ningún mecanismo automático para colocarlo en el poder, aun cuando esos “accidentes” históricos no son imposibles. Rechazamos toda concepción elitista de la política y no esperamos que ningún hombre o grupo de hombres, circunstancialmente en el gobierno, abraza de repente nuestras banderas. Nosotros apostamos a la lucha: luchamos y organizamos la lucha; organizamos en cuanto podemos al movimiento nacional y organizamos a nuestro partido como un componente y a la vez como una prefiguración de lo que deberá ser el movimiento nacional.

La condición natural del hombre es la lucha. El hombre primitivo luchó contra las fuerzas de la naturaleza cuyas

leyes ignoraba. El hombre de nuestros días, a través del conocimiento de las leyes que presiden los fenómenos naturales y sociales se halla dotado de una voluntad orientada a un fin y una inteligencia que le permite organizar los medios necesarios al logro de sus objetivos morales y materiales, realizándose como ser humano dentro de la comunidad.

La superación de la crisis y la construcción del futuro argentino dependen de la lucha organizada. Es la lucha el camino que permite adecuar la política a los intereses sociales desnudos. La concientización política no sale de la nada para instalarse en la cabeza de los ideólogos. La concientización es efecto y causa de la lucha por el desarrollo; la lucha por el desenvolvimiento de las fuerzas productivas; la lucha contra los agentes externos que oprimen al país; la lucha de la clase obrera por su salario y la elevación de sus condiciones de vida; la lucha de los empresarios nacionales por preservar y expandir sus empresas frente a la presión de los monopolios; y la lucha de los restantes sectores nacionales por realizar sus fines en el marco de la Nación. Esa lucha se va jalonando con niveles cada vez más altos de organización y de conciencia; y, estamos persuadidos, conduce finalmente a la victoria.

## Algunas dudas

—Pienso, Frigerio, que para comprender acabadamente el pensamiento de un hombre, tan importante como saber lo que afirma es conocer lo que niega, es decir, las ideas que pretende refutar. El verdadero significado de una idea surge en la polémica, no sólo porque la confrontación pone a prueba o estimula, sino porque además saca a luz lo implícito, que tal vez sea lo más importante. Y esta es una ventaja del diálogo sobre cualquier exposición sistemática pero monologada.

Consecuentemente, a esta altura de las conversaciones me propongo cambiar el método. Hasta ahora, Frigerio, no he discutido sus afirmaciones porque me pareció que a los lectores les interesaría conocer en extenso, sin interrupciones ni cercenamientos, las tesis desarrollistas. En general, el periodismo ha sido muy reacio a otorgarle a usted un espacio suficiente para sus ideas. Pero creo que habiéndole dado todas las oportunidades de explayarse en estas conversaciones, resultará útil confrontar algunas de las tesis más importantes con las críticas que se le formulan.

Y habría algo más, Frigerio. Algunas de sus afirmaciones —más bien acusaciones contra sus adversarios— son reiteradas por usted como un dogma, pero demás está decirle que no existe demostración alguna de su veracidad y más bien parecen resultar de una animadversión política. De lo contrario sería usted el único inocente de la política argenti-

na y créame que después de haber ejercido yo el periodismo cerca de 30 años no he encontrado inocentes. Ni creo que usted lo sea, en el sentido lato de la palabra, por supuesto.

Tomemos un ejemplo entre muchos, Frigerio. Usted resistía la idea del regreso de Perón en 1972 y afirma de una manera tajante que fue un hecho negativo. Este es el caso de una afirmación suya que aparenta ser una verdad absoluta, y no es más que una hipótesis en un contexto histórico demasiado cercano, imposible de esclarecer con tanta suficiencia.

Me he preguntado muchas veces qué habría pasado si Perón no hubiera vuelto al país. Creo que se habría seguido negociando a la distancia, en medio de esos tortuosos trámites en Madrid con políticos, sindicalistas, extremistas de derecha e izquierda, tirabombas: en fin, hubiéramos continuado en la ambigüedad y si el precio del retorno pudo parecer alto, más costoso hubiera sido que Perón muriera en Madrid.

—No tengo inconveniente alguno en admitir otro método de diálogo, pero debo decirle que ninguna de mis afirmaciones tiene las características que usted señala. No hay en ellas ni animadversión personal ni dogma. En estas conversaciones, como en toda mi carrera política, he tratado de fundamentar mi posición en la ciencia, de exponerle puntos de vista elaborados a partir de un método riguroso de conocimiento e interpretación de la realidad; y la he mantenido en un nivel político, ya que si bien he formulado críticas lo hice porque era indispensable hacerlo a los fines del análisis y sin descender en ningún momento al plano personal.

Nuestras diferencias seguramente están en la concepción de los problemas, en las distintas fundamentaciones doctrinarias y en las distintas vías metodológicas para acceder a los hechos. Fíjese, en el caso que usted toma la diferencia está en que para mí la “destrucción del mito”, como se decía entonces, no era un *desideratum* de la política argentina. Y es a partir de ello que debemos analizar la cuestión.

En primer lugar debo decirle que los mitos políticos no se

destruyen con movimientos tácticos de los círculos áulicos. Con independencia de las opiniones que se tenga sobre ellos, hay que admitir que estos mitos nacen y arraigan en procesos capaces de calar muy hondo en el alma del pueblo; en consecuencia, para superarlos, se requiere un proceso que penetre con la misma hondura en la sociedad, que aporte soluciones concretas a las angustias económico-sociales en lugar de desenvolverse sólo en la superficie político-institucional. Por eso me animo a decirle que lo ocurrido a partir de 1973, con sus componentes grotescos y trágicos, no puede destruir *per se* ni lo real ni lo mitológico que hay en el peronismo; quien quiera destruirlo tendrá que hacer algo más que publicitar los errores y las desviaciones cometidas.

A mi juicio, en 1972 la cuestión era lograr que el poder aglutinador del movimiento peronista obrara en el sentido y la dirección de la transformación estructural; era aprovechar su ascendiente sobre las masas y su raíz nacional para contrarrestar las fuerzas empeñadas en conservar el *statu quo* o más exactamente, empeñadas en disgregar el país; y era evidente que se le hiciera jugar a Perón un papel inverso, como finalmente ocurrió. Por eso, como ya le he dicho, le dijimos a Perón que no viniese en esas condiciones; y por eso le dijimos que su regreso tenía que ser una consecuencia de las luchas del pueblo por encaminar a la República en la senda de la revolución y el desarrollo nacional y no un prerrequisito como lo planteaban sus partidarios y el propio oficialismo de entonces.

Y hemos hablado antes de nuestra posición frente al general Lanusse. Puedo precisarle que también se la expuse en forma personal en una entrevista que se realizó en la Casa de Gobierno y fue, en su momento, suficientemente publicitada. Traté de demostrar que la cuestión básica era poner un dique de contención al desborde de los problemas que la sociedad argentina ya no estaba en condiciones de soportar; que era indispensable adoptar un conjunto de medidas muy concretas en el plano económico-social. Le dije con toda franqueza que el planteo de la institucionalización era totalmente falso, puesto que en 1966 cuando se produjo la Revolución Argentina no se necesitó movilizar un solo

soldado. Le dije que las instituciones funcionaban durante el gobierno radical, pero a pesar de ello había consenso unánime sobre que el camino no era el Parlamento ni una institucionalización hueca, vacía de todo contenido revolucionario, sino que el camino eran los cambios efectivos, la transformación de fondo que debió operarse en el país. Le dije que no era correcto, después de haber desinstitucionalizado, decirle a los 25 millones de argentinos que el problema era la desinstitucionalización y que la solución era la convocatoria a elecciones.

En las condiciones de una crisis profunda como la de la Argentina, llamar a elecciones era llevar al país por un falso camino y a eso, a nuestro juicio, no debía contribuir el regreso de Perón. El resultado fue que en los tres años de gobierno peronista, en lugar de llevarse a cabo el programa revolucionario del documento *La única verdad es la realidad*, se ejecutó una política contrarrevolucionaria que agravó todos nuestros problemas.

Muchas veces he hecho la imagen de que la sociedad argentina está dividida por un plano horizontal, debajo del cual están, intactos, el pueblo argentino y sus dirigentes genuinos, y arriba las dirigencias comprometidas con el pasado, con el *statu quo*. Es evidente que mientras no se concreten las transformaciones de fondo seguirán inmodificadas las relaciones de fuerza, seguirá esa fractura y todo comicio no podrá seleccionar a los gobernantes sino entre quienes están ubicados sobre ese plano imaginario. Es decir, todo comicio no podrá sino ofrecer falsas opciones, puesto que, a pesar de las diferencias aparentes, esos dirigentes tienen un denominador común: el apego a las estructuras que alimentan la crisis y llenan de riesgos el horizonte nacional.

*—Quiero formular dos observaciones a lo que acaba de decir. En primer lugar, no creo que el gobierno de Lanusse planteara la vuelta de Perón como un prerrequisito de la institucionalización. La dinámica del proceso político determinaba por entonces que el retorno fuese una condición inexorable de la realidad. Fíjese que con elecciones libres, ya*

que los militares ni podían ni estaban dispuestos a ensayar alguna forma de proscripción que hubiera llevado a repetir los errores, triunfaba el peronismo y los peronistas, de cualquier manera, traían a Perón.

En segundo lugar, no creo que en 1966 se cuestionara el Parlamento, las instituciones democráticas tradicionales. Lo que se cuestionaba era la debilidad de los gobiernos y sus consecuentes contradicciones. Y por cierto que el gobierno radical del 66, como los anteriores, incluido el de Frondizi, estuvieron asediados por las permanentes intrigas de Perón desde el exilio que terminaban logrando un verdadero vaciamiento de poder. En suma, pienso que no hubo en 1966 la convicción de que había que desmoronar todo.

—En razón de esas condiciones de las que le hablaba, de esa compartimentación de la sociedad argentina, el hecho de que se convocara a elecciones sin proscripción del peronismo no cambiaba para nada los términos del problema. Nosotros nos oponíamos al regreso de Perón porque nos oponíamos al llamado proceso de institucionalización en su conjunto. No nos habríamos opuesto a que Perón hubiera venido a impulsar la materialización de los objetivos trazados en 1966, ante los cuales sus propios seguidores habían formado consenso con la inmensa mayoría de los argentinos.

En cuanto a si el regreso de Perón era o no un prerequisite de la institucionalización, creo que quien dimensiona correctamente la gravitación de Perón en la política argentina de ese entonces deberá admitir que viniendo Perón, el centro de gravedad, el eje del proceso, no podía ser otro que Perón. Por eso sostengo que era un prerequisite —de una cosa positiva o de una cosa negativa— según las condiciones generales de la situación nacional.

De todos modos, lo esencial para comprender el papel que se le quería asignar, al regreso del líder justicialista, es que todos sus adversarios, y aun la dirigencia tradicional enquistada en la estructura partidaria del peronismo, querían hacer un guiso de liebre sin liebre; un guiso de democracia sin la proscripción formal, pero con un sistema de opciones que dejaría de lado los intereses y las aspiraciones nacionales y

de los vastos sectores de la clase media cuya suerte está ligada a la transformación revolucionaria del país. Esto es lo que querían, a su vez, los grupos que detentaban el gobierno, los grupos áulicos, no las Fuerzas Armadas en su conjunto que querían, como los obreros, los empresarios y los sectores de la clase media, la adopción de las medidas concretas que sacaran al país del profundo pozo en el que todavía se encuentra.

En cuanto a los hechos de 1966 le reitero que la Revolución Argentina obtuvo un consenso total y ese consenso suponía dos cosas: la apetencia del pueblo por el cambio de estructuras y su total conciencia de que las instituciones no son un fin en sí mismas. Por lo demás, es cierto que Perón se oponía a los radicales, pero finalmente terminó oponiéndose todo el país y ante su inoperancia hubo desde duras luchas hasta la ridiculización por parte del ingenio popular que produjo chistes memorables. Frente a la perspectiva de un cambio nadie defendía ni a los radicales ni a las instituciones.

De todos modos, para que podamos ponernos de acuerdo, al analizar estos hechos no deberíamos limitarnos al examen de su superficie político-institucional. Deberíamos incluir en el análisis las tendencias de fondo, los factores determinantes del curso que finalmente toma el proceso nacional. Por un lado es preciso ubicar al pueblo argentino, con sus clases y sectores sociales, y a sus dirigentes genuinos. Por otro a las empresas multinacionales, al *establishment*, a los grupos que succionan el país a través de las estructuras del atraso y a la superestructura política tradicional que, con pequeñas minorías, le impone a la Argentina este letargo prolongado que tiende a disgregarla y a destruir su condición de Nación soberana.

—En realidad esos grupos y las empresas multinacionales han existido siempre. Con lo que no estoy de acuerdo es con la ubicación que usted les asigna en el análisis de la política. Había en el país empresas multinacionales durante los gobiernos anteriores y durante el gobierno peronista, aunque no creo que hayan prevalecido en la forma que usted señala.

*Tal vez tendían a conquistar posiciones, lo cual es distinto y hasta es natural que pretendan hacerlo aunque no nos guste. Pero lo que se planteó con la venida de Perón fue netamente político. No comparto la hipótesis de una preponderancia en ello de los grupos de interés económico.*

—Está de más aclararle, luego de todo lo que hemos hablado del tema y del rol que nosotros asignamos al capital extranjero, que yo no me opongo a la presencia en el país de las empresas multinacionales. Todo lo contrario, eso sería contrariar las leyes de la ciencia económica y sería caer en el nacionalismo retórico por el cual, debo confesarle, siento un rechazo visceral. Esas empresas tienen que venir y aplicar al país su capacidad de inversión y de innovación tecnológica. A lo que sí me opongo es a la ejecución de una política inspirada por un centenar de grandes corporaciones y no por los intereses generales de la comunidad nacional, intereses generales a los cuales ellas pueden y deben articular los suyos.

Esto es lo que se plantea en el tema de la interdependencia de los intereses económicos y la política, interdependencia que no puede negar el observador más desaprensivo. En cuanto a lo que usted dice respecto de nuestro país, debo disentir. Esos grupos actúan directamente o se valen de una gama muy variada de personeros o de instrumentos inconscientes —o más o menos inconscientes—; y utilizan procedimientos a veces también directos, pero a veces diabólicamente sutiles. Y no le quepa duda: desde hace varios lustros esos grupos están prevaleciendo y le están imponiendo a la República Argentina una política contraria a su destino de Nación soberana.

Le hago esta afirmación confirmando algo que dije hace pocos días, contestando una encuesta periodística, cuando puse un signo de igualdad entre la política de Krieger Vasena, la de Gelbard y la de Martínez de Hoz. Esos tres hombres son la expresión objetiva de intereses económicos transnacionales—digo “expresión objetiva”, no estoy haciendo críticas personales en el plano de la moral—. Y tal afirmación no puede ser refutada con una apelación a diferencias

formales e ideológicas entre ellos. La identidad se pone en evidencia con cuatro hechos concretos, con los cuatro pilares sobre los cuales Krieger Vasena, Gelbard y Martínez de Hoz montaron la política de fondo: bajar los salarios reales, congelar los precios o alinearlos en relación a las empresas líderes —o sea en función de los costos de las empresas multinacionales— multiplicar los impuestos y bajar los niveles de protección arancelaria a la industria y a la producción nacional.

La consecuencia ha sido una dramática depresión del nivel de vida del pueblo argentino y una mayor y más fuerte subordinación de los factores económicos nacionales a los transnacionales. Y me refiero tanto a la actividad industrial como a la propia producción agraria. Toda economía es una unidad y los distintos sectores concurren unitariamente a formar la base material de la población de un país. Y la base material de la población argentina está deteriorándose de una manera alarmante porque sus dirigentes tradicionales no han comprendido que lo por usted llamado específicamente político, como la institucionalización o la desinstitucionalización, enmascara una línea política que sin solución de continuidad determina consecuencias disgregadoras.

Esos dirigentes no han entendido que la democracia no puede ser una mera formalidad, no puede ser nada más que entrar a un cuarto oscuro y depositar un voto; la verdadera democracia está en un poder político sensible a la acción de las masas, a la acción de los obreros, de los empresarios y de los sectores medios tendientes a superar su asfixia y a impulsar el desarrollo independiente del país.

*—Frigerio, usted no deja ministro de Economía sin crucificar. Se opuso a la conducción económica del gobierno de Illia, se opuso a la de la Revolución Argentina, se opuso a la del gobierno anterior y se opone a la del actual. En la época que estábamos analizando, cuando se formó la Hora del Pueblo, integrada por radicales y peronistas, le lanzó toda la artillería. Si el señor Gelbard, por ejemplo, aparece aliado a los radicales, o al peronismo en una coalición con los radicales y no con los desarrollistas, lo ubica al señor*

www.desarrollismo.org

*Gelbard defendiendo intereses extranacionales. Usted ha estado de acuerdo con todo lo que Perón hizo aliado con el desarrollismo, pero en desacuerdo con todo lo que hizo en alianza o con el apoyo de los radicales o de otras fuerzas que no fueran ustedes. Parece tener una obsesión con los antagonistas que se ha forjado al cabo del tiempo. Les aplica todo el rigor de su esquema; están con los intereses importadores, congelan precios, bajan salarios y frenan el desarrollo de las fuerzas productivas del país.*

-Lo que usted dice es una parte de la verdad que podríamos considerar toda la verdad. Pero llega a esa conclusión, permítame la conjetura, a partir del falso supuesto de que mi planteo es esquemático o de que tengo animadversiones personales. Es decir, es cierto que yo pongo ese hilo de continuidad que usted señala, pero mis razones no son las que usted sugiere.

Es bien sabido que yo soy un hombre al cual sus adversarios no le han tirado precisamente con flores, que ha sufrido calumnias de una horripilante bajeza; y a la vez es bien sabido que, sin embargo, mis críticas nunca han bajado al plano personal, han sido muy duras, aceradas en muchas oportunidades, pero siempre se han mantenido en el plano político y objetivo.

Y mi planteo no es esquemático, como creo haber mostrado en el curso de estas conversaciones; nuestro método nos permite a los desarrollistas valorar la compleja trama de interacciones que conforman el proceso social. Pero también nos permite distinguir claramente lo esencial de lo aparente. Esas políticas que usted menciona podrán tener apariencias diversas en el follaje del que se recubren, en la hojarasca, pero tienen la misma raíz. Y nos parece que prestamos un servicio al país señalando sin concesiones su esencia común, sus vasos comunicantes, sus raíces; esa es la manera de eludir las trampas ideológicas, de evitar confusiones y de abrir un camino firme y sin malezas por el cual podamos transitar hacia la superación definitiva de la crisis que nos agobia. Para nosotros la política no es un esteticismo de las formas, no es un ejercicio intelectual; es una lucha que

tiene que apuntar a los contenidos fundamentales de las fuerzas que traban el proceso nacional.

Y a su observación puedo agregarle algo más: frente a esas políticas además de hacer críticas hemos formulado pronósticos que siempre han confirmado luego los hechos. Esto no podría surgir de una visión esquemática y sectaria de la realidad; surge de que, creo, hemos identificado las leyes, las tendencias profundas, conforme a las cuales se mantiene al país en esta situación.

Sería muy grave de parte de los desarrollistas si, habiendo constatado que la Argentina está hundiéndose en una crisis estructural visualizada desde los años 30, no marcáramos a fuego a todos aquellos que con su presencia política y con sus actos políticos contribuyen a ese hundimiento. Tanto a los que lo hacen por acción como a los que lo hacen por omisión. Somos un país que sigue vendiendo barato y comprando caro. Somos un país que en cinco rubros, fácilmente ubicables para cualquier analista en el balance comercial, importamos un cantidad equivalente a las tres cuartas partes de nuestra capacidad de compra en el exterior y en condiciones de deterioro permanente de los términos del intercambio.

Esa es la base de la crisis argentina. Cuando sustituyamos esas importaciones, cuando produzcamos esos cinco rubros dentro de la geografía nacional con trabajo argentino, con una política que los promueva y proteja el esfuerzo de nuestros obreros, nuestros empresarios y la comunidad en su conjunto, todo será distinto. Si nuestros antagonistas encararan esa política, dejarían de serlo.

Nuestra permanente lucha contra los responsables de las políticas económicas y los conciliábulos y contubernios que se han tejido en torno del poder es porque ese poder se ha estado utilizando contra la suerte de 25 millones de compatriotas. El país está parado, está en vías de desintegración, subsiste un grado de violencia intolerable, y todo es consecuencia de ese largo vía crucis de esa política que sirve a los intereses de grupos muy pequeños y muy hábiles para trasvasar su influencia en las distintas etapas del proceso nacional. ¿Cómo quiere que rescatemos las políticas económicas de alguna de esas etapas si todas están signadas por

www.desarrollismo.org

ese sello trágico? ¿Cómo quiere que teniendo conciencia de ello en lugar de política, de lucha política, hagamos ejercicios intelectuales de politicólogos conformistas?

Vea, si no se cae en el vicio de esquematismo, si se tiene un adecuado respaldo científico y metodológico, los esquemas sirven para analizar y encuadrar adecuadamente la realidad. Aquí hay un enfrentamiento de dos esquemas: el esquema sobre el que se desenvuelve la lucha consecuente con los intereses nacionales y el esquema, encubierto por las más variadas sinuosidades ideológicas, que han articulado las corporaciones multinacionales. En el medio está el Estado nacional. El Estado nacional o cumple acabadamente su función de desenvolver la unidad nacional en el ámbito de la economía, del bienestar, de la cultura y del espíritu, o claudica de lo que justifica su existencia: ser la máxima expresión política de una Nación soberana.

Ya hemos hablado bastante de ese tema, de las perspectivas de ese enfrentamiento, de la viabilidad de la acción. A favor de una solución positiva del enfrentamiento trabajan la vitalidad de las fuerzas nacionales, de nuestra condición nacional, y el contexto internacional en cuanto tiene de favorable al afianzamiento de la Nación como categoría histórica. Tiene de favorable la coexistencia, la disgregación de los rígidos bloques existentes en la posguerra. De todo eso hemos hablado, de la ambivalencia de ese contexto: existe la tendencia transnacional y disgregadora de las corporaciones y existen los esfuerzos de Estados Unidos, como Nación y primera superpotencia, y de la Unión Soviética, como el otro polo de poder mundial, para dirimir sus diferencias no en el campo de la guerra y de la subordinación de sendos grupos de países, sino en el campo de una coexistencia pacífica, competitiva y fecunda para el desarrollo independiente de las naciones y para elevar la condición humana.

Y en base a esos puntos de referencia emplazamos nuestra lucha política y nuestra artillería, como usted dice. Estamos persuadidos de que es una lucha trascendente y que se desenvuelve en un punto de encrucijada de la historia argentina; en consecuencia, no tenemos enconos personales ni fines subalternos, pero no estamos dispuestos a hacer

concesiones ni a dar tregua en cuestiones que son decisivas. Seremos totalmente flexibles en buscar la unidad de las fuerzas nacionales —que es lo que a usted le llama la atención respecto de nuestra posición ante determinados momentos muy fértiles del peronismo—, pero seremos inflexibles ante las políticas que bajo distintos ropajes tienden a disgregarlas.

*—Usted da un relieve muy especial a los desequilibrios del sector externo de la economía que, es cierto, reflejan una estructura productiva carente de autonomía. También es cierto que es un problema antiguo. Pero fue advertido por todos los gobiernos y no es exacto —más bien me parece excesivo—, decir que no se ha hecho nada. La política de los radicales de promover exportaciones es un hecho constatable. En ese sentido los radicales obraron en condiciones muy especiales; cuando vendieron la cosecha a China jugaban factores de política internacional y lo que hicieron era algo inusitado, tuvieron que desafiar muchas cosas. Gelbard, por su parte, amplió sensiblemente el comercio con los países socialistas y trató de abrir perspectivas de inversiones con ellos. Bueno, era una política de proyecciones muy importantes, muy amplias, y que no se habría podido encarar antes. Quiero decirle, por un lado, que en esta materia es preciso que maduren determinadas condiciones; y por otro, que en los últimos tiempos, aunque con reticencias, retrocesos y vacilaciones, se ha planteado una política tendiente a ensanchar nuestro comercio exterior y a superar las dificultades que se expresan en el ya crónico déficit de la balanza de pagos.*

*—Independientemente, de que sus ejemplos no me parecen adecuados para probar lo que desean probar, quiero subrayar que su observación explícita en buena medida la concepción gradualista. Nosotros estamos en desacuerdo con el gradualismo como terapéutica de los males argentinos. Los desarrollistas creemos que la historia frecuentemente progresa a saltos. Por de pronto, cuando se trata de encarar un problema estructural, como es nuestro caso, es preciso estar en claro que la solución es el cambio, el pasaje*

de la estructura actual a una nueva, y no la adición de elementos a lo existente, no el emparchamiento de la vieja estructura. Pero además resulta indispensable ponderar la magnitud de la crisis. En una crisis tan profunda como la que padecemos los argentinos, y que ha interesado partes vitales del cuerpo social —no sólo de la economía, subrayo—, pretender encarar gradualmente los problemas es sencillamente negarse a la solución, es prácticamente quedarse a la espera de una nueva recidiva, de un nuevo espasmo del sufriente corazón de la República.

Y vayamos a los ejemplos que usted ha dado. Pretender que es significativo abrir un nuevo mercado para nuestros cereales o lo hecho en 1973, ampliando lo ya realizado por el gobierno en materia comercial, va más allá de negar la posición del desarrollismo; niega los fundamentos de la ciencia económica. Para la ciencia económica hay algo indudable: la fenomenología comercial y la fenomenología monetaria no son la base de los problemas, son consecuencias y no causa. Acá el problema es de producción y, más específicamente, de estructura productiva. No le voy a repetir todo lo que hemos hablado sobre este tema, sobre la incapacidad de nuestra estructura económica para elevar la productividad del trabajo humano, para crear riqueza. Sólo le voy a dar un ejemplo extremo: seguimos vendiendo lana sucia, con cada kilogramo de lana que exportamos enviamos al exterior medio kilogramo de tierra. Hasta que no cambie-mos de raíz esta situación nada vamos a lograr mejorando los mecanismos comerciales.

Por eso era negativo el planteo de los radicales cuando pretendieron redimir una frase muy difundida a principios del siglo, según la cual no hay mejor ministro de Economía que una lluvia a tiempo. Como lo es el de Martínez de Hoz, explicitado en la campaña del trigo. Y como era el de Gelbard cuando vendía tractores a la mitad del costo de producción, mediante un subsidio imposible de soportar para nuestras flacas finanzas públicas; y cuando hacía el negocio de vender bienes finales a 8 años de plazo, mientras que para fabricarlos debíamos importar insumos pagaderos a 180 días o a un año.

Ese no es el camino, eso nos lleva a acentuar nuestro empobrecimiento y genera las consecuentes complicaciones sociales y políticas. Y cada vez tiene menos perspectivas de llevarse adelante. Fíjese que una política inspirada por quien se decía dirigente del empresariado debió soportar un paro empresario, en febrero de 1976, que no tiene precedentes en la historia argentina; y fíjese que el propio gobierno peronista debió enfrentar paros obreros de todo tipo y una generalizada indisciplina en la producción, a pesar de los esfuerzos de la cúpula sindical por enfriar los conflictos. Ahora mismo usted puede recoger en la calle cuál es el grado de asfixia e insatisfacción de todos los sectores; y el grado de protesta que, aunque larvada, ya está presente en las organizaciones empresarias y aun en los sindicatos y especialmente en las bases obreras.

*—Usted ha hecho mención a la reacción de las organizaciones empresarias y las bases obreras, pero esas reacciones tuvieron lugar durante el gobierno de Isabel Perón. Es decir, ya no estaba el señor Gelbard, Perón había muerto y se había entrado en un proceso de anarquización donde los ministros de Economía cambiaban de la noche a la mañana. Había un vacío de poder que después debieron llenar las Fuerzas Armadas y las protestas se explican en buena medida por esa falencia en la que cayó el poder del Estado.*

—Efectivamente, pero ese vacío está directamente relacionado con la política de fondo aplicada desde un comienzo. Además de la crisis político-social ya se manifestaba con contornos bastante nítidos en vida de Perón y siendo Gelbard ministro de Perón y de Isabel Perón. De todos modos lo que interesa es la política, que no cambió, y no la sucesión de nombres que la titularizaban. Ya le dije que hay un signo de igualdad entre la política de Krieger Vasena, la de Martínez de Hoz y la que ejecutó Gelbard. La crítica no es personal, esos nombres personifican políticas, o etapas de una misma política en lo esencial; en consecuencia si no tiene sentido distinguir dentro de ese espectro más vasto, no lo tiene distinguir dentro de las variantes de funcionarios

que tuvo el último gobierno peronista. Era, en bloque, una política contraria a los intereses nacionales y por eso nosotros fuimos los críticos más inflexibles a pesar de que integramos el FREJULI en su momento; éramos críticos implacables por razones de fondo, por las mismas razones que los radicales callaban o a veces apoyaban explícitamente.

*—Pienso, Frigerio, que a pesar de su insistencia, al desarrollismo le va a resultar difícil convencer respecto de que la política de Krieger Vasena, Gelbard y Martínez de Hoz es la misma. Puede que haya elementos comunes, pero hay diferencias y la gente no va a ver la identidad que ustedes ven. Es una cuestión de los desarrollistas y, en fin, el tiempo dirá cuáles son sus consecuencias prácticas.*

—Yo le insisto, en esta etapa de la historia argentina, el sentimiento tutelar de los ideólogos y de los dirigentes tradicionales respecto de la sagacidad de las masas, va a quedar defraudado. Los agravios que están sufriendo las clases y sectores fundamentales de la sociedad van a producir alineamientos hasta ahora insospechados. El desarrollismo, a sus ya consolidadas victorias doctrinarias, va a poder sumar victorias decisivas en el plano de la práctica. Nuestras ideas están afirmadas en la ciencia y, además, no estamos sentados en una biblioteca esperando que vengan a darnos la razón; nos movemos en la dirección de las luchas del pueblo por afirmar sus derechos, trabajamos permanentemente para lograr un adecuado encolumnamiento de las fuerzas nacionales y encontramos respuestas cada vez más positivas.

Concretamente sobre esa identidad entre políticas diferentes en apariencia, además de que tiene sólidos fundamentos teóricos, como creo haberle demostrado, debo decirle que no es un inconveniente táctico para nosotros. La realidad esencial de las cosas es más perceptible para las masas que lo que suponen algunos círculos intelectuales. Usted puede hacer una sencilla encuesta personal entre los empresarios y los obreros que sufren las consecuencias de

esas tres políticas y apreciará una sorprendente coincidencia con nuestros análisis.

*—Otro de los economistas que usted ha crucificado y crucifica casi a diario es Alsogaray. En algún momento de estas conversaciones usted habló de la inconsecuencia de Alsogaray. Y yo creo que, haciendo abstracción de la validez o invalidez de sus ideas, Alsogaray es consecuente. Pocos han sido tan consecuentes: ha estado diciendo siempre lo mismo desde hace mucho tiempo. Asumió cargos llamado por gobiernos militares; cuando Frondizi lo designó ministro, como usted bien dice, existían presiones militares y durante la gestión de Guido también existieron para que llegara al ministerio. Pero siempre fue consecuente; más bien, habría que concluir, fueron inconsecuentes los gobiernos que lo designaron.*

—Antes de referirme a Alsogaray deseo, previamente, hacer una observación a su razonamiento: decir siempre lo mismo puede tener cualquier mérito menos el de la consecuencia. En un mundo donde todo cambia lo importante es poseer la metodología científica para abordar los fenómenos que, además de ser mutables, tienen una apariencia contradictoria con su esencia, una exterioridad distinta y encubridora del contenido. Por eso en política, si la política se basa en la ciencia y no es la repetición rutinaria de fórmulas huecas, no se puede decir todos los días lo mismo. Para la ciencia política, como para todas las ciencias, los cambios son permanentes y lo constante es el método con que se observan los fenómenos. Y para la acción política es igual, no se trata de repetir mecánicamente lo que se dijo ayer: ser consecuente es la fidelidad al método, al coeficiente de ciencia con que se analizan los procesos en permanente transformación.

Y naturalmente hay que ser consecuente con el interés nacional. En el plano de la lógica formal yo podría admitirle que una persona es consecuente si siempre defiende los intereses antinacionales, pero la realidad es que la Nación en esta etapa de la historia de la humanidad, constituye el

ámbito, el punto de referencia, de toda actividad política. Fuera de la política podrían admitirse reglas de juego más flexibles para un ciudadano, pero dentro de la política, dentro de las responsabilidades públicas, la identificación con los intereses de la Nación debe ser total.

A partir de esta caracterización de la consecuencia, sobre Alsogaray puedo decirle que cuando hablamos de él yo no entré en el plano personal, sino que analicé su posición política. Y de ese análisis surge que Alsogaray carece del instrumental científico necesario para ser consecuente, por eso puede repetir invariablemente las mismas fórmulas vacías y por eso puede pretender aplicar a la Argentina de hoy recetas que se aplicaron en una realidad tan distinta como la Alemania de posguerra. Lo que Alsogaray posee es una gran aptitud publicitaria, una capacidad especial para presentar como simple lo que es complejo, y un esquema de ideas monetaristas que es acorde con intereses que no son precisamente los de la Nación, sino de ese pequeño grupo del que ya hemos hablado y que la succiona permanentemente.

Asimismo, cuando hablamos de Alsogaray le dije que no cumplió los compromisos que formalmente contrajo con ratifico ahora, en homenaje a la verdad histórica; verdad histórica a la que estoy obligado, en primer lugar; verdad histórica a la que estoy obligado, en primer lugar, por mi militancia política y, también, por lealtad con el doctor Frondizi que tuvo que firmar el decreto de designación. En cuanto a esto de las sucesivas designaciones, aplicado a un hombre que fue funcionario de los gobiernos de Perón, de Aramburu, de Frondizi, de Guido y de Onganía me parece que usted saca conclusiones un tanto excesivas.

Y me parece excesivo el mote de crucificador que usted me atribuye; da una idea falsa en tanto presenta como general lo que es parcial. Nuestras posiciones críticas fueron siempre reacciones ante las políticas y no ante los hombres. Ante las políticas ubicadas en esta tendencia que degrada la condición nacional. Siempre fueron el ejercicio de una responsabilidad militante y no actitudes de índole personal. A mí lo único que me interesa es el interés de la Nación. Aplaudo y aplaudiré sin ninguna reticencia a todo hombre

del movimiento nacional, a todo dirigente de cualquier sector de la sociedad, aunque no adhiere al desarrollismo como partido, siempre que aporte soluciones en el sentido y la dirección de la revolución nacional, del desarrollo independiente de la Argentina; y critico y criticaré implacablemente a todos aquellos dirigentes que siguen repitiendo fórmulas vacías y siguen dando la espalda a la realidad trágica de nuestra República.

*—Sigo teniendo la impresión, Frigerio, de que usted es obsesivamente intransigente. El desarrollismo, como usted lo presenta, está más allá de todas las contingencias y es la panacea; en cambio, todo lo que no se aviene con el desarrollismo es malo, es antinacional.*

*Es un poco lo que le decía al comienzo de estas conversaciones. Esa actitud coloca a los desarrollistas en una situación marginal, casi de secta en el tablero político argentino y pienso que ha influido en su práctica política en todos estos años. Usted mismo se ha movido, por ejemplo en sus acuerdos con Perón, en una trama 'subterránea'. Eran las negociaciones secretas de Perón y Frigerio. Siempre hubo una tendencia a los acuerdos bilaterales que no trascendían como para ser secundados por amplios sectores nacionales.*

*Me decía usted en el trayecto de las conversaciones que Perón admitía y hasta promovía la violencia ejercida por los grupos radicalizados del peronismo porque así hostigaba al gobierno. Usted censuraba esto y sin embargo, cuando hubiera sido muy importante que lo dijera públicamente calló.*

*—Debo reiterarle: todo lo que expusimos en privado a Perón, hasta la última palabra, siempre fue a la vez dicho públicamente por nosotros. Nada de lo que le dije personal o epistolamente dejó de ser público, en comienzo en la revista Qué y en los últimos tiempos en cualquier medio de difusión que nos concediera un poco de espacio. Yo le advertí a Perón de los riesgos que entrañaba esa política de hacer desandar el camino emprendido por las Fuerzas Armadas en 1966, me opuse explícitamente a toda presión orientada a arrancar*

una convocatoria a elecciones, le señalé que es sumamente riesgoso que los dirigentes gremiales no expresaran genuinamente las protestas sociales, le dije que eso iba a engendrar una frustración y un tipo de violencia disgregadora que aparece siempre cuando las bases no tienen canales genuinos para expresarse. Y está debidamente registrado que todo eso lo hemos dicho públicamente. En cuanto a que se lo he dicho a Perón es fácil comprobarlo en el libro que contiene nuestra correspondencia y que se puede adquirir en cualquier librería. A usted, en estas conversaciones, le he dicho qué para nosotros la subversión y la acción de los monopolios son dos variantes de la tendencia disgregadora de la Nación; y le he dicho que la subversión es un factor independiente de la alianza de clases y sectores que nosotros sostenemos desde 1956 y aun desde antes. Todo eso fue pública y machaconamente repetido por nosotros en la oportunidad que se presentaba.

Mire, en ese tiempo la índole de nuestras relaciones con Perón y la índole de las relaciones que mantenían con él otras fuerzas eran muy claras. Nosotros tratábamos de que jugara su fuerza en el rescate de los objetivos revolucionarios de 1966 y los otros trataban de que la jugara en favor de la frustración de esos objetivos y de la convocatoria a elecciones. Perón estaba más predispuesto a este último camino, de allí que hostigara con todo menos con las organizaciones gremiales, como le dije, en las que pensaba como reserva para la eventualidad electoral. En ese cuadro hoy es bien conocido que recibió secretamente emisarios del gobierno, a la sazón decidido en favor del comicio, y de los radicales. Nosotros hacíamos todo lo humanamente posible para convencerlo del otro camino, del camino que hubiera permitido evitar lo que ocurrió a partir de mayo de 1973. Le insisto, tratábamos de convencerlo, no teníamos el sueño imposible de destruir su mito. Intentar que Perón lanzara su gravitación en favor del reencauzamiento del proceso iniciado por las Fuerzas Armadas en 1966 era algo decididamente positivo y hoy, ante los hechos ocurridos, podemos exhibirlo con orgullo dentro de nuestro historial.

Su crítica soslaya algo que como experto en temas

políticos usted conoce muy bien: la política es un río que tiene una perfecta continuidad, pero a veces hace que hechos y actores se desplacen subterráneamente y otras hace que afloren a nivel visible. Y soslaya otro aspecto decisivo: nosotros constituimos un movimiento político orientado hacia el cambio de estructuras, a remover los viejos esquemas económicos y también a las dirigencias tradicionales. Eso supone una dificultad que es adicional a toda lucha política. Supone que los beneficiarios del orden establecido, el *establishment*, lancen contra nosotros toda su influencia en los medios de comunicación y todos sus recursos de acción psicológica. Supone un hostigamiento sutil que no sufren los políticos tradicionales, aun cuando estén en el llano. Por eso si yo lo visitaba a Perón se rodeaba a ese hecho de todo tipo de sospechas y de intrigas que nos obligaban a tomar ciertos recaudos. Pero cuando lo veía Balbín para contribuir al abandono del programa de *La única verdad es la realidad* todo era distinto, el *establishment* creaba una atmósfera de pureza, de que allí se estaba gestando la unidad nacional. Y allí se estaba gestando otra cosa, porque después resultó muy claro que no había tal unidad nacional, que había entendimiento de cúpulas dirigentes por el cual se marginaban los intereses y las aspiraciones de la totalidad práctica del pueblo argentino.

De todos modos, felizmente ha corrido mucha agua bajo los puentes. Yo he sido nexo personal de nuestro movimiento con Perón —quiero subrayarle que nuestro movimiento está presidido por un estadista de prestigio nacional e internacional, como Arturo Frondizi— y ahora está claro que esa relación ha sido digna y positiva a pesar de esa última y tremenda frustración. Lejos de crearnos una situación marginal ha abierto vínculos con las masas y con sus dirigentes genuinos, para los cuales el proceso de 1973 también fue una frustración tal vez más dolorosa que para el resto de los argentinos. Ha sido una relación indispensable en el laborioso proceso, todavía incompleto, de estructurar al movimiento nacional como expresión política de la alianza de clases y sectores sociales sobre la cual debe apoyarse el desarrollo. Y ha sido una relación en la que siempre pusimos verdad.

Yo creo que no hay en la Argentina un solo caso de un grupo de hombres que, en la acción política, haya hecho un culto de la verdad y la objetividad como los desarrollistas. En ese sentido admito su calificación de intransigente. Hemos sido y somos muy flexibles en todo lo conducente a la unidad de las fuerzas nacionales y populares, cedemos cargos y honores, deponemos ortodoxias en cuestiones accesorias, pero no renunciamos a los principios. En los momentos más ásperos del debate no nos prestamos jamás a abandonar la denuncia de ciertos tabúes que traban el desarrollo argentino, como los del petróleo, los ferrocarriles o la racionalización administrativa, por darle algún ejemplo de casos sobre los cuales la dirigencia tradicional sabe la verdad y no la dice.

*—Yo no pongo en duda la consecuencia de ustedes con sus ideas, pero creo que hay cosas que debieran hacerse públicas. Hacerlo habría ayudado más al desarrollismo que el manejo táctico subterráneo.*

—No hubo manejo subterráneo en el sentido que usted le da a la expresión. Nosotros nos movemos en el campo de la política con las limitaciones que nos imponen las circunstancias de las que le hablaba; pero con un total apego a la verdad.

No hicimos ocultamientos cuando todos hacían ocultamientos lesivos para el destino nacional pretendiendo servir a la institucionalización. Desde el primero de mayo de 1973, cuando estaba definida la política que se seguiría y cuya suerte habíamos pronosticado, nos opusimos de manera tajante y fuimos haciendo paso a paso un balance del daño que se estaba provocando; un balance que debió hacerse en forma oficial, final e implacable el 24 de marzo de 1976 para que el país supiera a qué atenerse, para que conociera la profundidad de la crisis y la necesidad de una terapéutica revolucionaria.

Y todas nuestras posiciones fueron públicas, en forma de documentos partidarios, de artículos, reportajes y declaraciones. Fuimos los críticos más duros, no ya dentro del

FREJULI, en el cual permanecemos hasta que fue necesario extender el certificado de su inexistencia, sino dentro de la totalidad de las fuerzas políticas, incluida la llamada oposición; y fuimos los únicos —los únicos, lo subrayo— en declarar también públicamente y bastante antes del 24 de marzo, que preservar las instituciones vacías de contenido era altamente negativo para el país.

*—Quisiera volver a mi pregunta sobre la posición de ustedes frente a la convocatoria a elecciones hecha por el gobierno del general Lanusse. Lo que usted agrega ahora, pareciera indicar que descreen de las elecciones y no tuvieron en cuenta las condiciones de 1972. Se había llegado a un punto en el que todo el país reclamaba elecciones, hasta los chicos de edad escolar las pedían. Las Fuerzas Armadas no tuvieron más remedio que convocarlas.*

—Lamento tener que contradecirlo. De ninguna manera se llegó al llamado a elecciones como resultado del clamor popular. Cuando la Revolución Argentina comenzó a debilitarse por el incumplimiento de sus fines de cambio de estructura, se movieron las cúpulas dirigentes tradicionales y los círculos áulicos para sacarla de su cauce y derivarla a la salida anhelada por la partidocracia. Ni en los momentos más álgidos de la crisis provocada por la política de Krieger Vasena y sus sucesores apareció en las masas el reclamo de elecciones; en las luchas y movilizaciones de obreros, empresarios y sectores medios —que no fueron pocas— jamás se incluyó un punto electoralista, lo que la gente quería eran soluciones concretas a los problemas acuciantes de la sociedad argentina, pedían que se efectivizara la revolución nacional.

En junio de 1966 el país estaba maduro para hacer la revolución y el consenso que obtuvo el general Onganía, para ello, fue total. Al punto que no debe haber en la historia argentina un presidente que haya tenido un consenso mayor que el general Onganía. No lo tuvieron líderes populares como Yrigoyen y Perón, ya que ambos tenían grandes masas

a favor, pero también grandes y poderosos sectores en contra.

Con esto quiero decirle que el discernimiento de la oportunidad de llamar a elecciones no estuvo originado desde abajo, quiero decirle que tal discernimiento no fue una manifestación de democracia. Para que haya democracia es necesario que el pueblo en su conjunto, en sus organizaciones obreras, empresarias, en sus factores de poder y en sus corrientes políticas genuinas influya en las decisiones de fondo, en las decisiones relacionadas con los problemas concretos y con el destino de la Nación. El mero hecho de que se realicen elecciones está muy lejos de eso; y no quisiera apelar a la historia universal para demostrarle que en los momentos más fecundos, de mayor presencia de los pueblos en la escena política, no fueron los parlamentos y los debates parlamentarios los que dieron el tono a la situación.

Aquí de lo que se trata es de tomar un conjunto de no más de diez medidas fundamentales, de las que ya hemos hablado, y así poner en marcha el proceso revolucionario. Las elecciones deberán ser una consecuencia y no una causa de ese proceso.

Por esa razón, a poco de asumir el poder el general Onganía, el ex presidente Frondizi, en una serie de artículos que Jacobo Timerman le invitó a escribir cuando era Director de la revista *Confirmado* y que firmaba con el seudónimo Dorrego, le advirtió sobre los riesgos de que, si no se llevaban adelante los cambios necesarios, el proceso se desteñiría en una transición a nuevas elecciones. Nuevas elecciones que sobre una estructura vieja no podían sino dar alineamientos viejos, que no sirven a los fines del cambio, a los fines de dar respuestas a las angustias de 25 millones de argentinos.

*—No me considero un electoralista a ultranza, pero veo en usted un hombre que a priori considera que con elecciones no puede haber solución a los problemas del país.*

*—No es exacto. Ya le dije en otro momento de estas conversaciones que no niego en abstracto las elecciones. No*

es que crea que haya que ir a formas institucionales distintas a las de la democracia representativa. Mi posición está referida a las condiciones históricas concretas de la Argentina que nos toca vivir. Las elecciones tienen que ser la consecuencia del éxito de una revolución nacional que remueva todo lo viejo, todo lo que nos lleva por un camino de disgregación. Y me refiero al éxito fundamental, a la remoción de lo viejo y a la puesta en marcha de lo nuevo. Con eso basta, no es necesario esperar que lo nuevo esté acabado. Aunque eso no es poco, es una tarea que tiene que arrasar con fuertes intereses y que tiene que movilizar a todo el país en un sentido y en una dirección.

Por otra parte no puede decirse del desarrollismo que descrea *a priori* de las elecciones. Nuestro movimiento tiene raíces lejanas, sus ideas estaban en elaboración antes de 1956 y se nutre con distintas vertientes del pensamiento nacional; pero su aparición exitosa, la que le permitió hacer la rica experiencia de gobierno que hemos analizado, fue un proceso electoral.

*—Me refiero al proceso político posterior a 1958.*

—La alusión a 1958 es importante porque quita todo carácter abstracto a nuestra posición sobre las elecciones. En ese momento histórico, inmediatamente posterior a la Revolución Libertadora y dominado por la antinomia peronismo—antiperonismo, las elecciones eran la única posibilidad de romper el cerco tendido por la reacción. Después hubo cambios muy profundos en las Fuerzas Armadas y en el conjunto de la sociedad argentina. La partidocracia dominó férreamente el sistema de opciones electorales y, en cambio, las Fuerzas Armadas hicieron profundas aperturas hacia los sectores populares.

Pero puedo hablarle de épocas posteriores a 1958. Desde el gobierno convocamos y participamos de elecciones, en 1960, 1961 y 1962. En 1963 intentamos hacerlo hasta que se produjo la proscripción del Frente, con lo cual el radicalismo llegó al gobierno apoyado por el 20 por ciento de los votos —esto relativiza aun más a la democracia formal—. Y puedo

citarle nuestra participación en las elecciones de 1973. En esa oportunidad, como ya le dije, hicimos lo imposible por evitarlas y por evitar lo que sin duda era una falsa salida; pero cuando el proceso electoral estaba abierto, decidimos acompañar la experiencia de las masas. No queríamos crear un foso que nos separara de ellas, pese a todas las desventajas del comicio; y además lo hicimos porque nuestra opinión es que una elección, como cualquier acontecimiento político en el que hay interés de las masas, tiene que ser aprovechado para promover debates, para sembrar ideas que más tarde o más temprano habrán de germinar. No sólo no rehuimos las elecciones, sino que en cada oportunidad que se presenta las aprovechamos al máximo para desenvolver nuestras posiciones fundamentales.

De todos modos, le insisto: la cuestión es saber si la oportunidad histórica es de elecciones o si no lo es. Estamos persuadidos que ahora la oportunidad, esté quien esté en el poder, es de tomar esas medidas fundamentales de las que hablamos bastante en estas conversaciones. Es la oportunidad de un proceso revolucionario capaz de crear un futuro realmente nuevo, con dirigentes nuevos, con horizontes nuevos; horizontes de los que habrán de borrar las crisis y en los que habrán de definirse los perfiles de una Argentina consolidada en su condición nacional.

ESTA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN OFFSET  
EL DÍA DOCE DE AGOSTO DEL AÑO  
MIL NOVECIENTOS SETENTA Y SIETE EN  
LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COM-  
PAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,  
CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.